



# LAS TRES CARAS DE UN SELLO



elisa serrana zigzag

*Las Tres Caras de un Sello*



BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

© Empresa Editora  
Zig-Zag, S. A., 1960.  
Derechos reservados  
para todos los países.  
Inscripción N.º 22973.  
Santiago de Chile.  
1961.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

ELISA SERRANA

LAS TRES CARAS  
DE UN SELLO



---

Z I G - Z A G

*"A las 24 horas y 45 minutos de hoy, en la ruta Melipilla-Santiago, a la altura del kilómetro 12, fue encontrado el automóvil patente ZC-960, de Melipilla, propiedad de don Alberto Palma, totalmente destrozado. Se presume que chocó con otro vehículo, que lo precipitó en la zanja costal del camino. Viajaba el señor Palma acompañado de una dama, no identificada aún, que pereció en la colisión y cuyo cadáver permanecerá en el lugar hasta que el Juez dé la orden de traslado. El señor Alberto Palma, en estado de gravedad, fue inmediatamente trasladado al hospital.*

*Es cuanto puedo informar a USIA,*

*S. Gutiérrez, sargento 1.º de Carabineros.*

*A 24 de septiembre de 1959, Melipilla."*

1  
-LA MUJER quedó allá; cuando llegamos estaba muerta —dijo el chofer de la ambulancia al portero de noche del hospital, que buscaba sin luz su delantal blanco, colgante en la puerta como manga vacía.

—Ahora sí... , que encuentren al juez los de la Brigada Móvil —respondió el otro; dueño ya de una lámpara, tomó asiento sin prisa. Ese almidonado albor lo situaba en categoría de emergencia—. Entienden cuando están bajo tierra. —Abrió el libro de estadísticas y ensayó la pluma.

—Que el doctor llegue, ésa es otra. —El chofer escupió con desprecio por la ventana—. Bueno, si se despacha, responderá el doctor; yo ya hice lo mío; harta facha se da y gana su buen sueldo.

—La mismísima... —maldijo el portero sobre el libro, su suerte y su pluma gastada.

Un hospital de pueblo en una calle de pueblo, arteria principal orgullosa de su pavimento nuevo: todos pasan y pocos permanecen. Manzana en planta baja, murallas de adobe, ventanas gemelas con barrotes cafés, en los que pintura y moho luchan por



imponerse; murallas y ventanas repítense iguales, dando a la calle solidez, señorío y equilibrio y a sus habitantes la sensación de estar dentro de un fuerte.

—En este país todo anda patas arriba —regañó el portero, sin tener datos aún que anotar—. ¿En qué andan los carabineros que ni para esto atinan? Miren que un hospital convertido en posta de emergencia, como si el Seguro no tuviera plata. La tiene, sí, para botarla, pero lo que es para pagar debidamente a sus empleados... —Tenía un auditor.

El chofer dio algunos pasos; se detuvo en la puerta, frente al patio español rodeado de corredores iguales. Allí los delantales mézclanse al vago olor a medicina. Un patio que pudo ser corazón de una casa de abuela o centro de un club social provinciano; la estatua de la Virgen hizo la diferencia y le dio el nombre, más que los prados de clavelinas, las piedras pintadas a la cal o la fuente donde flotaron un día flores de loto y musgo, hoy amedrentados. Los comentarios del portero nocturno se repetían noche a noche, como sus salidas del lecho, accidentes, heridos y el motor caldeado de la ambulancia.

—Al auto no le quedó ni el boleto —dijo, y en la calle oyóse el quejido de la puerta del furgón—. ¿Creerá que el reloj se le paró justo a la hora del choque? Diez minutos antes de que nos llamaran. —Vio a los camilleros maniobrar con indiferencia y evocó aquellos brillos plateados y azules reducidos a un montón de latas a la orilla del camino; sus reflejos dispersos quebraban la noche.

Pasó la enfermera equilibrando la cofia y la melena nocturna sobre su sueño interrumpido; apuró el tranco al ver la camilla.

El hospital es igual a su pueblo, pero pretende no caber en él; se esfuerza en aplastarlo con tocas

blancas, ruedas de goma y libros de estadísticas que todos respetan y pocos comprenden.

—El doctor ya viene —dijo la enfermera, situándose en la puerta de la pieza.

La camilla avanzó dejando escapar vagidos y estertores. Ruedas y gomas sobre el pavimento de baldosas.

—¿Creen que aguanta?

—Es bien pesado el caballero; tendrá que aguantar. Un poco a la derecha, y cabe.

—A estas horas andando en auto —masculló el portero, a quien nadie tomó aún en cuenta—. ¿No podrán quedarse tranquilos en su cama como todo el mundo? Pues no... Han de andar vagando por ahí como almas en pena. —Volvía a ser el rey de la noche y de su entrada desierta.

—A ése la familia se lo llevará a Santiago —exclamó el chofer, deteniéndose junto a unas bacinicas usadas escondidas tras la puerta—. Otro viaje y se despacha.

—Qué sabrá éste de medicina. —Molestaba al portero la intromisión en terrenos de su incumbencia. Escarbó al fondo de su cartera, sacó un cigarrillo, que ofreció de mala gana a su compañero.

—Gracias. —El chofer se guardó el desprecio. No aceptaba conocimientos substraídos de libros y no de la vida—. El trabajo es el que enseña. Con los años que llevo recogiendo heridos y reconociendo muertos... Le basta a un chofer profesional, como yo, con mirar... El destrozo me dice si encontraré vivos o muertos, si he de terminar la carrera en el hospital o en la morgue, como me basta catearle el reloj para conocer el tipo y catalogarlo... No la ropa, que a veces ni se distingue; el reloj...

El radiopatrulla se detuvo ante la puerta del hospital.

El chofer escupió para quedar tranquilo y escuchar, mascando mientras el humo de su cigarrillo y el rocío no turno. Podría verificar sus teorías, pero ya el portero tomaba asiento frente a su libro, por fin seguro de su labor, de su poder y de su pluma.

—¿Nombre?

—Alberto Palma. —La libreta de apuntes tembló en la mano callosa del sargento; se acercó a la luz.

—¿Profesión?

—Ingeniero civil.

—¿Domicilio?

—Hacienda "Araucarias", Melipilla.

—¿Lugar... , fecha de nacimiento?

—1914, en la ciudad de Santiago.

—¿Automóvil, patente?

—ZC-960, Melipilla.

—¿Casado? ¿Nombre de la cónyuge?

—Luz Amalia Rozas.

Podía ya darse un descanso. El carabinero tomó asiento; animado, la conversación se hizo íntima.

—¿Y la otra? —Sonreían echando atrás los hombros y las manos en los bolsillos.

—No se la ha identificado. Pero... , a estas horas, maldito el que se descresta con su mujer.

—¿Y la legítima?

—Mi teniente fue a buscarla. Debe venir ya en camino. Ella —indicó a la muerta con un guiño— venía con él sabe Dios de dónde. Saltó lejos, y de la puerta no quedó más que el hoyo.

—Entonces me lo tendrán detenido hasta que se sepa.

—O hasta que la entregue.



—¿Está muy grave?

—Diagnóstico reservado. —El portero sacó pecho y el chofer salió a la calle.

Permanecieron en silencio; sin más que decir, el sargento limpiaba la gorra en la manga de su uniforme.

—Hay que apurar las cosas, no sea que llegue la señora y nos friegue.

Se encaminaron a inspeccionar la pieza. Allí el facultativo se inclinaba sobre el corazón del paciente, mientras la enfermera ponía una inyección. Las venas pálidas defendían sus pulsaciones; sobre la mesa, las placas de vidrio exhibían números y color coagulado.

—Hay que clasificarla y verificar la proporción de alcoholemia. Más luz —gritó de pronto el doctor—; me trae cuanto antes el examen y cierra todas las puertas. El paciente debe estar tranquilo. —Cuando la habitación estuvo despejada, palpó la cabeza—. Se ha producido un hematoma, ojalá no haya también fractura.

Echó algodones enrojecidos en el balde, frunció el ceño y volvió a palpar los huesos del cráneo.

Un hilo de sangre bajaba desde el cabello hasta introducirse en los ojos del herido, dándole un aspecto atrasado de Carnaval.

—Prepáreme otro vendaje y por el momento nada más que estimulantes.

El hombre respiraba con esfuerzo inconsciente, luchando la sangre tras el vendaje, el aliento tras las paredes de carne y nervios. Opaca la mirada, desunida su mente del resto, siguiendo propias ondas discontinuas.

Después de cerciorarse de que era la habitación requerida, el oficial de Carabineros cedió el paso, haciéndose a un lado con ruido de talones y venía mi-

litar. Entró primero el hombre. Trató de interponer sus espaldas entre la escena y su acompañante. Retardar el choque inevitable y ahogar la propia emoción, pero ella avanzaba ya interrogando con ojos, boca y vientre. El hombre trató de hablar, mas la voz fue excesiva, perentoria, desproporcionada a la quietud total. Se detuvieron ambos bajo el dintel. El silencio era profundo, definitivo, abismal.

\* \* \*

Tras el esfuerzo por mirar y no ver, Luz comprendió que su marido vivía. Quiso imaginarlo tranquilo, dormido en su cama, como siempre, pero el sueño era interrumpido por un gorro de sangre y manos de enfermeras.

Podía aún mirarlo, ¡gracias a Dios! Temió encontrarlo muerto o acarrear para siempre una visión de horror. Un rostro destrozado es más muerto. Podía mirarlo. Acercándose a la cama, suspiró. Una noche contenida en un suspiro.

Encontraba sus sentimientos cabales y serenos de siempre, y con ellos, su libertad. Podía ahora pensar libremente, conservar sin amargura un recuerdo. Era más de cuanto esperó. Ya tendría tiempo de enfrentar lo demás. Ir por partes. Ahí estaba Luz, y Alberto estaba vivo. Había un rostro. Un rostro pálido, ceniciento, rodeando dos ojos entreabiertos sobre una raya plateada y lejana.

“Es curioso ver a Alberto así, tan inmóvil”, se dijo tomando sus manos. El pensamiento apenas esbozado perdió forma como todo a su alrededor. Hubiese querido aprovechar ese momento inconsciente y sufrir con él, acariciar sus labios pálidos. Ya era tarde. Retrocedió medrosa, volviendo su dureza a imponerse. El, que agotaba sus días, sus noches, sus minutos en

continuo movimiento, como si quisiera demostrarse a sí mismo: "Me muevo, luego existo; me muevo, luego soy, siento, escucho, soy visto y escuchado".

Hizo otro intento de tomar sus manos, de traspasarle el calor que no tenía ella misma; semejantes a dos guantes vacíos, se adaptaron tanto a su mano, que las dejó caer sobre la sábana. ¿Para qué pensar? Podía hacerlo más tarde. Pero entonces precisaba decantar su espíritu de todo, pensamientos y recuerdos y sensaciones. Quedar por largo tiempo vacía. "Está aquí, indefenso, callado, sin voz... Por lo menos no puede usar perentoriamente de ella." Tomó asiento. Miró el reloj; sin lograr calentarse, cruzó el abrigo. Eran las dos.

Alberto había salido de la casa alrededor de las once. ¿Qué hizo durante ese tiempo? "Algo grave debió retenerlo —pensó Luz—, porque es hombre que va adonde va sin detenerse a mirar las orillas del camino. No, no es hombre de matar el tiempo por ahí..." Sintiendo que las frases ahora sobraban, vació otra vez su mente. Había pasado una vida entreteniéndose el pensamiento con frases. "Pobre Alberto, nunca pudo imaginar cuántas cosas sucedían fuera del ritmo establecido y laborioso de sus días. Su vida era tan fácil y sencilla; despreciaba el misterio; nunca hizo algo que yo no presintiera de antemano. Descubría en sus ojos todo. Era cuestión de mirar en ellos como en un libro: no valió la pena hacerlo, no era mucho lo que encubrían."

Son las dos.

¿Qué hora era cuando se despidió en las casas del fundo? Entonces no miró el reloj.

\* \* \*



Pasadas las vacaciones del 18 de Septiembre, había empezado Alberto a sentirse inquieto por partir. Luz supo que daría pronto la disculpa. La esperó lamentando que no fuera más original: ciertas diligencias urgentes en Santiago el lunes a primera hora. Podía haber omitido la frase ya tan vulgar y burocratizada de "diligencias urgentes". "Como si existiese algo verdaderamente urgente." Le molestó oírlo, porque la esperaba. "Es dueño de partir cuando se le antoje; entonces para qué..."

—Debo estar en Santiago el lunes a primera hora —dijo su marido, excusándose con la mirada.

—¿No dará igual a segunda?

Después de comida paladeó largamente su taza de café, pidió un whisky con bastante hielo y lanzó un cigarrillo con puntería perfecta dentro de la bandeja de plata en la mesa del *living*. ¿Por qué recuerda algo tan fútil? Quizás porque esa destreza le pareció también vulgar y más aún el orgullo que sintió después, o porque estaba ahora fuera de su alcance y de su juicio, más cerca de la muerte que de la vida, encerrado profundamente en sí mismo, y antes de la muerte nadie dice palabras proporcionadas al momento. "Se dicen frases comunes, corrientes, se hacen movimientos rutinarios, y después frase y movimiento crecen con la muerte. ¿Sucederá con nosotros igual?" Luz se ponía en el caso de tener que relatar a sus amigas más íntimas el momento último de su vida matrimonial. Buscó algo grande en esos días, enredándose con una mano que lanza certeramente una colilla.

Luz se levantó de su silla para apagarla porque seguía humeando. Alberto anunció su partida y se puso de pie desperezándose. Palmoteó tiernamente el lomo del gran danés recostado junto a la mecedora, y se acercó a Luz. Esta lo acompañó hasta el patio; sus pasos eran elásticos y ágiles al atravesar el corredor.

—Me gusta viajar de noche —dijo alegremente.

\* \* \*

Y al recordar la escena comienzan las palabras a hacerse trascendentes. ¿Es porque sus ojos están entreabiertos, estáticas sus pupilas y un camino de sangre parte su frente?

—Qué tontería citar gente a las nueve de la mañana de un lunes.

—Me parece igual que a las diez de un día martes.

—Veo que tus múltiples compromisos no te permiten tomar una hora para viajar de día y con calma. —Trató de acallar la ironía, pero Alberto la miró con desconfianza—. Un hombre de tu categoría tiene el privilegio de fijar horas cómodas a sus citas. Me pones nerviosa. Por favor, no manejes demasiado ligero.

\* \* \*

Otra frase. Podría quizás decir un día: “Yo lo presentí siempre; manejaba demasiado rápido. Como un condenado, según su hermano”.

\* \* \*

Extendió la frente que él besó, haciéndola reaccionar de pronto; esquivó el roce. Habíase habituado a tantas cosas. A la rutina, a la mediocridad de sentimientos, a la ausencia renovadora. Recordó palabras de Heráclito: “Todo nace de una tensión”. En Europa había estudiado a los clásicos griegos. La frase llenó durante años sus cuadernos de notas íntimas y su pensamiento. Hasta que..., como tantos trozos de juventud y de ardor, se fue esfumando. Sí, todo nace de una tensión. El profesor en el colegio suizo donde estudiara repetía siempre la frase para convencerlas del impulso: “Fíjense, ustedes, en el arco o en la lira...” También podía decirse lo mismo de toda inquietud humana, de todo impulso que produce un determinado efecto: el amor nace de una tensión, y el odio, la energía, el cansancio, la derrota, la producción. También las ansias de realizaciones, la búsqueda de lo desconocido, la inquietud por descubrir el misterio. No el vacío. “Todo cuanto me sucede es vacío, carezco de tensión.” El alma de Luz ya no tendía, no producía nada. ¿Por qué? Quizás de allí vino su afán de analizarse y perderse en frases. “Acabaré por acostumbarme a todo...; también a esto”, se dijo avanzando por el corredor.

“A Alberto no le sobra su alma muerta, se acomodó a ella —se dijo al mirarlo alejarse: sus espaldas anchas obstruían el pasadizo hacia el garaje—. Espaldas, hombros echados atrás, puros truços; manos llenas de fuerza, pisto-

la cargada bajo el paño del pantalón, voz de comandante, pasos de vigía, tiros al aire en las noches quietas." Luz cerró los ojos, sin ningún deseo de llorar.

Cuando se retiraba a su dormitorio oyó las carcajadas de Alberto contando algún chiste a su cuñado, y lo imaginó palmoteando el hombro de éste, hasta hacerlo sentir dolor, antes de partir.

Cerró con cuidado la puerta para abrir la ventana. "Le gusta la omnipotencia de su automóvil contra la carretera y la noche. ¿Qué hará? Llegar a la casa en Santiago. Después de guardar el auto, hablará dos palabras con la Leticia, sin preocuparse, por cierto, de averiguar qué ha sido de Albertito, que me tiene sin noticias tantos días; una vez en su cama, tomará una revista que lo ayude a encontrar el sueño; siempre tiene a mano alguna revista americana: "el más eficaz medio de informaciones"; le bastan esas noticias al alcance de cualquiera que hable inglés: "por ellas sé cuanto pasa en el mundo, y nadie me cuenta cuentos", y se quedará profundamente dormido."

Luz tomó un libro de su estante, sopló el polvo del canto y lo abrió: un día había vibrado con Baudelaire. Ya no. Se sintió cansada. Volvió a dejarlo. Profundamente cansada. Sin tensión.

El frío desde la ventana entró en ella bajando hasta los brazos. Una noche de septiembre, de primavera fría y clara, como muchas. Pronto saldría la luna que comenzaba a menguar. No esperaría por una luna recortada. La voz de su marido dando órdenes en el patio trasero la sacó de sí. Cerró la ventana y comenzó a desvestirse.

"En El Golf saca él solo el auto —se dijo enrabada, pero el coche no era más que un pretexto y lo comprendió en seguida—. Con tal de dar órdenes... Sin embargo todos los empleados e inquilinos lo quieren; es despótico y arbitrario, pero lo quieren. Deben amar su porte. A los pobres les gustan las cosas grandes. A mí no. Como no soy campesina, no necesito ver un patrón en el patrón, ni un macho en el hombre."

Llegó el ruido del motor en primera a través del jardín y la noche encerró sus propios sonidos. Motor, puerta metálica al caer, frases postreras, quebraron la noche de campo en donde sólo cabía silencio, bramidos lejanos, sapos



y grillos dándose citas entre prados y aguas y olor a guano nuevo llegando por ráfagas desde el establo.

\* \* \*

¿Qué hora era, exactamente? Cuando no pasa nada, ¿por qué mirar la hora? Y cuando pasa algo, ¿para qué mirarla? No miró el reloj, sino que se metió a la cama. Tal vez así sucedió a Luis XVI al escribir en su diario “nada de importancia ha sucedido hoy” el día que cayó la Bastilla. Luz habría podido decirse: “nada ha sucedido hoy”, como muchas noches, con amargura. Pero su esposo partía, y la había besado también como muchas noches, despreocupadamente, en la mejilla. ¿Por la última vez?

\* \* \*

—Señora, tenga la bondad de informarme. —Luz levantó los ojos para encontrar la gentil sonrisa del oficial de Carabineros—. Si fuera tan amable como para concederme unos instantes.

—Sí, claro... —e interrogó con la mirada. ¿Dónde estaba y por qué...?

—Sólo algunos datos de fórmula concernientes a su señor esposo.

Luz aguardó con expresión paciente, interesada, dulce.

—Una dama ha resultado muerta en el accidente. —Ruborizándose, él tomó aliento para continuar.

—Una mujer? —La voz vino desde muy lejos; de haber sido un hombre habría podido gritar y horrorizarse—. ¿Muerta?

—Sí, señora. Tal vez una conocida suya o alguna amiga del señor...

—¿Cómo se llama?

—El caso es que no hemos podido aún identificarla y pensábamos que quizás usted... accediese a darnos alguna información.

—¿Viajaba con mi marido? —Logró hablar. Tenía que conocer su voz antes de nada, saberse ahí, desanudar la garganta.

—Sí, por lo menos así nos parece, aunque la ubicación del cadáver está a unos pasos del automóvil; por las contusiones que tiene, presume el médico legista que se estrelló ella contra la parte delantera, saltando luego por la puerta...

—Yo no sé nada —y como era otra quien hablaba, Luz sintió miedo. Asegurarse, darle a su voz cualquier tono, a su conversación cualquier cadencia para adaptar a ella el sentimiento, ubicar su alma y adelantar una defensa.

—Perdóneme, señora, que le hable de todo esto; sólo con verla comprendo que es usted una mujer superior, serena, entera, con perfecto control sobre sí misma.

Apenas oía Luz las palabras del oficial; levemente aceptó el cumplido con los labios. En verdad, pensaba, era característica suya la serenidad, y un policía no cumple con su deber si no encuentra un drama tras la rutina de los hechos policiales. Sonrió con desprecio. El se desconcertó. “Qué desilusión si resulta un accidente cualquiera. ¿Cómo se sentiría este teniente si tuviese entre manos un doble caso de asesinato y suicidio, por ejemplo? Un choque es poco y es vulgar; hay tantos, que no afectan más que a las propias víctimas. Se visten de misterio, interrogan sospechosos, cumplen su deber más deliciosamente.

Formaba frases, se escudaba en ellas, para que la llenasen y... convenciesen. No pudo menos de celebrar su propio sentido del humor, intacto en momentos así. Su altura la reconfortó, su calidad humana la sostuvo: “Qué estúpidos son, como si yo

no conociera la vida íntima de mi marido. Casi me sobresaltan...”

—Estamos tratando de localizar al otro vehículo, posiblemente un camión, ya que no resultó tan dañado y logró huir. Hemos dado órdenes de detener a todo camión que circule por el departamento a esta hora; esté tranquila, señora, que lo encontraremos.

—¿Y qué hago yo con él?

—Hemos estudiado minuciosamente el lugar y llegado a la conclusión de que su marido, al no saltar del auto, golpeó la cabeza en la puerta izquierda. Le omito otros detalles que pueden serle dolorosos.

—Así me doy cuenta —respondió Luz secamente, y el oficial dejó de sonreír—. Gracias, de todos modos.

Turbado, hizo amago de retirarse. Luz se animó:

—¿Qué tipo de mujer era? —ya estaba dicho, y no era una ignominia, pero la nueva sonrisa del carabinero le devolvía la mano; bajó los ojos.

—Bueno..., no sé exactamente cómo describirla. Parece rubia y bien vestida, un buen abrigo celeste..., pero el rostro está muy desfigurado. Casi imposible de apreciar.

—¿Dónde pudo tomarla?

—Hay por aquí cerca muchas quintas, pequeñas propiedades a donde los veraneantes...

—Veranean en septiembre.

—Los santiaguinos vienen a pasar los días del Dieciocho. Parece más bien una dama. —El oficial arregló su corbata y los botones del uniforme.

—¿Andan las damas sueltas por los caminos? —Trataba su ironía de aplastarlo, de hacerlo callar.

—Esta venía acompañada.

—¿Quiere usted interrogarme o relatarme historias?

—Interrogarla. ¿Tenía su marido otras amistades? ¿Qué lugares solía frecuentar?

—Un hombre anda con quien quiere y va adonde quiere —respondió Luz con dignidad indiferente.

El teniente vaciló, la miró un instante a los ojos e hizo una venia para retirarse.

La estancia quedó otra vez en silencio. Junto a Alberto la enfermera dormitaba con el pulso del paciente entre los dedos. “Poco sentirá si deja de latir”, pensó Luz indagando una respuesta a su tormento en el rostro de su marido. Afuera deslizábanse voces por entre los corredores como espectros alados de la noche, corrían, atenuándose. El oficial comentaría con sus compañeros la entrevista. ¿Hablaban de ella? Diría seguramente que era una mujer admirable, para agregar más tarde, una vez solos en el radiopatrulla: “Qué mujer. Recibió la noticia sin sobresaltos, lágrimas ni ataques histéricos. Tiene clase, no hay más que verla”. Vio Luz cómo la miraba el oficial y cómo la hería. Muchos la han mirado así y así la han herido. No significa nada.

Se sintió profundamente sola, con soledad de adolescente. Tomó la mano de Alberto y la enfermera dejó la habitación. ¡Asegurarse en él! Alberto, quien despreció todo, hasta su apego por ella, no estaba solo; quien despreció su amor fiel e inquebrantable, amaba a otra.

Súbitamente, como si los acontecimientos estuvieran destruyendo las bases de todas sus creencias, el apoyo a sus postulados; como si la llave cambiara de sol a fa, las mismas notas tomaron un diferente sonido. Se vio vacilante, desconectada, teniendo que repasar una vida y una actitud.

El techo de la pieza era alto, y allá arriba diluíanse las telarañas y los rincones. En una esquina de la



muralla el papel colgaba en jirones dejando desnudo el adobe. Las fundas de la cama eran limpias y la cabeza de Alberto escultural, reposando con ojos entreabiertos.

“Lo que antes creía ya no es, puede entonces que yo tampoco sea, ni él...”

¡Qué diferente era todo! El lugar, ella y él. Qué diferente era París.

# P

ARIS.

Un almuerzo en la Embajada de Chile.

Luz se aburría en aquellos almuerzos, los días miércoles a la una. Cada semana su padre reunía a doce chilenos de paso por la ciudad. Asistía, debiendo también hacer los honores de la casa, aunque los invitados fuesen profesores con becas sin mayor atractivo que su pedantería, o militares uniformados por dentro y por fuera, de paso hacia alguna parte. Nunca supo Luz a ciencia cierta adónde iban a estudiar o a enseñar; tampoco qué estudiaban ni enseñaban. Sin embargo les oía con interés.

No le atrajo Alberto por su porte, tampoco por su rostro; estaba muy bien, pero los había muy *comme il faut* entre sus relaciones. Tal vez le divirtió su entusiasmo pueril. Ya no recuerda por qué, ni en qué momento, la emocionó aquel goce de estudiante que pasa sus primeras vacaciones en París y la admirativa confianza con que la escuchaba.

Habló mucho Alberto en aquella ocasión, con la seguridad de juicios del que tiene que atravesar una timidez innata. Habló con entusiasmo de los Estados Unidos, de la técnica norteamericana, del *confort* norteamericano, de la eficiencia y organización norteamericanas, y hasta de una nueva planta hidroeléctrica en el Estado de Idaho.

El embajador preguntó entonces cortésmente, como por sobre el hombro, la mesa y los comensales:

—¿Ha visitado usted alguna vez los Estados Unidos?

Presintiendo que era necesario refrenar su entusiasmo y dejar lugar al entusiasmo ajeno, respondió Alberto:

—He estudiado allá un año. Soy posgraduado del M. I. T. —y se ruborizó.

Luz decidió tomarlo bajo su protección. Comenzó mostrándole París, el verdadero París. Confeccionó un programa perfecto y coordinado: Alberto Palma debió admirar el cuadro que a ella más le agradaba, la plaza de más sabor local, la modista de mejor gusto, las casas elegantes del barrio de Saint-Germain, y aprender los títulos de sus ocupantes o la empresa en que fabricaron su fortuna. (“Al conde de la T. lo conocí un verano en Biarritz”, “Monsieur R. era un peón cuando descubrió...”, “la fortuna de V. alcanza fácilmente a los mil millones de francos, pero su mujer lo engaña descaradamente”); tomar el té en casa de la condesa de W., buena amiga de Luz, y oler los últimos perfumes.

Los días avanzaron llenando al joven chileno de experiencias nuevas, de amor por París y de reconocimiento hacia su paciente compañera.

Así fue que el Louvre se le ofreció en dosis; el Jeux des Pommes en exceso, la Avenue Foch en Cadillac negro, la Place du Tertre con *sweater* verde y zapatos planos. Excluyó del programa teatros y conferencias porque Alberto no hablaba bien francés, pero pudieron gozar de grandiosos espectáculos de ballet y de la sonrisa postrera de la Karsavina, *prima ballerina assoluta*. No estaban de acuerdo en materia de música y no se podía “perder el tiempo”, tan apreciado como escaso en París, discutiendo en las salas de conciertos.

—Si he de casarme con él, debo antes que nada civilizarlo —dijo Luz a la condesa de W., y ésta celebró la sabiduría “completamente europea” de su amiga “*la petite chilienne*”.

¿Por qué deseaba casarse con Alberto? Le costó confesárselo a sí misma, pero se lo preguntó muchas veces. No quería casarse en Europa. Sintió miedo al saberlo. Sólo de paso llegaban a París chilenos casaderos, y los más pedían a Luz que les comprara regalos para sus amigas o perfumes para sus novias.

Había planeado el momento en que se dejaría besar,

pero se torcieron sus planes y casi, también, su destino.

—Me gustaría vivir en Chile —murmuró Luz una tarde—. Me parece que los chilenos deben ser buenos maridos. Los franceses que conozco tienen sus situaciones bien arregladas de antemano, o piensan en el dinero o mantienen una querida. A los españoles no los soportaría, no aprecian la personalidad de sus esposas, tiemblan de la mujer que pueda hacerles sombra y absorben todo su tiempo. Son, eso sí, encantadores en un salón, pero despóticos en su casa.

—Darán a sus esposas ciertas compensaciones por exigir su servidumbre. Además hay mujeres que se sienten felices de servir.

—Yo no. Los italianos sufren del complejo de Casanova y son muy vanidosos. Por favor, no crea que he conocido a tantos hombres, son sólo suposiciones por apariencias. —Su risa fue refrescante y Alberto la acompañó.

La tarde estaba tibia, como París y los rostros de cuantos encontraban al paso. Parecieron entibiarse sus risas y dar al aire liviandad.

—No se acostumbrará en Chile —respondió Alberto, pensativo—. Santiago le parecerá una provincia. Además, no conoce maridos chilenos; sólo su padre, y es viudo. —Sonrió con ternura que Luz aparentó no percibir.

—Añoro Chile —murmuró nostálgica—. Si después me aburro, puedo volver; aquí soy bien recibida. Además, me gustan las mujeres chilenas. Al principio se les ve algo provincianas, dan demasiado importancia a la moda y no saben peinarse; mas al poco tiempo se ponen más *chic* que una verdadera *parisienne*. Saben de pintura, de música, han viajado y leído el último premio Goncourt o Fémína.

Le habría gustado poder agregar: "En Chile soy alguien", pero se contuvo. Había aprendido a no dejar tras ella algo que pudiese después ser usado en su contra. Sin embargo, el momento era verdadero y qué agradable sería descubrirse entera, pero habría de descubrir al tiempo otras muchas cosas, y eso... jamás.

Sintió de pronto que buscaba un motivo que justificara sus ansias de apoyar la cabeza en el pecho de ese

hombre, de dejarse mecer, estrechar. Arrulló este calor nuevo y permaneció inmóvil. Había tal abandono y dulzura en su mirada, que Alberto preguntó de improviso:

—¿Por qué no se casa conmigo, Luz? —La asió por los hombros para tomar de su boca una respuesta. Ella se puso rígida.

Bajaban por una de las escalinatas desde el Sacré-Coeur de Montmartre. Atardecía. De pronto se vio Luz a sí misma, y como si leyera de sí un párrafo de la vida social, ironizó: "Luz Rozas, 23, soltera, educada en Suiza, cuatro idiomas, además de piano y latín, padre embajador, haciendas en Chile, un hermano menor, renta en francos suizos y belleza rubia, contraerá matrimonio con joven y desconocido ingeniero chileno". "Sí —pensó con amargura—, y Jean leerá la noticia y se sentirá contento de creerme contenta. Un joven y desconocido muchacho chileno, sencillo, fuerte y tierno. Es precisamente lo que yo quiero."

¿Por qué? Porque al verse junto a él experimentó sosiego y alegría, y era sencillo también el calor que le aportaba y llevaba a un fin. Sensaciones nuevas y simples. Porque quizás ella también era nueva y simple, y la vieja Europa exigía tanto al ser, que terminaba desambientándolo.

¿Sus ilusiones para el futuro terminarían allí, con él y su tierna admiración? ¿Terminarían también su fe en el mañana, su seguridad de triunfar, su papel en la gran sociedad europea, su despecho? Ahí y para siempre detenida en un punto, con sus anhelos brillantes y vengativos, su vanidad parcelada y su temor de amar.

Se afirmó en el farol central de la escalinata de piedra. Sobre sus cabezas se iluminó el globo blanco y una serie en pendiente de globos iguales lo imitaron de alto a bajo de la colina. A sus vistas se iluminaba también París, ciudad de glorias y desencantos que da alas para después cortarlas. La marejada de luces la fue arrebatando: plateadas, inseguras, rojas, tristes y blancas, como una ensoñación malévola y fascinante.

"París es así —creyó gritar—, París guarda luces y sombras para todos, hasta para usted. Su contraste subyuga. Yo me libraré de París —continuó en sí misma—,



porque yo quiero poseer algo, aunque París guarde la gran aventura de mi vida.”

—Perdóneme, Luz, pero...

Permanecieron en silencio, fascinados por el recital de globos iluminados a sus pies. Alberto miró la hora.

—Es una linda tarde para despedirnos —dijo.

—¿Despedirnos?

—Pienso viajar a Italia antes de volver a Chile.

—¿Y al irse, como quien cumple un trámite cualquiera, sin más amor que una ocasión propicia, me ofrece matrimonio? —La desmentía la vista fija en ella—. No me ha dicho que me quiere, que me necesita, que me desea cerca, que sin mí... Me ofrece una transacción. —Temblaron sus labios. ¿Era ése el amor? ¿Un siempre debatirse entre sombras? Reconoció ese dolor, viejo, indeterminado, sin causa, razón ni objeto, un dolor igual a otro dolor humano, un dolor que intuyó inconcluso, comenzado un día hacía ya más de cinco años—. Diga algo —la ahogaba el recuerdo—. ¿Qué busca? —gritó al fin, sin poder contenerse—. ¿Ayuda, posición, compañía o dinero? —Se sintió impura, tan impura como todos los hombres. Alberto anduvo algunos pasos, la miró con tristeza, compadeciéndola.

—Olvídelo —murmuró lentamente—; perdóneme y olvídelo. ¿Qué busco? Un sueño imposible. Usted y estas luces de París me van a volver loco. —Bajó unos pasos; perdida la fe en su momento y en su actuación, la miró avergonzado.

Como en aquel miércoles, semanas atrás, volvió esa emoción primera: era capaz de ayudarlo, de abrirle paso, de asegurar su posición a pesar de él mismo, quizás contra él mismo. Representaría para él algo, seguro, necesario, admirable.

—Ha sido una estupidez mía el hecho de imaginar... —comenzó a decir Alberto, pero encontró una Luz recuperada, sonriente, suave.

—¿La idea de casarse conmigo le parece a usted una estupidez? —sonrió segura ante una respuesta obvia—. Muchas gracias, mi querido Alberto, muchas gracias por su galantería. —Su voz ligera bajó zigzagueante en los em-

pedrados y las luces—. Cuénteme ahora cuándo se va; no sabré qué hacer sin usted.

—Mañana, por Suiza hacia Italia.

—Es una pena que no se detenga en Ginebra, conozco ahí gente encantadora, fina, hospitalaria.

—Gracias, se ha dado ya mucho trabajo por mí. Prefiero estar solo. De Milán seguiré hasta Venecia.

—Tiene el itinerario listo y yo sin saber nada —muscitó ella.

—No había querido hablarle, tampoco pensarlo. No estoy seguro de querer partir y debo hacerlo. Mi permanencia en París ha sido maravillosa..., como usted. Conservaré a ambos en el mismo recuerdo, y en ambos pensaré con pena.

—Qué amable... —Estaba emocionada y debía conservar la mente clara. ¿Y si partiera con él? No, podía escandizarlo. Lo oyó decir:

—Temía que me fabricara un *tour* completo, con horario de trenes, reservas de hoteles, cartas a sus amistades, etc. —¿De qué se vengaba?— Viajaré a mi manera. Llegaré cuando llegue y partiré cuando parta. —Sonrió para suavizar sus palabras y acarició sus dedos.

Cuando se despidieron en la puerta de la Embajada, Alberto retuvo las manos de Luz. Una corriente de agrado cruzó por ellas, el bienestar era mutuo. También el brillo líquido en los ojos. El acercó su rostro, ella torció el suyo para evitar que las lágrimas se desequilibraran en sus párpados. El beso quedó en la mejilla.

Cuando Luz entró al escritorio de su padre, sentía aún tibia y húmeda la boca de Alberto en su piel.

—Estaba pensando, papá —tomó asiento en la *bergère* de terciopelo marrón, encendió un cigarrillo; su padre se limitó a depositar el periódico sobre la mesa—, estaba pensando que me gustaría hacer un viaje a Chile.

\* \* \*

—Es el hombre que yo necesito —había dicho a su padre al embarcarse.

Un hombre que, a la par de hombre, la avalorara, co-

noctera sus condiciones, dependiente en cierta forma de ella. No sentiría otra vez esa opresión, quiebra de dignidad, escarnio de su dicha, de su amor y de su entrega. Alberto no la decepcionaría. Para él sería apoyo, brillo, aporte económico, compañera culta en su carrera social, palabra en sus silencios, soltura en sus sonrojos.

Como una araña que se enamora de la mosca a quien cerca, se embelesaba Luz pensando cómo obligarse a aprisionar su amor y su sensibilidad "tan europea", solidificando sus cimientos. Trazaba planes mientras dulcemente y extática vigilaba cada latido nuevo de su corazón.

No, otra vez no.

No en balde habían pasado cinco años; no en balde la barrera con el pasado crecía; no en balde sacrificaba las luces de París.

Jean de Jeuvert. Había vuelto a verlo y sin ruborizarse había sonreído con la más dulce de sus sonrisas y bajado la voz al hablar. "Cuánto me alegro, pequeña, de verla tan bien, tan hermosa, tan *parisienne*. Alcancé a temer..." "¿A temer qué, Jean, después de cinco años?"

Cinco años antes de conocer a Alberto, había amado a Jean.

Cuando la condesa de W. la invitó a su comida, se adelantó a exponerle:

—Jean de Jeuvert es uno de los pocos amigos nobles, así a la antigua, que frecuentan mi casa. Le gustarás. Se ríe mucho de mis amistades raras y quiero que te vea a ti. —Antes de colgar el fono agregó—: Le he advertido que eres chilena, pero no estaba seguro de saber exactamente dónde se encontraba Chile, y que además de tu linda carita posees extensas haciendas en América, lo que te da un aire muy exótico.

La noche de la comida llegó y la muchacha chilena esmeró su arreglo más que de costumbre, envolviéndose en su larga capa de piel blanca y en sus dieciocho años cumplidos; parecía descender de hadas más que de sudamericanos, pensó la condesa al verla detenerse en las gradas del salón.

Luz se sintió mareada y la abrumó su silueta repetida y multiplicada en ojos, espejos y luces.

—Es usted una ladrona —murmuró a su lado una voz—. Se ha robado la belleza de todo el salón, y no me extrañaría que si no me definiendo haga lo mismo con mi corazón. —Sonreía desde el fondo de los ojos, más que con la boca, al besarle la mano—. Venga conmigo.

Esa mano era extraña y propia al oprimir la suya entre los comensales; luego en sus espaldas al ritmo de un *blue* y, avanzada la noche, sobre su brazo ante el balcón con vista al Sena. Marejada de luces, fulgores, rostros, opresión infinita. Una mano sobre su piel, unos ojos sobre su alma.

—¿Quién es ese que nos sigue constantemente con la vista? —preguntó Luz a su compañero.

—¿Quién? —No necesitó cerciorarse antes de responder—. Mi hermano, guardia fiel de la tradición de la familia y mi único amigo.

—¿No tiene amigos?

—¿Para qué? Lo tengo a él. No necesitamos nunca explicaciones y vivimos juntos. Ya debe haber averiguado todo sobre usted.

—¿Qué le importo yo a él?

—Le importa la familia y yo pienso casarme con usted.

—¿Me cree tan fácil de conquistar?

—Para mí sí. Pondré en ello tanto empeño que la ablandaré.

Luz sintió miedo. ¿De qué? Del dominio de ese hombre, de la niebla que envolvía su espíritu y de su trémula felicidad.

Pasó el tiempo. Sombras y luz, tormentos y alegrías, y Jean, que llenaba las horas, los minutos y la eternidad con su presencia y con su ausencia. Con sus palabras y con sus silencios.

Luz empezaba a sentirse inquieta, no sabiendo cómo hacer andar su amor, cómo saciar sus ansias, cómo endilgar sus éxtasis. Luchaba con sus limitaciones y se desesperaba en ellas, sintiendo diluirse sus quejas, desmoronarse todo: era imposible comprender a Jean y más imposible aún hacerse comprender. No podía cogerlo. Trataba de poner de su parte las deficiencias del hombre

amado, y cuando se gozaba en sus culpas que lo perdaban, sentíase aún una culpable. ¿Qué hacer?

Intuyó que era juzgada, celebrada, analizada por cuatro ojos y no por dos, y el descubrimiento acabó de desconcertarla. El hermano mayor de Jean se mantenía presente en cada uno de sus *tête à tête*. Angustiada, sin saber cómo abordarlos, debatíase malamente ante ellos, sintiéndolos en su fondo como dos adversarios.

—Me mientes tanto —dijo al borde de la paciencia y de las lágrimas—. No perdono tan malas excusas..., no parece importarte que yo las crea o no, como si mi opinión no te alcanzara, como si mi juicio de ti no te doliera, como si estuvieses por encima de toda discusión. —Se echó a llorar y él limpió las lágrimas con su pañuelo y besó sus ojos amorosamente.

—No digas tonterías —lanzó una carcajada—, es tan agradable para mí verte, que esta conversación me parece inoportuna. —Como si le hablara a un niño.

—A veces pienso —se atrevió a decir Luz en otra ocasión— que tienes una amiga, alguien que le basta a tu espíritu, y que yo no soy más que un aderezo.

—¿Qué más querrías ser?

—Una compañera.

—Pero, pequeña, piensa un poco, para aderezo habría buscado algo mejor, los hay por montones y no despreciables en París. Si ando contigo es porque te quiero, nada más.

Ese *nada más* llegó al fondo del corazón de la joven, y quedó allí guardado con otras muchas frases de amor por él pronunciadas.

—Preferiría que fuese una mujer quien te acaparara y no tu hermano. De una mujer soy igual, con él me siento en tela de juicio y desplazada a las horas de almuerzo y después del desayuno. ¿Salen muy poco?

—Poco, nos gusta nuestra casa.

—¿Y me comentan? Jean, soy tuya, no de él. —Era difícil explicar su deseo de poseer un misterio de ellos dos.

—¡Qué niña eres! ¡Amor mío!

La inquietaba el no saber exactamente de qué quejarse. Reconocía la solicitud de su novio y de su futuro



cuñado, siempre pendientes ambos de agasajarla, entretenidos, buenos, conversadores, ingeniosos. Nada malo que decir de esa unión; se avenían, compartían una tradición y aportaba el uno al otro lo mejor de sí. ¿Luz quedaba fuera? Bueno, habíase introducido a la familia con mil años de atraso, y en esa amistad con treinta años retardada.

—¿Sabe tu hermano que me besaste, o él te insinuó el momento oportuno? —Volvíase injusta, enconada, rebelde.

—Haremos de usted la mujer más linda de París —dijo su cuñado galantemente—. El orgullo de la familia.

—Te abriré el mundo, y me sentiré orgulloso de mi obra —agregó su novio—. Iremos a Biarritz para que la *saison* te descubra su encantadora frivolidad, y a nuestra casa de campo para que el tiempo te cuente sus leyendas, a Italia para que sepas lo que es cielo azul y a Venecia para que conozcas la noche. Me gustaría también que viajáramos a Marraquech y traspasarnos del sol africano, para volver luego a frecuentar castillos que existían antes de que Chile naciera, de familias que dirigían ya cuando tus antepasados eran bárbaros. Qué exótico será para ti, y qué feliz me siento yo de haber encontrado un ser ante quien descubrir tantos tesoros escondidos.

Muchas veces había hablado Luz de Biarritz, y las noches de Italia eran parte de sus recuerdos más queridos. ¿No la oía Jean? Poco sacaba entonces con decir que posiblemente en otros tiempos sus antepasados españoles dominaron a *esas* familias francesas. Tampoco importaba.

—¿Te agrada pensar que soy una campesina o lo sientes realmente? A veces creo que necesitas bajarme para encontrar tu altura.

Sintió miedo: los ojos del hombre brillaban y era de acero su mandíbula al responder:

—Debería hacerte feliz el deseo de un hombre de ser tu creador. La creación es una demostración de amor. Y mis anhelos, que dices te rebajan, prueban al menos que mi cariño por ti es puro, en la verdadera acepción de la palabra, no entran las conveniencias materiales ni psicológicas, un amor depurado de una cantidad de principios razonables y necesidades sociales. Es un amor fresco, moderno, absurdo. ¿Qué más puede desear una mujer?

—¿Qué más puedo desear? ¿Es mucho pedirte que me quieras menos y me consideres más?

Su futuro cuñado se puso de pie. Apagó cuidadosamente el cigarrillo y sonriendo la sacó a bailar. Quizá para evitar otra escena desagradable, quizás para protegerla contra sus lágrimas. Con dedicación exquisita borró la tristeza en el rostro de la joven extranjera.

—¿A qué edad llegó a Francia? —preguntó.

—A todas las edades. Vine de chica con mi madre enferma, me pusieron en un colegio en Suiza. Cuando murió nos volvimos a Chile. Me cuidaba una francesa, nacida en París. Años después volvimos a Europa con mi padre. Continué mis estudios en Suiza. Hace dos años lo nombraron embajador en Francia. Viajé yo sola a Chile, para volver a establecernos en París. —Era la primera vez que la interrogaba sobre ella misma; Luz lo miró agradecida.

—Querida niña —dijo al terminar el baile—. Permítame un consejo de hermano, de un hermano que la admira extraordinariamente: no me parece bien su dureza de hace unos instantes. No juzgue a su prometido. Piense que es una suerte inmensa la suya al haber sido escogida. Muchas mujeres envidian su situación. Sea razonable y con el tiempo me dará las gracias.

—Ojalá me acostumbre a estar siempre yo errada y ustedes en la razón.

—¿Por qué dice ustedes? Yo nada tengo que ver en esto.

Luz olvidó la escena y la conversación. Trataba sólo de pensar en cuanto sentía, junto a Jean, su mirada y sus manos extrañas y propias.

Cuando le hablaba, su voz continuó llegándole directamente al corazón.

Fue el hermano de Jean quien esperaba *esa* tarde en el salón de su casa. Cuando Luz descendió, la abrazó emocionado, besando sus mejillas, y con voz segura y breve le anunció la partida de su prometido... Un viaje..., un lindo viaje alrededor del mundo.

—No tuvo tiempo de venir a despedirse... Mientras tanto yo la abrazo en su nombre. Dentro de algunos meses estará otra vez a su lado.

No existía culpa. No pedía perdón. Anunciaba y se

condolía de su pena, como caballero y hombre de buenos sentimientos.

Fue mejor así. En ese instante comprendió Luz que los odiaba a los dos con toda el alma. Continuó odiándolos durante cinco años.

\* \* \*

Una mujer en la vida de Alberto, era imposible. Rechazó la idea para salvar la pureza de su angustia. No mezclaría sentimientos que socavan y destruyen una base sólida de creencias y actitudes, en momentos tan graves. "Sé positivamente que Alberto es incapaz de engañarme."

Avanzaba la noche y estancábase la espera. Nada se producía ni en la noche ni en ella. Tampoco en el estado de Alberto. Luz salió al patio. No amanecía aún y su hermano se paseaba fumando nerviosamente a lo largo del corredor. Hablaron. De nada. Pero era necesario sentir voces y ensayar las propias. La angustia y la soledad permanecen. Un dolor se hizo imperioso: la ausencia de su hijo. "Qué daría por tenerlo aquí." Miró a su buen hermano, servicial y tímido, que hacía mucho no osaba oponer sus opiniones a las de su hermana, y añoró desesperadamente al niño.

—El asunto de la mujer complicará las cosas —murmuró él—. Tuve que entrar a la morgue para reconocerla. No la he visto jamás. Ni en compañía de Alberto ni en el pueblo. El caso es que no logran identificarla.

—Me alegro. Una mujer sin nombre, sin familia ni historia está más muerta.

—En este caso sin ni siquiera un rostro. Pero me preocupan los suyos. Habrá alguien, en algún lugar, que la espera.

—En todo caso está mas muerta para mí, y debemos pensar en nosotros —respondió Luz secamente—. Importa que no se sepa, que el escándalo no se sume a nuestras preocupaciones en estos momentos. No puedo más. —No aceptaba nuevas decepciones—. ¿Recuerdas a qué hora salió Alberto de la casa?

—Bastante después de las once, creo, pero no estoy seguro.

—Es horrorosa la importancia de minutos en la vida, pero mucho más en la muerte. —Era horrorosa también su propia fortaleza. Buscó en los ojos de su hermano un juicio. Pero él permaneció ajeno, cansado tal vez de intentar darlo—. ¿Qué hacen ahí esos carabineros?

—Custodian, ya que, en cierta forma, Alberto está detenido... Hasta que se esclarezca el asunto y su responsabilidad en el accidente. Han venido unos periodistas. Querían entrevistarte, pero yo lo impedí.

—No tendrán nada mejor que hacer —exclamó Luz impaciente—. Mira. ¡Por fin!

Cortados por el ciprés del patio, tras la estatua de la Virgen, asomaban los primeros albores del día. Se encendieron en el cielo y en ella.

—Hace muchos años que no veía amanecer —murmuró más reconfortada volviendo a entrar en la habitación de su marido.

• • •

Con la mañana llegó el médico de la familia. A esa hora Luz había logrado definir su dolor, desechar temores y volver a cauce sus sensaciones.

—Es necesario tomar una radiografía del cráneo, para que el diagnóstico sea seguro —dijo el facultativo—. Según el resultado, intervenir con rapi-

dez. Tiene evidentemente una fuerte conmoción. Pero puede haberse producido un hundimiento del parietal izquierdo. Algo se palpa allí. Un especialista debe verificar el diagnóstico. En todo caso el estado general es bueno. No hay signos de hemorragia interna, y sólo la cabeza ha sido dañada. Algunas ras-milladuras en una pierna. Me dicen que no es posible hacerlo tragar alimento, no importa ahora, luego recurriremos al suero. Inyecciones por si se debilita el pulso y atención permanente. Aunque el riesgo de moverlo es grande, sería mejor llevarlo a Santiago. Allá hay toda clase de elementos, pabellones de primera clase y sala de hibernación.

Al despedirse se acercó a Luz y dijo en tono confidencial:

—Alcancé a ver un diario de la mañana con informes del accidente. Algunas cosillas desagradables para ustedes. Así es la prensa amarilla; no le dé demasiada importancia. En todo caso sería bueno usar ciertas influencias para acallar el asunto. ¿Tiene conexiones con los diarios? Sería muy antipático para usted entablar después un juicio por difamación.

—Lo esperaba. Tendré que ocuparme de eso.

Luego de hacer las recomendaciones de rigor a la enfermera y de rogar a su hermano que la llamara al menor signo de empeoramiento en el estado de Alberto, buscó Luz su automóvil para volver al fundo. Tenía que tomar ciertas medidas prácticas y urgentes, llamar a su casa de El Golf, usar "sus influencias" y hablar a la oficina de Alberto para darle la noticia a la secretaria.

Debía averiguar, antes que nada, noticias de Albertito.

"Menos mal que la señorita Elena es seria y de confianza —se dijo volviendo a cubrir kilómetros de



camino desierto—. Estas familias antiguas y venidas a menos tienen siquiera dignidad. Puede uno contar con ellas. —Miró al chofer, le molestó ver su cabeza descubierta—. Le he prohibido que maneje sin gorra... Es cierto que salimos tan de improviso. Hay que pasar por alto muchos detalles si queremos sobrevivir.”

Los detalles. Cosas estúpidas, sin importancia, malogran una vida, un recuerdo, y lo que es peor, una reputación.

Sintió los álamos pasar tan rápidos, como el automóvil y las nubes prendidas en sus agujas. Es hermoso el campo chileno cuando sale un sol de invierno y desnuda la montaña. El frío queda fuera de las ventanillas y el alma se aquieta sobre los cojines, desconectados el cuerpo y el sentir.

Los poros de Luz, igual que sus pupilas, tragaban la mañana dejando atrás la frialdad de septiembre. Invierno y primavera que no quieren ceder. No pensar. “Mis nervios no resisten intervención del espíritu.” Se sintió lacia. Vacía. Sensación antigua y relegada. Cerró los ojos. Nada. Apenas soportaba imágenes. Una obscuridad sin álamos, nubes ni cerros que se vienen encima. Nada.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

## 3

**A** LAS NUEVE y cuarto de la mañana, Elena introdujo la llave en la cerradura. La puerta del estudio se quejó blandamente. Sobre el vidrio, como siempre, en letras negras, estaba escrito: "Alberto Palma y Cía. Ltda."

Antes de entrar, la joven secretaria respiró hondo, acomodando su emoción a pulmones y nervios.

Don Alberto la llamó desde el fondo para pedirle que hiciera el favor de estar en la oficina a las nueve en punto del día lunes, porque esperaba una visita importante. ¿Cómo pudo atrasarse? Miró la hora por tercera vez en dos minutos. Gracias a Dios no había llegado aún su jefe. Le había respondido Elena, como de costumbre, que contara con ella, y Alberto bajó la voz al darle las gracias.

No previó que esa mañana, precisamente ésa, su padre había decidido levantarse temprano: cobraba unos dividendos y quería ser de los primeros en la cola. "No tengo yo una hija que lo haga por mí, como otros. Es una lástima." La miró con despego al entrar al baño y cerrar cuidadosamente la puerta. Ele-

na tembló, porque últimamente, sobre todo desde que su madre no estaba en casa, solía encerrarse por varias horas en el baño. ¿Qué hacía adentro? Elena sentía correr el agua y la cuenta del gas. ¿Vengábase de alguna desconocida injuria, o su necesidad de molestarla ingeniaba nuevos intentos?

Depositó los guantes sobre el escritorio, acomodó las sillas y sumergió en el closet su abrigo en plástico rojo. De una mirada revisaba cada mañana la estancia, abría la caja fuerte con gesto automático, colocaba el teléfono al alcance de su mano y suspiraba. Todo estaba en orden. Al levantarse coloreó sus ojos en el cuadro ubicado entre las dos puertas, la de entrada y la que conduce al estudio. Así comenzaban los días, para continuar así hasta sentir los pasos iguales y diferentes de don Alberto en el pasillo. Nunca los confunde, sin embargo son muchos los pasos que dejan arrastrar un eco entre las paredes del edificio, sobre el mármol reconstituido. Pueden pertenecer a algún vecino, al ingeniero jefe de la oficina, señor Castillo; a sus ayudantes; al mozo, que hace un mal aseo y lleva maravillosamente las papeletas de depósito, o a Patricio, el más nuevo de los dibujantes. Los pasos de Alberto resonaban cortos, ágiles, decididos.

¿Por qué nadie llega aún a trabajar? Volvió a mirar la hora. Es cierto que los ingenieros y personal inferior entraban casi juntos, como si se hubiesen puesto de acuerdo mientras tomaban café en la sala del entresuelo. ¿A qué se debió el llamado de Alberto?

¡Si hubiese sido una excusa para hablar con ella...! Trató de indagar en las palabras que trajo el teléfono, pero sólo recordaba un *gracias* dicho quedamente. Un *gracias* para ella sola. Más claramente vino

la última entrevista: le dictó una carta, firmó algunos cheques y preguntó con mucho interés por la salud de su madre, debiendo la joven informarle sobre los detalles de exámenes y tratamientos.

Tampoco llegaba él. Comprobó ese dolor ya conocido: dicha, excitación y angustia, parte de la espera, que cesaba de repente al roce de la llave en la cerradura, para convertirse en un gran vacío en el pecho al ver entrar a Alberto recién afeitado, oliendo ligeramente a Aqua Velva, el terno impecable, el cabello húmedo que emblanquece en las sienes y escasea en la frente.

“Buenos días, Elena”, dirá. Antes decía señorita Elena. Y ese nombre sencillo, pronunciado así con sencillez, hará a Elena diferente.

Pero él no aparecía. Entró al baño a revisar su maquillaje. Aquí la luz es mejor que en su casa y hay más paz. Al empolvar su rostro observó su sonrisa. Alberto decía que su sonrisa era fresca. Para él. Volvió al escritorio.

Cuando sonó la campanilla del teléfono, temblaba la mano de Elena al levantar; siempre se ha reído Alberto de ese temblor. “Como si el teléfono se la fuera a comer.” “Es que debo preparar mi tono de secretaria eficiente.”

“Es él —pensó desilusionada—, que no puede venir.” Habría preferido verlo entrar y dirigirse a ella al tiempo que deja su sombrero sobre la silla.

—Aló... Aló. —Ya no lo verá ese día, uno más, y han pasado tantos desde su partida.

—De Melipilla llaman... No se retire, señorita, por favor. —La voz venía de una gran distancia.

—Buenos días, señora Luz. Don Alberto no ha llegado aún.

—Escuche, señorita Elena... Alberto ha tenido

un accidente grave. Chocó en auto anoche. Está en el hospital. Es posible que lo llevemos a Santiago esta tarde. Explique todo esto al personal.

—Sí..., sí... —El nudo en su vientre impide toda reacción. La voz al otro lado del hilo puede ser y no ser—. Comprendo.

—Cuando Alberto se restablezca, querrá saber cuanto ha sucedido. Luego hablaré yo al señor Castillo; mientras tanto... confío en usted.

—Sí, señora, yo me ocuparé, pero ¿cómo está, en verdad?...

—Muy mal. Nada se sabe por el momento. Puede ser sólo conmoción cerebral o estar complicada con fractura del cráneo. ¿Me oye? Está inconsciente.

—¿Es cierto? —se preguntaba Elena llenándose por fin de angustia—. ¿Es cierto? —repitió en voz alta, como suplicando que se recapacite y cambie la sentencia—. Es que no puede estar tan grave...

La distancia es salvadora, el hilo tragó sus silencios, sus pausas y su horror. El teléfono enmudeció. “¿Lo quiere? —se preguntaba Elena con súbito rencor—. Lo quiere —respondió ella misma—, se preocupa mucho en dominarse, si no haría un drama, un último y atrasado drama.”

—Hágase cargo de los papeles —la voz de Luz y la pesadilla han vuelto—. Deje sus cosas bien cerradas hasta que yo vaya personalmente a hacerme cargo. —¿No es posible despertar, o más bien dormir ya para siempre?— Ya le daré noticias. Hasta pronto, señorita Elena.

El frío caminó por sus espaldas, le hervían las sienes, calor y frío adentráronse en la médula. Parecía seca para siempre su garganta. ¿Qué hacer para quitarse el alma? ¿Qué se hace cuando ya no se sabe qué hacer? Lo de siempre, pero con otro espíritu.



Corrió al escritorio de Alberto y se dejó caer en el sofá de cuero que desde hacía algún tiempo empezaba a ensuciarse y tomar vida. Cuando vio esos muebles por primera vez, eran nuevos, de color claro, sin lustre y sin aliento, como en una vitrina. Han pasado tres años, ahora se entregan.

\* \* \*

Cuando Elena dejó el convento donde hiciera, interna, sus humanidades, entró a su casa con un flamante título de bachiller en las manos y un mundo de proyectos e ilusiones en su corazón.

Energía y abnegación eran necesarias, claro estaba, y además candor para transformar su hogar. (Lo primero que murió fue el candor.) Energía, abnegación y candor abundan en el alma de una muchacha de diecisiete años. Su casa podía devenir un sitio alegre si ella se lo proponía. "Debe estar todo bien para que cuando Gonzalo llegue sea feliz él y nosotros." (Nunca se atrevió a decir yo.) Feliz, hogar alegre y digno, palabras de las que Elena hizo uso y abuso.

Tampoco Gonzalo había sido capaz, pero entonces la vida no era tan sórdida y él era un poeta. "Cuando Gonzalo vuelva a casa —yo lo obligaré a volver, ya que tengo mis dos pies en la tierra—, cambiaré todo." Su esfuerzo vislumbraba la corona.

—Tengo que buscar trabajo —dijo un año después al sentarse a la mesa entre su padre y su madre.

—Gracias a Dios y a mis esfuerzos, mi hija no tendrá necesidad de rebajarse —dijo el padre mientras se servía hasta el borde la copa de vino tinto, derramando algunas gotas sobre el mantel.

—Pero, papá, necesitamos dinero —respondió Elena alegremente—. Hay tanto que hacer. Me encantaría comprar cortinas nuevas y tapizar algunos muebles. Mamá, ¿cómo se vería esta pieza con cortinas de cretona en vez de esos brocados viejos que obscurecen y apenan?

La madre levantó los ojos del plato y su resignada sonrisa de antes parecía empezar a ponerse amarga.

—Hace mucho tiempo que deseaba hacerlo. Antes de que llegaras del colegio quería tenerte esa sorpresa, pero me faltó plata y después he ido postergándolo. —La miró con seriedad inusitada—. No te estrelles tú también con esta casa. Arregla después la tuya propia y deja que ésta se venga abajo.

Rotas las alas, recortado el entusiasmo, Elena miró a su madre con reproche.

—Lo más importante que debes hacer ahora es pensar en casarte bien —repuso el padre, y su voz varonil y profunda declinó los finales. Daba a cada palabra significados especialmente seductores.

—Arregla tu propio hogar, preocúpate de tu propia casa —repitió su madre con la voz seca.

—Pero, mamá, éste es mi hogar, ésta es mi casa —murmuró Elena.

—No olvides, hija, que no nos falta nada. No seremos ricos, pero lo indispensable está. Tienes de todo. —El padre comenzó a indagar el plato para separar los ingredientes—. Harto trabajé yo para que tú, mi única hija, ¡a tu hermano Gonzalo no lo cuento!, viva como le corresponde, mantenga su rango.

—¿Mi rango?

—Sí, y no te hagas la tonta, sabes quién eres y quiénes son tus antepasados. No he visto en mi vida una mazamorra más asquerosa que ésta —alejó el plato con gesto asqueado—. Ni comer se puede en esta casa. Si supieras cómo desfilaban los platos en casa de mi abuela; en esos tiempos nunca había menos de seis, más el postre y fruta. Es capaz tu madre de alegar falta de dinero.

Elena seguía cada movimiento con impaciencia. Lo vio echar un pelotón de manteguilla en el pan. Quiso advertirle que era cara y que igual sabía el pan untado con decoro. Bajó la vista. La voz hermosa de su padre no perdía profundidad, le gustaba oírse y declinar cada vez que le fuera posible, al final de cada frase. Llegó hasta ella como a través de un velo.

—Tengo muy merecida mi jubilación. Algunas personalidades me ayudaron a conseguirla, porque si entre caballeros no se ayudan, como lo hacen los otros, es permitir a los rotos que tomen posiciones. En todo caso hartó me

explotó la Compañía en otro tiempo. Menos mal que nada nos falta. Bueno, ¿pero a qué viene todo esto? Ya recuerdo. No veo la necesidad que tienes de embrutecerte en una oficina, recibiendo órdenes de un cualquiera. —Volvió la vista hacia su esposa y sorprendió el profundo desprecio con que lo escuchaba. Alzó la voz hasta la estridencia, pero, molesto por su propio tono, volvió a bajarla—. A ver, dime tú, ¿qué te falta?

La mujer se puso de pie sin responder. La actitud le pareció, a su hija, desconsiderada. No traían aún el postre. Miró a su padre para llenar ese vacío con su creciente interés: lo vio sentado a la mesa con el abrigo puesto y la bufanda enrollada al cuello, la que, al volverse él para accionar, introdujo sus flecos en el plato con restos de comida. Elena cerró los ojos y aconchó su llanto.

—Mamá, no se vaya —suplicó dulcemente la muchacha, tratando que su cariño le fuese suficiente—. Hablábamos de mi trabajo, yo necesito su consejo.

—Está bien, hablemos entonces de tu trabajo y no del suyo.

Elena presintió el estruendo. Llegó, y a su paso volcó la copa de vino sobre el mantel y un tenedor sobre la alfombra. Era demasiado. ¿Llorar? Es lo primero que habría hecho antes, cuando tenía fe, esperanza y candor —porque las lágrimas son candorosas, una demostración sencilla y clara de dolor—, y rechazaba aún la desilusión. Su padre, con el puño en alto, dominaba el furor en su voz, pero no en el temblor de su brazo. También su mano terminó por molestarlo, como toda demostración exagerada y violenta; extremos que un caballero se permite raramente.

—Siéntate ahí, mujer —dijo—. Te digo que te sientes.

—Si Gonzalo estuviera aquí —murmuró Elena—, si yo pudiese refugiar mi mirada en alguna parte. Aún puede arreglarse. —Se animó a sonreír—. Es cuestión de paciencia, de alegría, de dignidad. —Las palabras que fueron su código carecieron de sentido. Alegría, dignidad, quizás... dinero.

—Siéntate ahí. —La madre se acercó sólo con su cuerpo, arrastrándolo lentamente. La criada asomó la cabeza para enterarse de qué sucedía. Elena, sin ánimos, cerró la puerta hacia la cocina—. No te des tantas ínfulas porque re-

corres la ciudad de norte a sur y de este a oeste con las medias torcidas y los zapatos rotos, cobrando las cuentas de ese mediquillo charlatán de tu patrón. Te lo permito porque no me importa un bledo a qué te dediques, ni tus várices, ni tus piernas hinchadas, por unos miserables pesos. Pero mi hija... —vaciló, nunca había pensado concretamente qué deseaba para su hija, aparte del placer de humillar a su esposa—. Para ella... Pues bien, Elena, yo te buscaré un trabajo. Verás de lo que es capaz tu padre. Eso sí que será un puesto digno de ti, como yo entiendo las cosas. Serio y con prestancia.

Elena respiró aliviada, tratando de tomar una postura renovadora.

—Papá, tú trabajaste mientras fue posible para nosotros, ahora tienes tu jubilación. Yo quiero devolvarte algo de todo esto. —Vio que la emoción llenaba de lágrimas los ojos de su padre. ¡Qué fácil era hacerlo feliz!—. No te desilusionaré.

Se levantó para besarlo y la detuvo la expresión destruida de su madre. Volvió a sentarse:

—Mamacita, quiero que usted se dé algunos gustos, que descanse. No será necesario, mientras yo viva, andar con las medias torcidas y los zapatos rotos cobrando las cuentas del doctor. —Besó el dorso de la mano de su madre. Esta permanecía extática, pero una fugaz emoción recogieron sus dedos al contacto.

—Precisamente he pensado —el padre encendió con extremada lentitud un cigarrillo y bebió el concho de la botella antes de continuar—, es decir, acabo de leer en los periódicos que Alberto Palma está convertido en un gran empresario. Se ha asociado a no sé cuál empresa constructora y tienen a su cargo edificios, caminos, poblaciones obreras. Estará muy rico, me imagino, y debe tener necesidad de personal nuevo ahora que amplía sus actividades.

—¿Qué conexión tienes tú con Alberto Palma? —Elena pronunció por primera vez el nombre, sencillamente; al salir de su boca salió también de sus pensamientos.

—Fui amigo de su hermano mayor. Veraneaban, o vivían todo el año, no me acuerdo bien, cerca del fundo de mi abuela. Por ese tiempo se les murió la madre y debieron mandar a los mayores al colegio, internos. Los veíamos sólo

en el verano. Pensar que mi abuela los miraba en menos. Lo que va de ayer a hoy. Bueno, eso ya es sabido, nosotros los caballeros somos los últimos en enriquecernos. Un hombre digno y honrado no se arrastra tras la figuración o el dinero. Lanzamos por la borda nuestros puestos cuando vemos las irregularidades que se cometen a nuestro alrededor. Somos unos quijotes. Iré a hablar con él.

—No, no, mejor voy yo sola —insinuó Elena.

—¿Estás loca? ¿No tienes acaso padres que velen por ti? Irás con nosotros. Verá ése con quién tiene que haberse-las. Hoy no es una vergüenza trabajar fuera de su casa para una muchacha de familia. Además debes ocuparte de algo útil, salir un poco, conocer gente y vestir bien, y sobre todo sentir el placer de botar el dinero como lo botaba tu padre. —Su sonrisa y su ademán de despilfarro eran magníficos.

\* \* \*

La madre se veía muy bien con el cabello tirante peinado en un moño, las canas prestaban a su rostro nobleza triste y antigua. Una vez en la oficina de Alberto Palma, el padre habló con desenvoltura, gozándose en su papel de hombre de gran mundo. Sus maneras elegantes, su voz armoniosa, lo situaban mejor que la corbata plateada y el sombrero negro comprado una vez donde Lock. Recurrió a los episodios de infancia para atravesar el reconocimiento y a lo mucho que estimaba su abuela a “estos jóvenes e impetuosos vecinos rurales”. Continuó narrando anécdotas en las que figuraba todo el vecindario. Su interlocutor parecía celebrar dichos y recordar situaciones.

Súbitamente y antes de haber oído el verdadero motivo de su visita, Alberto se puso de pie dando por terminada la entrevista. El padre sonrojándose perdió aplomo. Elena empequeñeció de hombros y su madre estiró la mano con gesto de gran dama, diciendo con sencillez:

—Nuestra hija tiene interés en empezar a trabajar, quizás usted pudiese aconsejarle algo ventajoso.

Apenas recordaba ya la escena. Pasó tan rápidamente y su incomodidad fue tal, que sólo atinó Elena a ver el color de la corbata de ese hombre que la miró de pasada como quien mira un mueble al que según sus propias palabras, “encontraría un hueco por ahí...”



Volvieron a casa silenciosos, agotados el alarde y las sonrisas de oferta. Vacíos por haber actuado, tristes de haber recibido. El padre no llenaba de palabras la calle, caminaba nostálgico y su agotamiento venía de sí y de los otros.

Cuando se le avisó a Elena que pasara a firmar el contrato, ésta permaneció ingrávida: los momentos importantes son siempre menos que la idea formada de ellos. Una nueva vida. Ganaría dinero, vería otros rostros, soportaría nuevos pesos y responsabilidades. Al salir de sí y de su ambiente, adquiriría su persona contornos de grandeza. Pero su impresión fue tal que no logró poseerse.

Entró a la oficina de Alberto Palma & Cía. Ltda. para "cualquier cosa". Ahí estaba.

\* \* \*

Se puso de pie. Ese día perteneció a otro siglo y todo acaeció a otra persona. Miró el teléfono, otra vez el reloj. Faltaban minutos para las diez.

"Qué eterno se hace el tiempo y nadie llega." Qué hacer de su dolor y de sus recuerdos. Nada.

Una persona debía saber el accidente. "Aunque hace mucho que no llama por teléfono." Fue desagradable recordarla. ¿Avisarle? Pareció a la joven tan absurdo llamarla como cualquier otra cosa, como estar ahí sentada, por ejemplo, mientras sentía su ser desmigarse lentamente. "Es como ser su cómplice." Y ¿no lo era? Cuesta más decir *soy un ladrón* que robar algo cada día. La soledad ajena acompañaría a la suya. "Sentir qué siente otra que sufre igual..." Era la única persona cuya voz deseaba oír en aquel trance. La proximidad de sus almas la arrebó.

La lista de números de teléfonos de Alberto estaba a mano. Fácilmente encontró el que buscaba: solitaria una letra A, sin nombre, sin apellido. "Es ella." Tampoco tenía un rostro; sólo una voz que preguntaba: "¿Estará Alberto?", como si le perteneciera.

## 4

**G**OLPEABAN a la puerta del dormitorio de Alicia cuando sonó el teléfono. Medio dormida aún lo hizo a un lado y se puso de pie. No necesitaba recurrir a su bata de levantarse color rosa; abrió perezosamente y volvió al lecho, al mismo sitio que dejara tibio. La campanilla calló.

—Qué animal eres —dijo sin convicción—. Despertarme a esta hora cuando me cuesta tanto quedarme dormida. ¿Quién sería el que llamaba?

—Es que cuando duermes sola no sabes cómo acomodarte en la cama —el recién llegado mostró al sonreír una cadena de dientes cuadrados, con una que otra mancha de oro.

—Cierra esa llave que gotea en la cocina —dijo Alicia, pero él no se movió. Era una suerte, después de todo, que Raúl volviese tan a tiempo—. Más vale mal acompañada que sola.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

Se acercó a ella y echó hacia atrás la ropa de cama. Alicia dio un grito volviendo a cubrirse.

—Andate al diablo, ¡pesado! —chilló escondién-

dose entre las frazadas—. ¿No ves que hace frío? Estos sinvergüenzas economizan tanto en la calefacción.

—Al diablo nos vamos juntos. —La tomó por los hombros y Alicia se defendió por costumbre—. Veremos quién manda aquí —dijo Raúl abrazándola.

Ella permaneció quieta. Cerró los ojos:

—¿Qué quieres conseguir ahora? —preguntó.

—Ese tipo ya no viene desde hace tiempo y puedes leer noticias fresquitas en el diario de hoy. —No dejaba de besarla, en el cuello, en los hombros, en el pecho—. Ahora puedo venir a instalarme aquí.

—Ni pensarlo. No tengo más que esta cama y no quiero ver tus tiras botadas por todas partes, ni a tus amigos desordenándome la casa. Ni muerta. Este es mi departamento y lo será hasta que me saquen con la fuerza pública. Vivo como gente decente y no quiero nada con vagos como tú. ¿Me oyes?

—Sí, te oigo, pero eso no quiere decir nada. Una vez que me quede contigo, ya no me dejarás irme. Te conozco, zorra, te haces la macanuda y después te derrites como mantequilla. —Lanzó una carcajada fanfarrona—. Aunque trates, no puedes vivir sin mí.

—No te des muchos humos, atorrante e inútil es lo que eres, si no fuera que te conozco desde hace tanto tiempo... —Volvió a sonar la campanilla del teléfono—. Quita para allá.

—Que reviente ese aparato.

—Déjame contestar.

Insistió el teléfono y su queja parecía agotarse cuando Alicia reaccionó. “Y si fuera él”; pero era ilusión marchita muchas veces en el último tiempo. Se incorporó bruscamente mientras Raúl caía blasfemando. Tomó el fono. La campanilla expiró en su mano.

—Aló. —Tomó posición a la orilla de la cama—.

Sí, sí. No quiero saber nada de él. —Esperó que la otra no le haría caso—. Bien pudo llamarme él mismo, ¿no es cierto? A la hora que se acuerda de que existo.

Raúl se puso de pie, acomodó el nudo de su corbata frente al espejo mural, y contempló embelesado la raya de sus pantalones. Pasó a la cocina y después de apretar la llave del lavaplatos comenzó a hurguear en los armarios. Alicia lo seguía con mirada ausente, desilusionada.

—¿Y quién es usted? Ya conozco la treta. Mire, señorita, si quiere algo con él, tómesele, se lo regalo. A mí poco me importa un hombre más o menos. Sí, me importan las maneras: él debió venir. —Su voz se apagó insegura, como si sus propias palabras no la engañasen—. No se ofenda, por favor, es mi modo. Soy una persona que dice las cosas tal cual las piensa, no como otros... Cosas peores me han pasado a mí. La veo muy afligida. Le falta experiencia. ¿Quiere que le dé clases o prefiere saber cómo me hacía a mí el amor? —Su carcajada no convencía—. Un accidente. No faltaba más. —Se incorporó de súbito inquieta. Volvió a tenderse—. Por mí, que se vaya al diablo.

Cuando se dio cuenta de que habían colgado, dejó caer el fono con impaciencia. Desde el umbral de la cocina, Raúl la miraba asombrado.

—Bonito modo de tratar al prójimo. El roce con gente educada no te ha enseñado mucho. Mejores maneras teníamos en la cárcel.

—A mí no me engañan así no más. Para colmo, una chiquilla idiota. Sin experiencia y con voz de mosca muerta.

Raúl salió de la cocina con un vaso de leche en una mano, miró el líquido blanco con gesto de asco:

—Qué decadencia. Tener que tomar de esta cochinada. Pero dicen que es bueno para las úlceras. Aunque no lo creas, y aunque mis amigos dicen que es enfermedad de rico, tengo úlceras.

—No te tomes toda la leche. Con lo que me cuesta conseguir al lechero. Tengo que atravesar todo el edificio con las botellas. Me sirve para el desayuno y para limpiarme la cara. Es más barata que la crema y resulta igual. —Sonrió al recordar cómo la miraban al atravesar el edificio en bata de raso. A veces el mismo lechero le ofrecía traer las botellas a su departamento. Se levantó de la cama y empezó a dar vueltas por la pieza—. Otra vez se me vendrán encima todos los problemas. Contigo no se puede tener nada, no se progresa. —Sentía una fatiga desusada agarrar sus piernas—. Sé cómo me sacarás la plata, ¡tanto que me cuesta ganarla! Y empezarás otra vez a perseguirme para que salga con tus amigos ricos y me encontrarás una “mina”, como siempre, algún viejo cochino.

Sintió apretársele la garganta: tantas cosas que enfrentar, harta ya de lucha y todo acomodándose a una pesadilla. Se dejó caer al borde de su cama doble, tapizada en brocado de seda verde Nilo. Cuando quiso hablar no encontró su voz.

—Por favor, ándate lejos, déjame tranquila — murmuró al fin, y el tono pareció a Raúl extraño.

—Entre que te maneje yo o la señora Graciela, no veo la diferencia. Además nos avenimos bien.

Alicia anduvo algunos pasos, su mirada extraviada no era la misma; como una fiera herida, gritó:

—A mí no me maneja nadie, ¿me oyes? Soy libre y quiero estar sola. A la mierda se van ustedes todos, para algo tengo mi casa, mi situación y pronto encontraré...



—Cállate, lesa, no hagas comedias ni me vengas a mí con esos cuentos, mira que te conocí naranjo. ¿Quieres leer el diario para que veas qué fue del pituco ese tuyo? —Con despiado ademán, victoriosas la sonrisa y la mirada, le extendió el diario. Alicia no quiso mirar. Con caracteres negros y rojos decía: “Muerte en el camino a Melipilla. Informaciones en página 5”. Más abajo el retrato de un automóvil horriblemente destruido y de un cuerpo tapado con diarios a la orilla del camino: “Es lo que queda de la amiga del millonario Alberto Palma”.

Con voz extremadamente serena, Alicia murmuró:

—Si no te vas, te mato.

Raúl no se amilanó. Conocía sus arranques, sus consecuencias, y su soledad. Se acercó a ella:

—Ya no me tienes más que a mí

—Entonces me mato yo. —El la sintió callada, sincera, como si la idea se gestase en ella sin ser ella parte—. Estoy cansada. Cansada de hombres, de mujeres, de todo —Raúl se hizo a un lado. Alicia, comprendiéndose dueña de la situación, continuó, pero su voz fue igualmente quebrada, suplicante—: Por favor, Raúl, déjame sola. —Volvió a enfurecerse, era mejor verla así, y corrió a la pieza de baño.

El hombre trató de golpear sin insistencia. ¿Para qué recurrir a un escándalo cuando de todas maneras estaba en sus manos?

—Ya se le pasarán las mañas. —Dio una vuelta por la habitación. Sobre una silla estaba la cartera de Alicia, era de charol negro. Sacó todo el dinero, billetes cuidadosamente doblados, y con gesto breve los echó al bolsillo. Desde la puerta gritó:

—Hasta la vista, no te amargues demasiado, como ése hay miles.

Volvió para comprobar que su cabello estaba impecable y se deleitó unos minutos frente al espejo de cuerpo entero. Tras colocar el periódico en una parte visible adonde ella pudiese encontrarlo para enterarse a fondo de lo ocurrido, salió dando un portazo.

Mientras tanto, en el espejo del botiquín descubría Alicia su rostro envejecido. Sintió deseos de llorar, más por sus arrugas que por sus emociones. "Si fuese todavía muchacha... Hombres como Alberto andan a montones, tiene razón Raúl. Es cuestión de suerte y de saber llevarlos." Además... ¿no hacía ya tres meses que él no la llamaba? Se dolió ante su tez demasiado oscura; para tomar ánimos lavó sus dientes, restregándolos sin misericordia.

"Muchas veces me juró que se iría para siempre, que estaba harto de mí y de todo el mundo, pero volvía... Después de hacerme el amor, con menos alardes, y... yo pensaba habérmelo metido adentro... Y yo lo esperaba, convencida de que no se aguantaría las ganas de decirme unas frescas después de la escena del restaurante... Una vez aquí, tendrá que oírme y explicarme, pensaba yo, la muy idiota."

\* \* \*

Alberto tenía razón, y de haber sabido cómo hacerlo ese día, le habría pegado. En vez de eso la depositó en su casa sin hablar una sílaba. Alberto no era de los que dan una cachetada, sí de los que hiéren con palabras, callando lo que deberían decir, diciendo lo que deberían callar. Los caballeros no necesitan malas maneras. Les bastan sonrisas despectivas, indiferencias oportunas, situaciones que menoscaban. Por eso lo había avergonzado; por eso se entretuvo en bailar toda la noche con aquel amigo que el mismo Alberto le presentó en la puerta del cabaret y que parecía tener influencias, manejar el dinero con desenvoltura y ejercer sobre él cierto ascendiente. Un hombre así necesitaba Alicia. El único con que lograría agraviarlo. "Creí que olvidaría, algo se atravesó en el camino." Perdida aque-

lla oportunidad, la reconciliación se hacía más difícil. “¿Me interesa ya esa reconciliación?”, se preguntó muchas veces, humillada de tener que preguntárselo.

• • •

Tomó el fono y marcó el número de la oficina de Alberto. “¿Dijo *é*sa que era su secretaria? ¡Qué laya de secretaria...!” No se lo creyó. “Esa tipa no me engaña así no más... Nos pueden poner a las dos sobre la pista en cualquier momento. Cree que porque tiene modales de señorita...”

La misma voz contestó al teléfono.

—Entonces... ¿es cierto? —Alicia trató de parecer cortés—. Le hablé muy mal endenantes. Es que hoy todo me ha salido al revés. No le creí, *é*sa es la verdad. Quizás si no le hubiese creído, habría sido más cortés. ¿Qué fue en realidad lo que pasó? —“No quiero saberlo, es su único escape”—. Ya veo. A mí me ha de pasar todo. Pero está vivo. Descuide, se mejorará pronto. —Sintió que le temblaban los labios—. Es sano, robusto y los médicos se arrastrarán ante él. Además, le aseguro que hasta para eso tendrá suerte. Yo siempre se lo decía: “Alberto, manejas como un salvaje”. —Sonrió ufana de demostrar la intimidad de sus relaciones, esa complicidad que crea una reyerta, un consejo, una prohibición absurda de una mujer a un hombre. Sí, le decía también: “Fumas demasiado”. O: “Esto te caerá mal al hígado”. No le importaba a Alicia que fumase mucho, ni supo jamás si padecía del hígado, pero la oportunidad de decirlo y cuando ello encerraba de dominio, posesión, ternura, intimidad y amor era única en su vida y no podía perderla—. En fin, así es el destino.

No se atrevía a colgar el fono. Prolongaba las palabras para mantener ese contacto. La secretaria

le gustaba, su voz llegó a su alma. ¿Cómo decirle cuánto pasaba por la suya?; él, que se creía inalcanzable, a quien la mala suerte no tocaba, que tenía comprado el éxito, el amor, la plata y la felicidad, también la vida. Aquel que disponía de todo a su antojo estaba ahora como un cualquiera.

—Hasta luego, señorita, muchas gracias, y, por favor, perdóneme, fui un poco terca.

Al ponerse de pie, la estancia cambió de posición, bajó el techo hasta su cabeza, tambaleóse el suelo.

“Como podía estar cualquiera; yo, Raúl, cualquiera.”

Otra vez en el baño, cerca de sus objetos personales, se recuperó. Pero su soledad fue la misma. Metió la cara en el agua fría. Se miró en el espejo: el pelo suelto le alcanzaba hasta la cintura.

\* \* \*

—Me gustas más cuando te lo trenzas o lo peinas en un moño... , tomado en alguna forma —le decía Alberto—. Así pareces una yegua disparada.

—A los hombres les gusta el pelo suelto, ondulado y negro como el mío —respondió Alicia separándolo con los dedos. Tomó una postura romántica y tierna, apropiada al momento—. Les gusta oler su perfume.

—Veo que tus amigos son cursis o ciegos, te confunden con una criatura de las selvas. ¿Lees mucho?

—Sí, cuentos.

—Así veo. Yo no soy romántico, pienso que tu pelo suelto es terrible y que el perfume tropical es malo. —Sonrió sentándola sobre sus rodillas—. Más que princesa de las selvas, me pareces a mí una india brava. —La besó.

Hablaba secamente, sabía acariciar y le gustaba herirla. Como si una permanente necesidad de mantenerla a raya lo impulsase a hacerlo. Cuando la alcanzaba, volvía atrás. Un juego como otro: “Me gustas demasiado para poder quererte”.

\* \* \*

Alisó el cabello y lo peinó en un moño. Realzaba el color obscuro de su piel y su tipo oriental. Dibujó cuidadosamente su boca antes de buscar en el closet su vestido de lana blanco. A Alberto le gustaba verla así. ¿Y qué? Pero no tenía algo mejor que hacer. Lanzó el vestido sobre la cama. Alberto no volvería a verla.

Tomó el periódico y al descubrir ese cuerpo, chal y tierra, junto al auto despedazado, lanzó un grito. Hacía poco le deseaba la muerte, ahora... continuó deseándosela, con una profundidad inusitada.

Tendióse en su cama e invocó, como siempre que estaba apurada, a la Virgen del Carmen. Tenía por ahí una reliquia. ¿Adónde la puso? ¡Qué cabeza! La conservaba desde que era muy niña y había caminado largo tiempo con ella. Perteneció a su madre, pero apenas recordaba ya cómo era su madre. Se perdió con todo: una silla en un corredor abierto frente a una avenida de álamos. Una tos permanente desgarrando su pecho.

—Las pagaré ahora por junto. Sabrá que es como todo el mundo y que, como a todos, le puede llegar el turno.

El ruido de los neumáticos hirió levemente el asfalto. Ese mismo automóvil azul y plata se la jugó. Los vehículos se cruzaban y los rostros se confundían junto al parabrisas, como una pesadilla. Vino y dejó en sus ojos una visión de asco aletargado.

Volvió a sentir esas náuseas que prendían sus músculos revolucionando sus jugos gástricos. Las sentía ya cuando era niña y miraba el campo inmenso con un horizonte de cordillera. No habría sabido explicar por qué la añoranza, la pena y los deseos incontrolables de cosas diferentes le producían ese recogimiento, que llamaba náuseas, por darle algún



nombre. La pieza olía a éter como entonces: el auto olía a éter y el mundo entero era una masa sofocante y hedionda. Cuando el olor del algodón con éter la ahogó, Alicia apretó la mano de Alberto y él oprimió suavemente su mejilla. Recordó también que después él la guió hasta la calle. Del brazo bajaron del automóvil, y del brazo subieron por el ascensor. Sus piernas flaqueaban, como ahora, y no se atrevía a dar el paso por temor de regar el pasillo con su sangre. El estaba pálido, la presión de sus dedos sobre el brazo aumentó cuando entraron a su departamento. Como si quisiera llegar pronto y terminar. No hay que pensar en ello. Es tiempo de dar vuelta la hoja. Esa y muchas otras hojas.

La voz de la secretaria era seria, grave, callada. La recuerda ahora. Tomaba el teléfono cuando llamaba a Alberto a la oficina. Al principio tartamudeaba al responder, después las palabras salían de a poco: "Un momentito, voy a pasarle el fono". Otras veces, sin embargo, respondía segura y profesionalmente: "No está en este momento; ¿quiere dejarle algún recado?"

"Debe ser mojigata o simplemente gata —se decía Alicia, molesta—; es más fácil responder *no está* que reconocer mi existencia. ¿Por qué, entonces, me avisaría." Recordó la visita de Raúl, su desfachatez nueva y el diario sobre la alfombra. Deseó con toda su alma encontrar una forma de echar fuera todo su sentir.

Volvió a tenderse en la cama. Eludía su pena y su descubrimiento resbalaba sobre sus recuerdos. Encendió un cigarrillo: "Menos mal que puedo encontrar reemplazante. Todos los hombres son más o menos iguales. Es cuestión de tomarles el tranco". Pero la frase le pareció ya muy vieja y usada. "Me gusta

la secretaria. Tiene voz de amiga. Debe haber sido muy útil para Alberto. Es bueno tener una amiga."

Cerró los ojos y sintió las lágrimas sólo cuando éstas mojaron sus sienes, rodando por ellas hasta la almohada.

"Soy libre ahora. Libre hasta de su recuerdo." El placer de la libertad no le llegaba. Miró la hora: "Puedo todavía alcanzar a un *rotativo* que comience a las 11. Acostumbrarse a la idea es lo que cuesta, después no debe ser tanto".

\* \* \*

Se vio otra vez caminando por la Avenida Vicuña Mackenna, y sintió un escalofrío. ¡Esos sí que eran tiempos!

En invierno tomaba una micro. En verano hacía el camino a pie.

La entrada a casa de la señora Graciela estaba generalmente a oscuras. Economizaba luz. Sólo una pequeña lámpara encendida destrozaba sus luces en los vidrios del ventanal. El vitral altivo y orgulloso abarcaba el fondo, devolviendo reflejos malvas, verdes, azules, y anaranjados. Mas en las tardes de verano, al despedirse el sol, se destacaban los pétalos blancos de las tulipas diseñadas en el cristal.

En el salón reservado, las luces eran bajas y abundantes; también los cortinajes y tapices, donde el verde pálido daba la nota francesa al ambiente. Algunos tipos charlarían entre las caderas ondulantes de la "Rucia" y las burbujas, ondulantes también y también verdes, del champafia nacional.

Las risas llegaron hasta Alicia entre el gemido de los cristales. Se detuvo en el *hall*. Al centro reinaba la mesa ovalada y sobre ella el macetero de cerámica roja, cuyos bordes imitaban pétalos, en donde una planta crecía, siempre verde y nunca en flor. Las sillas se arrimaban tímidamente a la pared en grupos concéntricos, como si pertenecieran al salón de un convento.

Penetró al reservado *de lujo* para clientes de categoría. Miró al hombre que le quedaba más cerca: buena ropa y

cuello exageradamente duro; él correspondió a su sonrisa envolviéndola en una mirada total. Sintió cerca ese cuerpo que olía vagamente a Aqua Velva.

“Me gusta —se dijo Alicia—, y su mujer debe ser rubia. Hay hombres que se casan con rubias y se acuestan con morenas.” No descuidaría su tipo ligeramente oriental, a tono con la piel oscura de su tez.

—No lo había visto antes por aquí —murmuró Alicia con mirada lánguida.

—Es la primera vez que vengo, en realidad... —respondió señalando a sus amigos—; cosas de éstos. —Se sonrojó.

Alicia prolongó la risa hasta cruzar el sonrojo y sentir aligerarse el ambiente; poco a poco fue convirtiéndose en innecesaria carcajada. Olor a alcohol y a humo cortaban el aire, deteniendo los movimientos y colando las voces. Una escena como otras, vagas y ajenas. El volvió la vista y diviso al extremo, entre dos puertas cortinadas, un gran cuadro de “la maja desnuda”. La carne rosada y los tonos vivos del fondo habrían causado envidia al propio Goya. El marco se inclinaba hacia la izquierda. Alicia avanzó a enderezarlo: dejaba también apreciar las líneas de su cuerpo. El la siguió con las dos copas de champaña.

—Es una mala copia —dijo para sí mismo.

—¿Copia? ¿Y por qué ha de ser copia? —interrogó Alicia, escandalizada—. A mí me parece una vieja indecente —bajó los ojos con malicia—, por lo gorda, pero a la señora Graciela le gusta mucho, dice que le costó muy caro.

—Lo pagaría por centímetro cuadrado.

—¿No le gusta?

—No.

—¿Qué..., las mujeres desnudas?

—Tampoco me gusta el original. Lo vi en España.

Alicia rozó la mano de él con su pecho, suelto y tibio bajo el vestido. El volvió a sonrojarse.

“Es la primera vez que se anima a meterse en esta clase de enredos —se dijo Alicia, satisfecha—. Sería más fácil...”

—Qué tontería perder el tiempo hablando sobre cuadros.

—¿Por qué? También a mí me gustan mucho.

—No me diga que usted pinta...

—No, pero tengo buenos amigos, con buenas casas; gente rica, de buen gusto, que han viajado y traen pinturas en cada viaje. Conozco gente de calidad, no crea usted. No me meto con cualquiera.

Alberto sonrió. Tomó posición y acomodó en ella sus ojos. Suspiró satisfecho.

Las voces subían de tono; parecían llegar y aletargarse al tiempo.

—Oye, Alberto —gritó un mocetón gordo y contento, cuyas manos anchas sobre las caderas de la "Rucia" se adaptaban perfectamente.

—¿Conque se llama Alberto? No me lo había dicho.

—Ni usted preguntado.

—Trátame de *tú*, me siento mejor.

—Tenemos una belleza en aprietos —éste era muy alto y vestía camisa oscura; atrajo a la Berta—. Acércate, Alberto.

La "Rucia" echó atrás los hombros ante la mirada de Alberto, y Alicia se juró, desde ese instante, que éste no se le escaparía, aunque no más fuese por quitárselo a ella. No podía tragarla: le molestaba la seguridad con que lucía su pecho, ufana de su piel blanca y de sus pezones rosados.

—Esa cree que ser rubia es una maravilla —exclamó sin contenerse, y Alberto la miró divertido—. Como si no hubiera hartas alemanas iguales.

El extendió la mano hasta tocar el cuello terso y oscuro de su compañera. Dejó allí la palma, como si el contacto de esa piel tuviese su propia temperatura:

—A mí me gustan las morenas —dijo, y Alicia le sonrió agradecida.

—Apuesto a que su mujer es rubia —exclamó para comprobar su axioma.

—¿Por qué he de ser casado?

—Porque no creo que las mujeres hayan sido tan idiotas como para dejarlo escaparse. —Creyó que iba a besarla, intensificó la presión de su mano.

—Oye, pues, Alberto —insistió el gordo—, preguntamos a estas ninfas algo y no parecen ponerse de acuerdo: si a raíz de un naufragio, de una guerra atómica, debiesen permanecer solas en un lugar desierto..., es decir, sin ninguna

posibilidad de ver a un hombre, ¿cuánto tiempo aguantarían?

—Es que depende...

—Pero cómo...

—A ver, responda usted —indicó a Alicia,

—Sin que me hiciera falta..., ¿qué quiere decir usted?

—Pensó un instante—: Unos tres meses tal vez.

—Yo ni un mes —respondió la Berta lanzando una apasionada mirada al joven de camisa oscura.

Alicia enfrentó a la "Rucia":

—A ver tú, ¿cuánto aguantarías sin escuchar palabras de amor en tu oído..., o más bien, sin sacar a relucir tu pechuga...?

Ante la inquisición agresiva, la "Rucia" se puso de pie. Los enfrentó a todos con desprecio:

—Yo, sin un hombre —dijo con voz profunda y seca—, podría pasar toda mi vida.

Se oyó una carcajada general, y las palabras quedaron suspendidas entre humos y ánimos. Alberto tomó a Alicia y la atrajo a su lado.



## 5

**E**N UN principio no comprendió Alicia por qué Alberto continuaba viéndola. Era un hombre rico que figuraba junto a empresas importantes, de esas cuyos nombres forman sílabas que las confunden en vez de distinguirlas, y hasta el Cía. Ltda. que las apellida es igual; "nunca se sabe qué son ni a qué se dedican".

Se dijo que su mujer sería frígida o que le ponía cuernos; pero en ese caso, ¿por qué su empeño de mantener relaciones ocultas? Aunque no muy claro, su papel le pareció agradable y con cierta categoría. Entrevió, eso sí, el problema de terminar enamorándose de él, cosa que no le parecía nada cómoda y que sólo llevaba a sufrimientos inútiles, y se preocupó de adaptarse "al tranco" de su nuevo y espléndido amante, rogando a su reliquia de la Virgen del Carmen que le durara, porque necesitaba tiempo para pensar y tranquilidad para enfrentar su futuro.

Pero Alberto le gustaba cada día más y esto la hacía desconfiar: sano, robusto, normal y con dinero. No dejaba de ser extraño. ¡Como si alguna vez un sueño pudiese convertirse en realidad! Sueños... Recordó un corredor abierto, una casa de campo frente a una avenida de álamos; por allí pasaba un muchacho que detenía un instante su caballo. El era rico, hermoso y amable.

Orgullosa llegó Alicia a casa de la señora Graciela, luciendo su flamante capa de zorros. No hacía mucho frío,

pero la mantuvo sobre los hombros, deslizándola por sus espaldas en pliegues suaves y flexibles. Alberto había dado el dinero sin exigir comprobante, "como un caballero". No estaba segura de que su elección le hubiese agradado. La miró con desgano, sin reparar en la buena calidad de la piel. Esta desilusión fue ampliamente compensada con la envidia de sus compañeras y el desdén de la "Rucia".

—Una piel no es cosa del otro mundo —dijo Alicia—. Es sólo para comenzar. Así se les pone a prueba.

Las demás mujeres callaron. Tarde o temprano encontraban ellas un amor, a veces un marido; pero encontrar uno como Alberto, que ni se lo soñaran, bueno era que lo comprendiesen de inmediato.

—Es una persona, como ustedes saben, de mucha categoría.

Mas es difícil ser feliz largo tiempo, casi tan difícil como serlo verdaderamente. Se juntó todo. ¿Qué? Su propio estado de ánimo que le jugaba malas pasadas, haciéndola sentirse cada vez más ansiosa y perturbada. "Algo está a punto de cambiar en mí"; intuía, y cada vez esa espera la desazonaba más. Además, el animal de Raúl. Aunque se sintió muchas veces sola, dejó de frecuentar la casa, como si así pudiese restablecer en ella ese equilibrio. ¿Por qué todo esto? Estaba metiéndose en camisa de once varas. Algo cambiaba y aún no sabía qué. Amaba los cambios, "éstos llevan a algo diferente, posiblemente a eso que me falta".

En fin, mientras tuviera a Alberto... Y cuando Alberto estaba de buenas era capaz de hacerla olvidar angustias secretas. De hacerla feliz; es claro que más capaz aún era de amargarla.

En ese viaje a Viña del Mar iba decidida a pedirle ayuda. Precisaba, antes que nada, deshacerse de Raúl. Con él a cuestas no llegaría a ninguna parte. Le molestó recordar al turco ese que llevó a su casa. Le pagó más o menos, pero olía a otros climas.

Se empeñó en deshacerse de Raúl —una causa sencilla y con nombre, de molestias ansiosas—, porque de las otras cosas, de esas sensaciones de pérdida y congoja, no podía librarse. "Con qué tranquilidad el muy granuja continúa introduciendo a mi pieza una tropa de farsantes." Caminaban con seguridad a la cárcel y podían comprometerla.

Decían vender o comprar automóviles, y a pesar de que Alicia nunca vio esos negocios, andaban con plata; cuando no, venían a pedírsela prestada. Se emborrachaban en sus narices, hurgueteaban sus tragos, y después de jugar y alborotar toda la noche partían dejando todo desordenado y también a alguna amiga que terminaba de dormir su mona en el sillón a los pies de la cama. "Siendo que yo me preocupo tanto por el orden."

Era el momento de cambiar. De consolidarse, ganar dinero, devenir alguien y empezar otra cosa. Si perdía esta ocasión no sería fácil encontrar otra en su camino.

—¡Quién le manda a ése andar con la cabeza tan engominada que parece casco de bombero! ¡Me tiene loca y para colmo usa jopo! —dijo Alicia, pero Alberto continuó mirando distraídamente el camino.

—¿Quién es ése...?

—Además me persigue —respondió ella gozándose en el misterio.

La escena le pareció de película; también el asiento del automóvil. Volvió la vista para tragar la cinta plateada del camino. Al deslizarse, el vehículo apenas tocaba el pavimento.

—No manejes tan ligero.

No se atrevería a hablar. Después de tomar aliento, pasado Curacaví, pondría otra vez el tema.

Pero más allá de Curacaví las palabras no tomaron forma: su casa tan antigua y a trasmano, que compartía con una prima gorda y su marido empleado en unas pompas fúnebres —él se emborrachaba todos los sábados, con la misma constancia con que se moría la gente y tomaba las medidas del cajón—. Deseaba ahora un departamentito independiente. Un amigo militar le había prometido conseguirle uno por medio de la Caja, siempre que contase con una renta segura con que pagarlo. ¡Tantas cosas que conversar, y aún no se atrevía!

—¿A qué hotel vamos? —preguntó. El asiento muelle se adaptaba tan bien a sus espaldas que Alicia suspiró complacida—. Estos autos americanos parecen camas.

—A un hotel bueno en Valparaíso —respondió Alberto.

—No te creo. ¿Así que no vamos al “Miramar”? A mí me gustan los buenos hoteles... de lujo.

—A mí me gusta Valparaíso, los barcos en el puerto, las sirenas en la noche. Cuando éramos chiquillos veníamos a Valparaíso. Yo salía de paseo con mi mamá. Mirábamos los lanchones de carga, los bares a donde se emborrachan los marineros, y ella trataba de llevarme al otro extremo del muelle donde atracan los transatlánticos —exclamó alegremente—. ¿Te gustaría visitar un barco? ¿Subiste alguna vez al “Latorre”? Yo nunca. Siempre lo mirábamos desde lejos; me quedé con las ganas. Todo el mundo había subido al “Latorre” menos yo, pensaba de chiquillo. Una de las muchas cosas que no alcancé a hacer. —Hablabas para sí mismo.

—Lo que quieres es esquivar a tus conocidos —espetó Alicia.

No se saldría con la suya si quería mantenerla aparte. Una cosa era un hombre y otra poder salir con él, ver lugares elegantes y ser vista en buena compañía. “Mis amistades sabrán que no ando con cualquiera, como otras.” Daba gusto ver los buenos trajes que usaba Alberto y sus camisas de fina popelina inglesa.

—Si crees que me tendrás sólo en la cama, estás bien equivocado. El “Miramar” es bueno, con linda vista y se ve gente elegante.

—¿Has estado allí muchas veces?

—Sí —exclamó ella, colérica—, muchas veces.

Alberto sonrió tratando de tomarle la mano, pero Alicia le volvió la espalda. Sentía no tenerlo en sus manos. ¿Cómo encontrar una venganza que no la perjudicara? Sin conocerlo bastante, era difícil saber qué cosas lo herían de veras. “Todos los hombres tienen sus puntos débiles, es cuestión de conocerlos y de habilidad para usarlos.” Su perfil varonil la hizo olvidar momentáneamente el sentimiento. Qué darían otras mujeres por encontrarse en su lugar. La dulzura de producir envidia la tranquilizó. Volviendo a su posición confortable, puso la radio.

—¡Qué regio automóvil! ¿Tiene también calefacción y aire acondicionado? ¿Cuántos más tienes?

—Este y uno europeo. Es más cómodo para colocarlo en el centro.

Respiró satisfecho, como hombre que hace la digestión en buena forma.

—¿Sabe tu mujer que andas conmigo?

—Sabe que vine a Viña, pero no con quién.

—¿No te lo preguntó?

—No creo que le interese.

—O es maravillosa o es una perra.

—Puede ser las dos cosas, como todo el mundo.

La mirada de Alberto era clara, y sus dientes se veían muy blancos y grandes al sonreír. “Es preciso que me vean con él. A veces un hombre quiere eso al tomar amante, que lo vean... Una nunca sabe cuándo desean que su mujer lo sepa y cuándo no.

—Iremos al Casino —dijo Alberto amablemente y Alicia se sintió otra vez feliz.

—Tengo una suerte perra —respondió, pensando si encontraría en la ruleta a algún conocido—. ¿Tú tienes suerte en él juego?

—Sí, quizás no la tenga en el amor. —Alicia se acercó a rozar su hombro.

—Yo la tengo pésima para todo. Me pasa a mí hasta lo que le correspondía al vecino. —Alberto soltó el volante y puso un brazo en su cintura—. Cuidado, manejas como un salvaje.

El hotel en Valparaíso gustó mucho a Alicia, quien no quiso demostrar admiración delante de Alberto. Sus muebles antiguos, sus cortinajes costosos y los enormes espejos ovalados la fascinaron. El pidió dos habitaciones con baño y Alicia se sobresaltó. “¡Qué manera de botar la plata!” Así se hacía con amigas de calidad, supuso, y sonrió ufana al botones que tomó su maleta. Sus dedos largos, de uñas bien pintadas, se aferraron a la capa de zorros.

Ya en el dormitorio, contiguo al de Alberto, tanteó bien sus brazos para cerciorarse, de que eran suyos. Alineó cuidadosamente los perfumes y los potes de crema sobre el peinador. ¡Qué manera de perder espacio! Repartió sus objetos en un sinnúmero de muebles de caoba y colgó dos vestidos solitarios en el inmenso ropero de tres cuer-



pos. Dejó la estola de zorros sobre la cama: "Es mejor no perderla de vista, una nunca sabe..."

En el baño había toallas en exceso. ¡Qué manera de gastar en lavandería! Echó a correr el agua caliente, que se derramó en un chorro potente y ruidoso llenando en pocos instantes la tina. El jabón no hacía mucha espuma, mejores le habían traído de Arica y más fragantes. Miró una por una las toallas colgadas, sin saber cuál tomar. Sintió golpes en la puerta.

Buscó en su mente una frase apropiada, como solían encontrar las actrices en escenas similares de las películas francesas; salió del agua. Tomó una sábana y abrió la puerta, equilibrado apenas el borde azul sobre su pecho. Sus hombros oscuros relucían húmedos, los sintió reflejarse en los ojos de Alberto. Otra escena de film.

Pero él no le dejó tiempo de ensayar sus dotes escénicas: la tomó por los brazos y lanzó lejos la toalla, que resbaló sobre la alfombra: "¡Qué falta de refinamiento!" Alicia no alcanzó a recogerla.

\* \* \*

Aquella noche al volver del Casino ella lo increpó.

—Me fijé muy bien que te arrancabas de mí.

—Te vi ganando y con buenos protectores a tu lado.

—Menos mal que te diste cuenta. ¿Viste cómo me miraba el viejo ése? No vas a creer que me rozaba la rodilla a cada instante.

—Así me pareció.

—¿Y no te importa?

Alberto lanzó una carcajada alegre y espontánea.

—¿Se te ocurre que me va a importar? —Estas palabras se enredaron en el amor propio de su compañera y penetraron.

Estaba acostumbrada. Tragó su tristeza, que era vieja como sus deseos y sus náuseas. Fue difícil hacerla desaparecer por completo.

"De mí no se tienen celos."

—Menos mal que no eres celoso —dijo—, me cargan los hombres celosos, le amargan a una la vida haciéndole historias por cada nada.

Un matiz profundo, desusado, llamó la atención de Alberto. La besó.

Al volver a Santiago por la Carretera Panamericana, se atrevió por fin Alicia a tocar el punto: la urgencia de un departamento propio. Sin nombrarlas, mencionó algunas personas que era preciso apartar de su vida. "Resulta más novelesco", pensaba.

—Me gustaría empezar de nuevo —dijo.

Alberto trató de preguntar: "Empezar qué...", pero ella no le dejó tiempo.

Describió con calor un lugar donde podrían recibir a sus amistades..., "acogedor y alegre"... "Yo me encargaría de que todo estuviese bien y que la gente se sintiera contenta..." "A tiempo hay que preparar un traguito, es parte de saber recibir..." "En un ambiente agradable los hombres se pueden dar un poco de libertad."

—¿Qué hombres?

—Tus amigos.

—Deja en paz a mis amigos.

—Entonces yo. Estoy acostumbrada a vivir bien. Soy muy ordenada y sé cuanto vale el dinero.

—Está bien —Alberto se sonrojó—, busca un departamento que te convenga y dime cuánto vale. —Le costaba hablar de dinero con desenvoltura; tomó un tono agresivo—: Mejor concretemos. Te daré un tanto al mes y harás lo que te plazca, departamento, pieles u hombres, me es igual, siempre que no me metas a mí en el asunto y te sirva yo de disculpa a tus deseos. Sólo te pido que no me molestes. No es mucho, ¿no es cierto? Tengo bastante con mis propios problemas.

—Eres un canalla —vociferó Alicia, perdida toda continencia—. No eres capaz de dar sin enterrar el puñal, como si fuera una vergüenza ser generoso.

Alberto sintió que ese desprecio era sincero. Se volvió incómodo en su asiento y sonrió para hacerse perdonar. No la tenía aún entre sus manos, temía su juicio.

—No creas que me siento mal por esto —dijo más tarde Alicia—. Conozco a los hombres y distingo a los como tú.

—Como yo... ¿Qué tengo yo, estúpida?

—A los hombres débiles, temerosos siempre de que les aserruchen el suelo. A fuerza de... —Calló asustada, como si sus palabras hubiesen roto algo.

“Ya lo tengo”, intuyó, continuando colérica:

—Si esperas que esté eternamente agradecida de tus regalos, te equivocas; no haces más que pagar.

—Me lo merezco por meterme con una puta.

—¿No es eso lo que buscas entonces? ¿Te has atrevido con una de tu clase? Te conozco, buscas una mujer que se entregue fácilmente, estás harto de una que no se te ha entregado jamás.

La furia de Alberto sólo la sintió el volante; no habló hasta haberla consumido. Después pasó la mano por su frente con gesto cansado.

—Deja a mi mujer... No te metas en lo que no sabes ni comprendes.

—Protégela, además, eso es de caballero. No me haces mucha gracia con tus aires de superioridad, tapan tu desconfianza.

Abusaba de su acierto, su intuición siempre más rápida que su conveniencia. “Lo tengo, a él, a su mujer y a sus enredos.”

—Mira bien lo que pierdes —repuso Alberto, esforzándose por contenerse—. No estoy para que tú me acarrees problemas. De aquí en adelante no te veo más.

—Es una lástima. A mí no me mira en menos nadie. —Hablaba por hablar.

—Has puesto las cosas en un terreno muy bajo. Los sentimientos no cuentan. Como te falta costumbre de tratar con gente decente, te sale la ordinariez. Tu pobre alma...

—Deja en paz mi alma —exclamó Alicia, fuera de sí—, ni te importa, ni la conoces. Quizás es por eso que te gusta. —Bajó la voz.

Cuando lo vio furioso, la pelea empezó a divertir a Alicia. Como si distendiese fibras desconocidas, liberara nervios y pensamientos. Desahogada ya, se echó a reír, pero Alberto no lograba encontrar su compostura. Las cartas habían sido echadas. El automóvil se detuvo frente a su casa.

—Eres bien tonto —chilló Alicia, tratando de abrir la puerta. Lo comprendía más humano de lo que creyó—. ¿Para qué lado funciona esta mierda de perilla?

—Hacia abajo. No, así no.

Alberto se inclinó sobre ella para abrir la puerta. Alicia lo besó suavemente en la mejilla y descendió.

Los caballeros se bajan del auto a despedir a una dama —dijo sin encono—. Gracias por el viaje. —Lanzó un beso en la punta de los dedos y sonrió seductoramente—. Has sido muy amable. *Bye, bye.*

Dio media vuelta y subió los escalones de la entrada. Sintió miedo y tristeza. No podía volver atrás. “Lo planté. Me di el lujo de plantarlo.”

Alberto cerró la puerta con furioso ademán y desde el interior gritó:

—Es mejor que terminemos aquí. Te sentirás más a gusto entre gente como tú. Has hecho ya demasiado esfuerzo.

Alicia no volvió el rostro. De espaldas espío sus movimientos: le temblaron las manos al poner la llave en el contacto y varias veces apretó el botón de partida. El ronquido del motor aumentó en exceso, confundieronse gomas y cambios hasta desaparecer veloz, acelerado en extremo. No se dio vuelta tampoco cuando torcía la esquina. Había hecho la más grande estupidez de su vida. Sacó la llave y entró. Con las piernas flojas llegó a su pieza. Se dejó tomar por una enorme y vieja angustia: “Perdí la oportunidad —gimió—. ¿Nunca lograré cambiar?”

\* \* \*

### Cambiar.

Vagamente intuía ese deseo, pero de tener que explicar cuál era el cambio fundamental esperado, no habría sido capaz de hacerlo. Esperaba —como un milagro— que terminaría por producirse solo, aunque fuese dentro de sí. Cambiar. Cambiar de vida. La palabra se había puesto vieja, desvaída ya, sin forma ninguna; empezó a usarla desde muy temprano y las

acepciones habían fluctuado al ritmo de las circunstancias.

Al principio significó cambiar de ambiente, de horizonte y de amistades fatigantes; más tarde, de lugar, de condición, de amante, de destino, de cuerpo y de alma.

Fue un cambio, en su primera infancia, el que acarreó la compra del terreno que hizo a su padre "propietario" en vez de mayordomo del fundo. Pero tan lejano parecía ello como las alamedas mecidas por el viento, las toses roncadas de su madre y las tardes en el corredor.

\* \* \*

Lejana también parece, su alma adolescente y sus ojos acechando el camino que divide la "propiedad" y el fundo, en espera del paso del hijo de su ex patrón. Antes el muchacho la invitaba a cazar patos en la laguna o a poner lazos a los conejos. Cazaban patos con honda y los lazos se perdían en el potrero: "Cómo no te vas a acordar tú donde los pusimos, si para eso te traigo". Más tarde se aburrió de ella: "Era cabriador andar con mocosas a la rastra", y pasaba al galope frente a su casa, mirando de soslayo el corredor. Mas su amistad, sus palabras, sus maneras, operaron un cambio en la niña de campo, que comenzó a despreciar la convivencia con niños del pueblo o hijos de inquilinos. "Mi padre es propietario", decía a su madrastra, y prefería caminar sola y —años después— espiar con carne y sangre el paso del vecino, el hijo del patrón, acompañado por una *señorita*.

Empezó a desear cambiar también de nombre. Apenas recuerda Alicia que entonces se llamaba Carmela. ¡Qué importa ya! *La señorita* le pareció al principio horrible, y cuando ésta fue su amiga, la más maravillosa de las mujeres. Una mujer única. Su única amiga. Vino al fundo a pasar unos días mientras la familia se encontraba en Europa, y el joven hacendado podía disponer de la casa durante las vacaciones.

Era mayor que él, con el pelo muy bien teñido y las cur-



vas de su pecho realzadas por blusas estilo mexicano. Se murmuró que era una mujer pública, "una arrastrada a quien el joven se atreve a traer al fundo cuando no están los patrones".

—Es porque las de por aquí son respetuosas —dijo su padre, y posiblemente por eso había traído él también de fuera a su segunda mujer: "para que cuide la casa y tenga una buena huerta". Pero además de éstos deberes miraba con malos ojos a su hijastra de catorce años, dedicándose a corretear tras ella, haciéndole la vida imposible en casa y acechándola a todas horas.

La "señorita pagada para acompañar al patrón" se aburría cuando éste se ausentaba para vigilar las faenas del campo y le dio por conocer el fundo; era fácil encontrarla en los caminos. Carmela quería verla de cerca, y así, como por casualidad, le salió al paso de las trancas.

—¿Trabajas en el fundo? —preguntó ella, y el rubio rojizo de sus cabellos resultó para la chica admirable—. Parece un fundo muy grande. ¿Cómo encuentras a tu patrón joven?

—No es mi patrón —respondió Carmela con orgullo—. Yo no soy del fundo. Mi padre es propietario, y a mí me mandaron desde chica a un colegio pagado.

Para asegurar lo dicho extendió la mano estrechando la otra con soltura.

Desde entonces fueron amigas y conversaban de igual a igual. Carmela contaba a la forastera detalles del fundo y de la familia, y ésta dejaba a la muchacha atónita con el relato de sus aventuras, de su vida y sus fantásticos éxitos y experiencias con los hombres. Cuando partió, la chica se sintió muy triste, pero dos meses después volvía a pasar en coche, haciéndole desde allí cariñosas señales de reconocimiento.

Contóle, entonces, que muy pronto sería la esposa del vecino, que esperaban sólo la llegada de la familia de él a Chile para participar el compromiso, que sería una próspera latifundista y toda una señora por el resto de sus días; sus ojos a la luz del sol brillaban como su cabello, y eran todavía más admirables. Tan contenta parecía que invitó a su interlocutora a tomarse un trago bajo los castaños del parque.

—Verás tú, mi suegra no tendrá nada que decir. No puede quejarse. Soy capaz de llevar una casa como cualquiera y ser una esposa de calidad. Nadie tiene nada que decir...

—Carmela estaba segura—. Nada que echarme en cara. —Bebía con rapidez y sus labios temblaban sobre los bordes de la copa—. Verás cómo será todo cuando yo me case...

Aunque sintiéndose vagamente despojada, la niña se alegró porque la forastera era su amiga y tenía por fin una noticia de importancia con qué aplastar a su madrastra. A la hora de almuerzo contó a su padre que "el vecino" se casaba con *la señorita* de Santiago. La noticia alimentaba, de paso, su propia fantasía.

—¿No te lo decía yo —chilló la mujer— que tu hija anda conversando lo que no debe con esa porquería?

—Si ésa se casa con el patrón, ya no lo es —respondió el padre, sin inmutarse.

De aquel viaje a Santiago, la señorita no volvió más, y la niña de campo, ingenuamente ambiciosa de acontecimientos, sintió una nueva soledad y la persiguió una vaga noción de injusticia. Se llamaba Alicia, y el hijo del patrón la había amado, tenido en su casa, tratado como su igual. El nombre germinó en ella, adueñándose de sus ilusiones.

Trató de reflexionar cómo una niña de campo podía conseguir que le sucediesen cosas fantásticas, cómo podía llegar a otros mundos. Vislumbró algunos caminos: el enriquecimiento, los estudios superiores... Pero el enriquecimiento de su padre lo aprovecharía otra mujer y el liceo o la universidad le causaban espanto. Todo esto le parecía tan lejos como la China. ¿Había otros caminos? Sí, el de Cenicienta y el de Alicia. Se durmió pensando y calculando. Antes de nada tenía que cambiar de nombre. ¿Carmen? Era un nombre de señorita, pero, casi como el suyo, se derivaba de él al tiempo de crearlo. Carmen no servía. Para ser la persona con que ella soñaba, tenía que comenzar siéndolo. Confusa, pero clara, una idea empezó a gestarse.

Decidió empezar por reconquistar la amistad de su vecino —nunca quiso llamarlo patrón; ésas eran cosas de su padre—. Se arreglaba muy bien y espiaba el paso del joven por el camino.

—Llévame hasta el río —le dijo un día después del verano, cuando él quedó otra vez solo en el fundo.

Se detuvo desconcertado, menos por la imprevista demanda que por el trato de *tú*. "Como cuando éramos chicos", pensó, invitándola a montar.

Después volvió a menudo y ella lo acompañaba a cazar patos —ahora con escopeta—, pero no volvieron a ponerle lazos a los conejos; en cambio charlaban bajo los sauces.

—¿Por qué se te ha antojado que te llame Alicia? —preguntó—. Sigues, por lo que veo, tan mañosa como cuando eras chica.

Se inclinó hacia ella y por primera vez la besó.

—Porque me llamo Alicia del Carmen y el primer nombre es el que vale —temblaron sus palabras, y cedió el suelo al sentir esos labios.

Desde ese día pensó cómo debía besarla en forma única, para que él no la olvidara, y puso el alma en sus encuentros.

—Eres muy joven —dijo él, angustiado.

—Tengo cuerpo e inteligencia —respondió la muchacha con malicia.

—Eso ya lo veo. ¿Sabes, Alicia? Te quería ya cuando eras chiquitita; me gustabas por lo fregada.

—Todavía lo soy y todavía te gusto. —Sintió que era verdad, y su única nueva y misteriosa verdad la llenó por un tiempo.

—Siempre me gustaron tus ojos, son raros —murmuró él, y ella perdió la noción de sí y del lugar. Se confundieron ansias, dolor y pasto y la existencia fue luminosa.

Más tarde, pasada la euforia ardorosa de su amor, emprendió su trabajo. Conseguiría que la hiciera ver algo diferente, la sacara de su casa, huyera con ella, y, de no ser eso posible, la trasladara a "las casas". No le importaba pelearse con su padre y resistir el desprecio de todo el vecindario. Le gustaba la idea de la ofensa y más aún ese desprecio lleno de admiración que provocaban el éxito y el escándalo. Demostraría a su padre que no lo necesitaba, y al pueblo, que ella no era una campesina cualquiera.

—¿Por qué quieres dejar tu casa?

—Mi padre ni me mira; mi madrastra me aborrece, y quiero cambiar.

—Estimo mucho a tu padre; él no me lo perdonaría.

Insistió la nueva Alicia cada vez que le hacía el amor

y lo sentía feliz entre sus brazos. El prometió que “de alguna forma se las arreglaría”.

Un día que tomaba el fresco del corredor, vio detenerse frente a su casa el coche del fundo y descender a la señora mayor.

—¿Cómo estás, Carmela? —dijo sin extenderle la mano—. Quiero hablar con tu padre.

—Me llamo Alicia —se excusó ésta débilmente, perdido todo brío ante la prestancia de la hacendada.

Temblando de temor y angustia, trató de escuchar a través de la puerta algo de la conversación de su padre con la antigua patrona, pero las exclamaciones de su madrastra: “Ahí tenis que estar oyendo lo que no te importa, chiquilla de moledera”, interrumpían el hilo.

Esa noche, ante la mesa de comedor, habló su padre de la entrevista.

—La señora quiere que te vayas a servir a las casas —dijo con indiferencia—; dice que eres inteligente y muy bien presentada, que andar suelta para ti es un peligro y que te necesita para servir a la mesa. Además, tienes ahí mucho porvenir, porque el niño se casa este invierno y quiere tenerte bien enseñada para que la nueva pareja te lleve para Santiago. Su nuera quiere que le busque una sirvienta joven y presentable, “que no sobre en un departamento”, dijo ella. Tú verás qué te conviene; a mí me parece bien. La señora es la señora y ella sabe mejor...

El dolor de esa noche cambió fibras secretas en el corazón de la muchacha de dieciséis años. Su amor, largo, constante, ambicioso, quedó prendido entre paisajes inmensos, alamedas cimbreantes, arenas grises, donde se dibujaban los cuerpos, confundidos con palabras duras, besos ardientes, dolorosa espera, gritos de mujer y noches de ensueño. Un rincón pegado en un alma a la deriva.

Despertó sudorosa de pesadillas y retorcidas angustias, llena la almohada de lágrimas y la noche de gritos callados. Sintió el cuerpo inerte y le fue clara una visión intuida: su padre quería más al amo que a la hija. Del patrón había obtenido posición, tierras, cosas tangibles; de la hija, sólo complicadas demostraciones de calor.

Le dolió con la fuerza de su alma recortada y decidió partir a Santiago. Ya se las arreglaría sola.

Diez años más tarde, respetada por la señora Graciela y con buena situación entre compañeras y clientes, sentía a veces deseos de llamarse Carmela. Pero allí nadie sabía ese nombre, ni siquiera su prima, que apenas recordaba haberla conocido en su infancia. Pasó a ser Alicia para todo el mundo y para sí misma. Conservó sin embargo un resquemor, como si suplantase a alguien, hasta que conoció a Fortuna, la vienesa, que reaseguró su posición, destruyendo en Alicia toda duda y a Carmela para siempre.

Era una vienesa grande, hermosa, rubia y confiada, que coronó su situación asociándose al dueño de una fiambrería de renombre, quien refirió a sus compañeras de trabajo su historia. Había llegado al fin de la guerra como emigrante, con su marido y algunos ahorros. Traían también sus esperanzas, duramente tratadas por los nazis, y su fe en Chile y en el mañana. Quince días después de radicarse en Santiago, enfermó el vienes, muriendo al poco de una pulmonía.

—Este clima vuestro —se quejaba Fortuna, en que el invierno no es invierno, ni el verano, verano. Porque no cae nieve, en invierno nadie se calienta, uno suspira por una chimenea en la casa y tiene que conformarse con brasero con carbón. Hasta los ricos economizan su calefacción. En verano, como hace tanto calor, sale una a la calle semidesnuda, y la encuentra la tarde entumida de frío, y la noche, congelada.

Reía a carcajadas sacudiendo su abundante pecho blanco y su optimismo para enfrentar la pena.

La pobre mujer se encontró de repente sin hablar una palabra de español, viuda y con un único amigo, un chileno conocido en el barco, que se hizo cargo de ella y de su dinero, desapareciendo un día.

—Yo me llamaba Gertrudis —dijo—, y decidí cambiar de vida y de nombre. Escogí el de una hermosa modelo vienesa, nacida en Argentina. Se llamaba Fortuna. Me gustaba ese nombre y me sacaba fuera de mí, haciéndome creer que cuanto sucedió a Gertrudis, guerra, destierro, muerte y miseria, fue a otra a quien le ocurrió.



6  
“¡QUE difícil es saber el momento preciso en que una cosa que es deja de ser!”, pensó Luz.

Más que el momento mismo, más que la cosa operada, se recuerda el color de una corbata, una mirada clara o el gesto inútil de una mano. Mano o corbata no pertenecen a un momento determinado en el tiempo, sino en nosotros, a uno independiente, nublado o brillante como otros nublados o brillantes que no recordamos. “Un día empecé a verlo con los ojos cambiados, con el alma lenta y menos ágil. Desde entonces siento su voz a través de un hilo enrollado, diferentes el tono y la idea. Así fue con los acontecimientos: perdieron contornos, cambiaron de líneas, y notas antes aisladas devinieron sinfonía de fondo en todo mi existir.”

¿La fecha? Luz tendría que calcular. ¿Fue cuando Albertito estaba en primer año o cuando pasó al Colegio Inglés? Puede ser que tampoco sucediese entonces, que no haya sucedido nunca. ¿Por qué han de ser los hechos que cambien las almas y no las almas, al cambiar, a quienes influyan sobre los hechos? Nada pasó. Es decir, nada que no hubiese pasado antes.

¿Ilusiones rotas? Nunca tuvo muchas. ¿Abrió los ojos? ¿Fue la certeza de saber que se escapaba de sus manos, o fue la intuición? ¿Fue su incapacidad de retenerlo o el miedo de confesar esa incapacidad? Nada de eso llegó a suceder. Nunca tuvo la ocasión próxima de tener que preguntarse nada. Todas esas cosas fueron y pudieron no ser. Recuerda ahora un día funerario en que comprendió que enterraba su único bien.

Ese momento no lo percibe, le habría gustado circunscribirlo, gustarlo, sufrirlo y acercarse a Alberto con él. Detesta esa cantidad de horas sin color que siguieron y la serie de sensaciones que nacieron de ella como una serie de abortos.

\* \* \*

Era invierno.

El fuego encrespaba el fondo de la chimenea de mármol, como la lengua roja de un dragón a las fauces abiertas. Algunas brasas, cual canes dormidos, cerraban los ojos sobre su calor. Luz cerró los suyos. ¿Ese vago malestar? La chimenea estaba sucia, habría que reprender a la criada que no lavó esta semana el alféizar. De pronto comprendió todo su esfuerzo de dueña de casa, inútil: "Tú, que eres tan eficiente, ¿cómo te las arreglas?..." Pregunta conocida que Luz aceptó siempre con su hermosa sonrisa de modestia. Reaccionó furiosa: a la lámpara de lágrimas le faltaban dos ampolletas. "No importa, ya que nunca se enciende; esa luz interrumpe el misterio del fuego", habría pensado en otra ocasión. La pantalla de la lámpara baja está gastada en la cima. Pero el jarrón... ¡Haberse dado tanto trabajo en arreglar las flores! Sus amigas para quienes despliega sus cualidades artísticas, deslumbrándolas cada lunes y viernes con un diferente arreglo del jarrón, no vendrían ese día al *bridge*.

Alberto anunció que volvería temprano porque estaba inquieto por saber noticias de Albertito. A Luz no le gustaba que su marido irrumpiera en sus tertulias. Era gentil, a veces en exceso, sin *measure*, como todo él. La *measure*. Una virtud es defecto y defectos devienen virtudes según la medida. Sus amigas interrumpirían gustosas el juego para

dedicarle unos instantes, pero Luz temía que su sola presencia cortase el clima logrado. Junto con pronunciar la primera frase de saludo —no variaba la forma ni el tono de sus exclamaciones— descomponíase el orden establecido por ella, espíritu y altura, en las conversaciones.

—Oyeme, querida —dijo Luz al teléfono—, esta tarde no tenemos mesa.

Después de tres llamados similares, sus explicaciones le parecieron estúpidas, faltas de una buena razón. La tarde olía a humo. La consola estaba con polvo y el teléfono persistía en callar.

“Este niño podía llamar desde el colegio dándome alguna noticia. Ya debe haber pasado su examen. Cómo mantiene mi angustia.” Pero antes que nada era preciso ensayar una actitud para recibir a su marido.

Se puso de pie con aire de agotamiento innecesario. Volvió a encontrar su compostura, esa serenidad amable de siempre, al oír la llave en la puerta de calle.

¿Fue entonces el comienzo o era ya el fin?

Alberto entró guardando en el bolsillo posterior del pantalón el manajo de llaves: lo notó más grueso, la chaqueta tomó tiempo en volver a caer.

—¿Tienes noticias de tu regalón? —preguntó con voz dura.

Sí, era de vida o muerte que el niño pasara ese examen. Cuestión de honor, de amor propio y de desquite.

—Llegará de un momento a otro, no debes inquietarte. ¿Es por esta bagatela que adelantas tu llegada a casa?

—Estaba preocupado. Siento haber interrumpido tu *bridge*.

—No importa. El niño es tan inteligente, verás tú cómo se las arregla.

—Se las arreglará mientras te tenga a ti, ¿y después? Algún día debe rascarse con sus propias uñas y salir adelante, sin la mamacita al lado que le solucione todo, lo refriega en el baño y le contemple la cara.

—¡Qué tonterías dices! Hace mucho que aprendió a lavarse solo.

—Me lo dice mi instinto. —Alberto mostró el ojo con el extremo del índice—. Esto anda mal. Conozco el mundo, y en él este pobrecito no servirá para nada.

—Qué exagerado te estás poniendo. Con ese talento y sensibilidad que tiene llegará muy lejos.

—¡Ah!... Talento y sensibilidad es lo que sobra en Chile.

—Se distinguirá en las letras; más creo yo, en la pintura. —Miró a su marido con desprecio—. No será un ingeniero... , a Dios gracias.

—¡La pintura!... Esa no es profesión. —Alberto se puso de pie—. Es la defensa de los inútiles. Cualquiera pinta mal, no cualquiera estudia; mala pintura, arte barato, letras a montones... , tropa de *snoobs*.

—¡Qué inculto eres, Alberto! No sólo necesitan techo los hombres, también alimento para la vista y para el alma. ¿Por qué el alimento del espíritu ha de ser innecesario? Los artistas no son inútiles.

—Sí lo son, porque envenenan la existencia a los que viven cerca, sin el talento necesario que les dé tal derecho.

—Albertito tiene ese derecho, porque tiene talento y porque sólo me molesta a mí... Es *mi* hijo.

Luz se allegó al fuego a remover las brasas.

Empezaba a exasperarla cualquiera opinión de su marido y el nivel de su espíritu. Sin embargo no era el momento de objetar, ahora que su hijo, que ella declaró suyo, era expulsado del colegio a mitad de año. La admisión de Albertito en el Colegio Inglés dependía de este examen. Miró hacia la puerta. Esperó sus pasos en el zaguán; la atmósfera permanecía quieta y hostil. Se sintió profundamente sola.

—El niño es un genio, Alberto —murmuró suplicante.

—Un genio para reírse de su padre.

—Eso... es sólo su sentido crítico, su sentido del humor —habló sin seguridad.

Recordó escenas, frases sueltas estrellándose con la expresión ceñuda y el juicio estricto del padre: "Papá, no levantes tanto la voz, parece que necesitaras oír tus propias órdenes para saber qué ordenar". "Así se pasea el patrón cuando habla con los peones —imitaba graciosamente a su padre—; así cuando habla con sus socios —cambiaba el tono y ademanes—; así cuando desea hacerse simpático a quien le conviene." Tomaba una actitud ridícula y

petulante al exclamar: "Papá, por favor, no opines de música". "Pero, papá, deja que la mamá me explique."

"Alberto no tiene sentido del humor —pensaba Luz—, no son más que cosas de niño." Después de alguna de estas escenas, enfurecido, Alberto golpeaba en cualquier parte, y si había allí visitas o personas extrañas, no le quedaba otra cosa que divertirse con aquellas ingeniosas salidas y sonreír ácidamente. El niño hacía un guiño de complicidad a su madre: "¿No crees tú que mi papá es un *bluff*? Se da mucho pisto y es muy autoritario cuando está solo, pero delante de ti es un manso cordero".

Aquella mañana, al levantarse de la mesa, había exclamado:

—¿Cuándo te vas al campo, papá?

—A fines de semana. ¿Por qué? ¿Quieres que te lleve conmigo?

—No —respondió con altanería el muchacho—; es porque lo pasamos tan bien con la mamá cuando estamos solos.

El niño pronunció las palabras por ella calladas. ¿Eran afines? Sentía pena por el marido y perdonaba al hijo: actitud justa en una madre normal. Ese niño rubio y sensible era suyo. Se le parecía en cuerpo y alma. Un secreto lazo ataba sus espíritus.

—No lo tomes en serio —dijo—, ya crecerá.

—No es más que un niño consentido... —calló Alberto buscando argumentos.

La penumbra suspendida en los rincones de la pieza contrastaba con la luz postrera del día en el jardín. El mozo entró con la bandeja del té y un agradable olor a tostadas. Alberto miró con tristeza.

—No soy tan tonto como para no darme cuenta —su propia voz lo animó a continuar—, como para no observar ciertas cosas. El mal está en ti, no en él.

Luz se sintió aliviada, daba al niño una tregua, ella se defendería.

—El mal está en la forma con que nos tratas a él y a mí.

"No debería decir eso —pensó Luz—, menoscaba su virilidad." Volvió los ojos como la persona que debe presenciar actos ridículos y obscenos.



—Detrás de cada palabra del niño estás tú. Siento tus palabras. Además, respaldas sus caprichos en contra de mi voluntad, le escuchas con una reverencia de la que jamás he gozado yo. En esta casa no existe la idea del padre.

—Hay momentos para desnudarse —respondió Luz secamente—; no necesitas hacerlo en el *living*, ante la chimenea, a la hora del té.

Alberto pasó la mano por su frente con gesto de cansancio. Como siempre, terminaba sintiéndose ridículo, estúpido, derrotado.

—Tu trascendencia le da a él la razón.

—Ojalá el tiempo no me la dé a mí.

—O eres un hombre o eres un perseguido, no veo por qué juegas los dos papeles. Si eres tan hombre, imponte; si no, aguanta. —Hablaba con extremada dulzura, pero la dureza de su sentimiento la asustó: era signo de poca femineidad, y Luz era una mujer completa—. No sabes vivir, Alberto —agregó suavemente—; *savoir vivre, mon ami*, es enfrentar la vida con serenidad, es dar a cada cosa su verdadera proporción.

Alberto tomó la taza de té que ella le extendía. Sus manos temblorosas derramaron líquido en el platillo. Lanzó una carcajada.

—No estás en un proscenio —musitó ella cambiándole diestramente la taza.

No era nueva la sensación, tampoco la postura, si fue nuevo el despego con que habló: un despego más doloroso que cualquier palabra.

—Eres un huevo de criadero —dijo Alberto, y le gustó la frase—; un simple huevo de criadero.

—Y eso..., ¿qué? —Luz lo miró indecisa.

—Los huevos de criadero son como los otros, tienen clara, yema, cáscara, albúmina, proteínas, vitaminas, qué sé yo. Son grandes o chicos, se clasifican de primera, de segunda o de tercera, sin embargo les falta algo, algo primordial. No es ni color, ni gusto, no se toca, no se sabe, pero uno siente que es otro. Después de comerlos durante largo tiempo dan ganas de ir a buscar uno de campo, un verdadero huevo de gallina.

Luz sonrió divertida: una buena anécdota para contar a sus amigos. "Ya ven ustedes lo que me censura; se lo

perdono porque es novedoso y absurdo. Es admirable mi espíritu deportivo, *je sais vivre, moi.*"

Súbitamente sintió la espina adentrarse en ella. Muchas veces después había de recordar la frase. ¿Por qué un hombre era incapaz de perseguirla hasta conseguir su amor? De forzarla, de engañarla hasta obligar su entrega. Se secaría, con ella misma adentro, toda una vida retenida por nada. ¿Qué le faltaba? Luz se sabía hermosa, inteligente, agradable. ¿Qué más es necesario? ¿Qué la frenó siempre ante ellos? ¿Qué la obligó a amarse en vista que nadie más la amaba? No, no lo ha sentido antes, no lo sintió entonces. ¿Llegaría atrasada a todas las emociones?

Cuando volvió a él, Alberto escondía el rostro entre las manos.

Oyeron pasos en el pardín y Luz corrió a la puerta para recibir a su hijo con los brazos abiertos.

—Fíjate, mamá, que me eliminaron... —sonreía con lágrimas equilibradas en los párpados—. No creas que me importa demasiado. Tendrás que buscar otro colegio o mi papá usar de sus influencias. Además, no me gustaban los chiquillos, y para qué decirte los profesores... Unos perfectos cretinos. El que me interrogó no tenía frente, le salía el pelo desde las cejas. Una frente es lo menos que se puede pedir a un hombre, ya que no a un mono. ¿No crees tú, mamá, que para ser profesor es necesario por lo menos parecer gente? —hablaba febrilmente, con apresuramiento desusado, sin reparar en su padre.

Mientras estrechaba la cabeza del niño sobre su pecho, Luz levantó la vista y le pareció descubrir un brillo triunfal en los ojos de su marido.

**D**ESPUES DE explicar al personal de la oficina "Alberto Palma y Cía. Ltda." los trágicos acontecimientos, volvió Elena al escritorio de su jefe. Dejó la amplia y bien iluminada estancia donde trabajaban, haciendo cálculos, dibujos y proyectos, además de leer los periódicos, entre mesas de planos y máquinas de contabilidad, una familia de cerebros más o menos desarrollados. Atravesó su propia oficina, lazo entre el equipo de trabajo y la cabeza, para acomodarse en el escritorio de Alberto. Allí nadie entraba sin un llamado previo, un fin específico o una consulta concreta. Las entrevistas eran programadas. "Es la única manera que me respeten y dejen tranquilo", decía Alberto. Para llegar hasta él, Elena era el conducto indispensable: llevar órdenes, traer quejas, otorgar entrevistas y negarlas, con la misma profesional sonrisa.

Una vez al día, generalmente en las mañanas, Alberto recorría el estudio, deteniéndose un momento a hablar con cada uno, mirar planos, recibir informaciones, agregar nuevas ideas a las antedichas. Después de su periódico recorrido volvía a encerrarse

entre teléfonos, cartas, cuentas, libretos de cheques e ininterrumpidos golpes a la puerta, para salir cuando en la oficina no quedaba nadie. ¿Es el pasado? Quiere gritar que no, que continúa el mismo ritmo, la misma ansiedad, la misma espera.

Sonó el teléfono y la voz de Alicia, ya menos agresiva, se dejó oír. Elena retuvo un movimiento de fastidio para responder lentamente, con digno despego, pero la voz se prolongó en sus oídos. Era la última persona con quien habría hablado hace apenas una hora: una mujer tan sin clase. ¿Qué gusto podía encontrar Alberto en esa compañía? Sin embargo no colgó, deseaba oír esa voz, a pesar del tono vulgar, despiadado, odioso y casi divertido, si no fuera por las circunstancias. "Su desprejuicio es cálido", había dicho de ella un amigo de Alberto, al describírsela a su secretaria.

—Dígame la verdad... ¿Alberto le habló alguna vez de mí? ¿Por qué entonces se le ocurrió llamarme? ¿Su mujer está muy preocupada? ¿Cómo encuentra usted a su mujer? —Las preguntas se desgranaban en sus oídos, sin esperar respuesta. Al sacarla de sí neutralizaron sus reacciones.

—¿La señora Luz? Una nunca sabe mucho con ella... —Se sintió Elena rebajada, a la altura de la otra. ¿Por qué no? Está más en su sitio, cómoda, real—. Don Alberto no la nombraba nunca, era más fácil para él no nombrarla... —Quizás no sabía en qué tono hacerlo.

—Maldición. Bueno, si se muere, qué se le va a hacer, muerto queda, como todo el mundo, como cualquiera.

—Yo no la comprendo. —La voz de Elena se arrancaba deforme como parte de un sueño—. ¿Entonces usted no lo quiere? Casi diría que lo odia.

Conmigo fue tan bueno. Ahora comprendo por qué hace tiempo que no lo llamaba, casi llegué a echarla de menos.

—No él. Qué sabe usted de estas cosas. No es más que una mosquita muerta. Estábamos mal ¿Sabe? Le di calabazas hace poco más de dos meses.

—Yo que he sentido tanto este accidente. Lo quiero tanto. —Qué curioso resultaba poder decirlo tan simplemente, pero sintió su voz opaca, medida; hubiese deseado gritar para cambiarla, desligándola de otra voz igual, la de Luz, que, al llamarla esa mañana, destruyó su vida con tanta serenidad y medida, con tanta discreción. Envidió a Alicia, que no tenía para qué constreñirse. Le habría gustado decir mal, maldecir de un moribundo por dejarse así morir y así dejarla.

—No sé por qué la llamé —dijo Elena, repuesta—. Fue una equivocación. No valía la pena darle una noticia que ya no le interesa.

—Cállese mejor. Iré a dar una vuelta, mire que me ahogo aquí —respondió Alicia—. Es curioso, pero me gusta usted y me siento muy sola. Voy a ir a un rotativo y a la vuelta la llamo.

Se rompió el hilo y la unión con él, desconectado el teléfono lo está Elena misma. “Qué laya de amiga he conquistado y en qué momentos. Esa mujer tiene antenas.” Se echó hacia atrás y sintió que empezaban a deshacerse, quedando en el suelo, en un montón, sus partes vivas. La quietud fue total, como la muerte. “Qué agradable es estar quieta”, pensó. Se independizaban músculos y tendones, las uñas de los dedos, el alma del cuerpo; se miró actuar desde una gran distancia. Tan agradablemente quieta como una muerta. Vio que desfilaba ante ella su propio cuerpo, que seguía su propio entierro. Caminando tras su



carroza iba Elena con un gran paquete de la tintorería.

El paquete era inmenso y resbalaba de entre los brazos. ¿Cómo asirlo? No debía arrugar el traje de su padre. Pero el cortejo avanzaba negro, quieto, muerto.

\* \* \*

Venía de la iglesia. En la sombra, cerca de un confesionario aislado había buscado Elena refugio y respuesta, poniendo en manos de Dios su decepción. En esos días —de eso han pasado meses, años— secretamente esperaba que respondiera Dios con el descalabro, con la destrucción total de su persona y de cuanto la rodeaba, ya que ella y cuanto la rodeaba no lo habían logrado. Perdida su esperanza, esperaba aún, ¿qué, qué?

—Me acuso de falta de esperanzá, de aburrimiento, de falta de todo —dijo cuando vio al sacerdote sentado dentro de la obscura jaula de madera—. No espero, rabio y me aburro. Estoy cansada de dar todo sin recibir nada.

—¿Cree usted que se aburriría menos si recibiera todo y no diera nada? —dijo el padre sonriendo. La exhortó luego a la paciencia, al cumplimiento del deber, a cogerse del sentido de cada acontecimiento.

—A mí no me sucede nada —se quejó la muchacha.

—Si no tiene cosas que ofrecer a Dios, ofrézcale las que no tiene, el signo cambia, el acto de desprendimiento no.

—No es eso —murmuró Elena—, ha llegado a desesperarme todo, mi vida, yo misma.

El padre habló entonces de amor a Dios, a la vida y a sí misma.

—Es que no sólo me molesta eso —sollozaba casi, en busca de un apoyo—. Odio mi casa, odio a mis padres.

No era lo que quería decir, pero lo sintió verdad. El sacerdote calló, implorando tal vez el don de consejo.

—No se preocupe, padre —terminó Elena con voz de hilo—, estoy muy cansada. Mi madre tuvo esta mañana un ataque de nervios; le dolían las várices.

—Que Dios la acompañe —dijo el sacerdote, y era precisamente eso lo que Elena buscaba.

De la cavidad oscura salió reconfortada. Ya en la calle la abnegación fue otra vez parte suya. Había dicho al padre cosas precisas para recibir del sacramento una gracia precisa. Bastaba por el momento, pero las cosas dichas no eran la verdad. Retorcían las verdades. Lo que se decía así no siempre era sí, que si de otra manera fuese dicho, tampoco habría sido verdadero, porque para las cosas del alma no hay palabras, para los sentimientos no hay medidas, cuando son pueden no ser, como pueden ser cuando no son. La Gracia equivaldría a esas diferencias, ya que las palabras carecían de verdad e importancia.

“No debo pensar tanto y guardar mi paz adentro”, se dijo encaminándose a la tintorería.

Explicar que su padre no hacía nada era fácil, pero ¿decir que no era eso lo que la exasperaba, sino la belleza intacta de su voz al dictaminar? Explicar que su madre era buena y quebrada era fácil, pero ¿decir que la hubiese preferido mala y entera, porque estaba cansada de despojos? No quedaban más que el descalabro y la resurrección. Explicar que el padre era imposible y agradable..., explicar que la madre era una máquina sin aceite largo tiempo luchando por no atascarse... No podía decir aquello porque las palabras eran malas y sedantes y no enteramente verdad.

Esa mañana su madre, que soportaba sus penurias en silencio, sus quejas también quebradas, habíale dicho tímidamente:

—Elena, ya no puedo más.

—¿Qué tiene, mamá?

—¿Me oyes, Elena? ¡No puedo más!

Por primera vez en muchos años se echó a llorar y a Elena le pareció que por fin se lubricaban sus ojos. Cerca del descalabro, la joven trató de detenerlo.

—¡Por favor, mamá, qué le pasa! —suplicó.

—¡Son las várices, hijita, mis pobres piernas ya no dan!... —Alzó la voz hasta el paroxismo.

—No hable tan fuerte, que va a despertar mi papá.

—No sabía qué decir.

—Que me oiga —gritó la mujer incorporándose como poseída—, que despierte, que salga de la cama. —Al desconocer su propia voz sintió miedo—. Ahora me toca a mí

quedarme en cama, que lo oiga él bien, permaneceré en cama por el resto de mi vida. —Se le escapó otra vez la voz—. ¿El caballero está durmiendo? Pues bien, que despierte. ¿Nadie en la casa debe pisar fuerte, y tenemos que andar en puntillas? Corran todos. Corran te digo. ¿Por qué no? ¿Que no levante yo la voz? Griten todos. ¿Para qué tiene una que callarse siempre? —El gemido postrero heló la sangre en el cuerpo de Elena.

Puso su mano sobre la frente de su madre. ¿El descalabro? No. Tenía que salvar su hogar. Sacar adelante a seres vencidos. Se puso de pie.

—Mamá, usted se va a quedar en cama. —Serena y autoritaria era su voz. La madre escondió la cabeza, avergonzada.

—Hijita —suplicó—, no quiero levantarme más. Nunca más.

—Se levantará cuando se sienta bien, no antes —respondió Elena suavemente—; terminará el invierno, el tiempo va a mejorar y Gonzalo llegará cualquier día, yo ganaré más dinero para que usted pueda quedarse en la casa y no andar tanto a pie.

Podría haber dicho: “Si te portas bien te daré un caramelo”. ¿Por qué ella? ¿Dónde estaban los hombres? ¿No existían en este mundo hombres? Uno. Uno que ordenaba y se defendía.

—Hablaré con don Alberto; verá, mamá, cómo todo se arregla. El puede arreglarlo todo. Yo ganaré más y antes de la Pascua llegará Gonzalo.

La madre volvió a cerrar los ojos. Su rostro pareció serenarse. Mas para Elena la estancia, voces y sombras continuaron deformándose irreales y somnolientas. Los gritos de su madre colgaban aún de muros, escaleras y techos; seguían por la calle, atrapando a los transeúntes, y se adentraban en los departamentos vecinos, sacando a los durmientes de sus lechos. Todos corrían hasta detenerse bajo su ventana y era preciso salir y declarar a las gentes que no pasaba nada, que su madre dormía, que su padre no se había informado aún y que ella deseaba huir.

La cabeza de la madre fue cayendo hacia atrás como su pobre y última dignidad, la línea de sus ojos no acostumbrados al llanto era roja y profunda: conservaba la huella

como si las lágrimas no brotasen de los lagrimales, sino de los párpados. Elena se inclinó a besarla.

—Ya tengo que irme. Tengo tiempo de pasar a misa.

—Reza por nosotros —respondió ella, agotada.

—Veré que nadie la moleste y traeré todo lo necesario para la comida, no se preocupe de nada.

—Lo más urgente es el traje de tu padre, hay que ir a buscarlo a la tintorería. Que no se te arrugue; tú sabes que le gusta salir bien compuesto.

Elena juntó las persianas; cuando llegaba a la puerta su madre agregó tímidamente:

—Hijita, toma plata de mi cartera y déjasela disimuladamente sobre el velador a tu papá. Necesita dinero para sus gastos del día y para ir a la *matinée*. No sabe qué hacer por las tardes y eso lo distrae.

Elena cerró la puerta con cuidado, salió a la calle. La mañana dejaba escapar el frío por entre la niebla.

Alberto la alcanzó cuando esperaba el ascensor.

\* \* \*

—Cómo es posible, señorita Elena, que acarree ese paquete tan grande —dijo Alberto sonriendo. Elena levantó los ojos y el ascensor se llenó rápidamente—. Tomaremos el próximo. Pásemelo ese paquete.

—Yo lo tengo muy bien —esquivó protegiéndolo—. Un hombre como usted llevando paquetes no me parece correcto.

Alberto se echó a reír y su risa abierta pareció la primera en la vida de Elena.

—Pásemelo, chica voluntariosa —tomó con fuerza su brazo obligándola a soltar el envoltorio—. ¿De dónde viene tan cargada?

—De mi casa, de la iglesia y de la tintorería. ¿Es tarde?

—No, yo vengo adelantado. ¿Y que hacía en la iglesia?

—Vestirme para venir a la oficina.

—Curioso lugar escogió. —Entraron al ascensor.

“¡Qué diferentes son las cabezas!”, pensó Elena. ¿Qué parecería la suya vista por detrás? Se sintió irrespetuosa dando la espalda a su jefe, molesta sin saber qué pensaba él de su nuca.

Alberto sacó las llaves. En silencio se quitaron sus abrigos.

—¿Cree usted que vale la pena actuar bien —preguntó Alberto de improviso—, sólo por la propia estimación? Es decir, no obligado por ningún código moral establecido.

—No sé. —Era la primera vez que Alberto se dirigía a Elena abordando un tema ajeno a sus relaciones y trabajos—. Me importa tan poco mi persona, que no veo por qué me va a importar mi estimación.

Alberto la miró. Desde su escritorio volvió atrás, observándola como si por primera vez la reconociera mujer. Elena se turbó y para no demostrar confusión continuó hablando:

—Para respetar la propia estima, debe ésta tener cierto valor, y uno, capacidad de juicio. Me sirve más la conciencia usada bajo un reglamento superior al mío, mi juicio atendido a un juicio mayor. Creo que es muy útil saber qué piensan otros. —Sonrió con timidez—. Me importa lo que usted piense de mis actos; si piensa bien, me obliga a ser mejor; los hombres son como espejo para los demás hombres; me importa lo que Dios piense de mí... —Calló avergonzada—. Hablo demasiado y no creo que mis opiniones tengan importancia.

—Según eso, si usted sabe que otros piensan mal, la mal juzgan, la desprecian, ¿no encuentra en su propio juicio la posición? —Parecía exigir una respuesta fundamental—. Si usted pensara que Dios no la ama...

—Caería en la desesperanza; creo que me pondría mala ante los que me creen mala, despreciable ante los que me desprecian, admirable antes los que me admiran. —Pedía perdón de su audacia.

—Está muy deprimida, mi querida Elena. —Extrañado ante este apelativo, volvió a repetirlo—: Elena, es demasiado joven para que un hombre como yo la llame señorita; no dé tanta importancia al estímulo, mire que se lo mezquinarán mucho.

—Hombres como usted pueden darse ese lujo; es un privilegio de los fuertes.

Alberto frunció el ceño, pero su mirada era cálida.

—También los hombres fuertes necesitan estímulo. ¿Qué pensará usted de mí?

—Que difícilmente se encuentran hombres tan completos.



—No hablemos de estas cosas —pasó la mano por su frente para espantar alguna idea molesta—. Está de mal semblante hoy.

Elena permanecía inmóvil, sin atreverse a respirar para no interrumpir el aire ni sus emociones. Alberto esperó un instante, antes de resolverse a ganar su puesto.

—¿Creerá?, es para mí un agrado entrar a esta oficina y verla a usted —abarcó la pieza con la mirada—. Me gusta verla ahí, su carácter sereno, suave, abnegado, hace bien. Cuando no está, falta algo, como el entrar en invierno y se ha descompuesto la calefacción.

—Nunca ha parecido darse cuenta de mi existencia —exclamó Elena sinceramente admirada—. Entra aquí como si el escritor y yo fuésemos la misma cosa.

—Estoy diciendo cosas tontas —replicó Alberto de buen humor—, pero tengo la sensación de no necesitar disfraz cuando estoy con usted; que puedo hablar con sinceridad, que usted no interpreta, no juzga, no saca partido, no reuerce...

Elena no pudo evitar el gemido que llevaba en ella toda esa mañana, y lo dejó escapar; Alberto levantó la vista impresionado.

—Perdóneme, don Alberto, no sé qué me pasa hoy, ha sido un mal día. Estoy orgullosa y confundida con lo que me dice, es como si de repente un hada me hiciera crecer y me construyera un palacio. —Sollozó.

Alberto le alargó un pañuelo, olía vagamente a Aqua Velva.

—¿Se siente mal? —interrogó con desusada ternura—. Es mejor que vuelva a su casa. —Elena negó con la cabeza—. Una muchacha tan joven, sin responsabilidades mayores, sin problemas...; tal vez le doy mucho trabajo. —Elena volvió a negar—. Goce del momento, que no la agobien fantasmas. Tiene ahora su vida para usted; después el matrimonio, los hijos, le darán muchos dolores de cabeza. No se adelante a lo que la edad trae consigo. Yo no tengo experiencia, pero no imagino qué puede hacer sufrir a una niña como usted. Una niña buena, con una familia respetable, con una vida normal... ¿El amor quizás?

Elena sonrió negando por tercera vez con la cabeza. No cantó el gallo. Alberto acarició su mano y la retuvo: su piel

le pareció cálida, firme, seca. Comprendió que el mundo, ahora, se despedazaba.

—Por favor —suplicó—, no crea en mí. Yo no soy yo, mi familia no es familia, ni la bondad es bondad. Pienso que daría cualquier cosa por conseguir dinero. Pido, odio, ambiciono, como la peor, y me niego a dar. Es porque parezco buena que se espera de mí. Me aprecian porque trago todo, y así cada día estoy más vacía y con menos reacciones. No soy así, no quiero serlo. No crea en mí. Tráteme como al contratista ese que teme le juegue una mala pasada. Contróleme, gríteme, humílleme, da igual. No estoy segura de nada, de mi dignidad, ni de nada. Todo se me escapa, hasta yo misma, hasta la propia paz de mi alma. —Sentía impropias sus palabras, trató de atajarlas, pero eran ya poderosas en su garganta—. Perdóneme, señor —concluyó irguiendo la cabeza.

Se sentó junto a la máquina de escribir. Alberto permanecía afirmado en el marco de la puerta. Oyeron golpes. Elena se apresuró a abrir para dejar paso al dibujante.

Patricio paseó la vista desde el “buenos días” abstraído de su jefe hasta la cara llorosa de Elena, y se encaminó al estudio.

—Están listas las planillas de pago del edificio de Ahumada; el constructor pasó ayer a ver si las había revisado... Quedé de tenérselas esta tarde... —dijo la secretaria.

—Póngalas en mi escritorio —respondió el jefe cerrando la puerta de comunicación.

\* \* \*

Entré las dos piezas alumbradas, la pequeña de Elena parecía un absceso. Cerca de la puerta colgaba un abrigo y sobre el escritorio yacían sus pequeños objetos personales. Era su reino. Hoy ha debido cancelar dos entrevistas: hombres con expresión anhelante que querían saber más detalles del accidente, y con un periódico bajo el brazo. Preguntaban, pero Elena no ha querido contestar. Sobre el asiento cercano a la puerta dejaron olvidado el diario. En el

doblez superior, una mitad de mujer semidesnuda, aprendiz de *strip-tease*, doblábase también.

Entró al estudio de Alberto a ordenar los cajones. Puede hacerlo la señora Luz antes que ella expurgue alguna carta o fotografía. Le agrada ser custodia, fiel al amo. Si bien la vida del amo no depende de ella, puede al menos salvaguardar su honor, su recuerdo. Golpearon a la puerta y apareció Patricio.

Elena se incorporó como sorprendida en falta. Su voz fue serena al ocultar el sonrojo.

—¿Qué dice, Patricio? Mire, hombres como don Alberto no pueden enfermarse, tienen tal mundo de cosas entre las manos, cuentas sin pagar y no sé si hay bastante dinero en caja, cartas que clasificar, contratos que tener en mano... —arregló los papeles con profesional despego—. Cuando se mejore quiero que esté todo al día. —Temblaron sus labios.

—Es tarde ya, Elena —murmuró el joven con voz grave—. Le hago un convite, vamos a saber noticias del patrón. Así se distrae.

—¿No está muy lejos?

—Una hora en auto. Aquí todo parece lúgubre y la falta de noticias es inquietante.

—Espléndido. Llevaré unos sandwiches y no perdemos tiempo en almorzar. —Elena se animó—. ¿Cree que podremos verlo? ¡Si fuera posible, tan sólo una vez! —Sonrió al muchacho como si lo descubriera.

Patricio puso la mano sobre su hombro. El calor amigo pasó hasta sus músculos. ¿Sabía él de dolor?

—Debo estar de vuelta a las cuatro —murmuró ella, y Patricio le extendió el diario.

—No lo tome demasiado en serio; son unos canallas que recurren a todo con tal de dar noticias. La espero abajo a las doce y media.

\* \* \*

—Me gusta este muchacho —había dicho Alberto cuando Patricio le presentó un proyecto que fue de su entera aprobación—. Es de familia rica, pero quiere trabajar mientras termina de recibirse; no especula con nombre ni influencias y es modesto y trabajador. Me gustaría se hiciera amiga de él. —Elena asintió—. Soy un villano —espetó Alberto súbitamente encolerizado, tomándola por los hombros—. Tiene que enamorarse de un hombre bueno y capaz —la miró con tal tristeza que Elena comprendió que él había adivinado su secreto—. Prométame que hará lo posible por encontrar uno a su altura, no quiero un pelafustán cualquiera... —Elena volvió a asentir sin convicción.

—No se preocupe por mí —respondió débilmente—, no quiero que nada mío sea para usted una carga.

—Haría feliz a cualquier hombre. Es toda una mujer...

—La suya debe serlo también. Es usted un hombre feliz.

—Feliz. ¡Qué palabrota! Un hombre necesita recibir y entregar. Sólo una verdadera mujer sabe admirar y ser admirada, respetar y ser respetada... Su femineidad... —bajó los párpados, ¿por qué lo había dicho?, quizás esa mirada de Elena lo obligó—. ¡Qué tonterías le hablo!

—En realidad, Patricio es bueno y agradable, además es serio... —ya no pensaban en él.

—Vino a pedirme trabajo. Es la primera vez que tomo a alguien sin recibir antes el llamado de un amigo, un senador o un ministro, para recomendármelo.

Regresó Alberto a su asiento, arrellanándose tras el escritorio. Elena recobró la calma: tras ese escritorio veía, como por encanto, el jefe. Con gesto ausente le indicó una silla. Ella se sentó con el bloc de apuntes en la mano.

—Tómela por el momento a lápiz, antes de pasarla a máquina me la muestra. Usted redacta mejor que yo. ¿Está clara la idea? Debe quedar perfecta... —Salió otra vez de su butaca y caminó hasta la ventana: volvía a ser hombre—. Me gustó no sé por qué, quizás porque así deseé fuera mi hijo. —Como muchas veces, sus manos al pasar lentamente por sobre la frente parecían querer borrar cansancio y pensamientos inoportunos.

—Su hijo es tan joven todavía —replicó Elena. Hablaba mal de su hijo esperando que ella lo contradijese—. Es tan

simpático y tiene ojos de inteligente; le hace falta sufrir y madurar.

Alberto sonrió agradecido. Elena hubiese deseado tomar esa frente entre sus manos para borrar de ella toda tristeza.

—Cuando era pequeño, el director del colegio me llamó, y luego de enumerar una serie de quejas: despotismo, caprichos, qué sé yo, terminó diciendo: “Este niño no tiene el corazón bien puesto”. ¿Qué quería decir con eso? Me impresionó la frase y la recuerdo.

—Tiene muchos sentidos. Para mí tiene el corazón bien puesto la persona que no explota situaciones sin salida. Pero eso en un niño no rige.

—De eso vivo yo.

—No siempre. Usted sabe cuán contenta estoy aquí, que trabajaría igual por la responsabilidad que me da, por merecer su confianza... Sin embargo, paga con creces mi trabajo.

—No por generosidad —Alberto miraba hacia la calle por entre las celosías—, sino por ese encanto suyo, tan huérfano... ¿Dígame, Elena, por qué sus ojos permanecen serios mientras su boca sonríe?

\* \* \*

Elena tomó el diario y ahogó un grito, cedió la estancia y los ojos se llenaron de tinieblas.

¿Otra mujer en la vida de Alberto? No era posible. La noticia destruía conjeturas e ilusiones. Indagó en su memoria. Luz, Alicia... Sabe exactamente qué sentimientos unían a Alberto con Luz y cuáles los desunían. Conoció los lazos que hacían volver a Alberto donde Alicia y la enorme distancia que los acercaba.

Se sentía destrozada, literalmente en trozos separados. El sentimiento de desintegración perdura, la sigue hasta la calle. Ha atravesado el estudio, roto en mil pedazos el periódico, y entrado con ella al ascensor, y también en el automóvil.

“He construido con espectros”, se decía ya en



la carretera, sentada junto a Patricio. Abrió el paquete de sandwiches y pasó uno a su compañero.

—Sé qué siente en este momento —dijo él—. Sé cuánto significa don Alberto para usted. Además del horrible accidente, su pena y su desilusión. Puede contar conmigo. —Aceleró para dejar atrás a un camión.

—Gracias.

—No me gusta que se la comente en la oficina. —Recordó que la llamaban “la debilidad del patrón” con cierta sorna.

—¿Por qué me lo dice?

—Para que se proteja.

El peso de sí misma era agobiante y empezaba a devenir infinito. La vida acorralándola, el futuro inseguro y próximo. Cerró los ojos. Le gustaría tener lágrimas, pero parecen guardadas para siempre. Es más sencillo llorar hasta que las cosas estén pasadas. Morir anticipadamente es mejor que luchar por no morir. Esa es la debilidad. Patricio la observó con inquietud. Para esa tensión, es demasiado larga una mañana.

“Indignos. Malos”, se decía Elena. ¿Qué le extraña? Ella misma ha considerado su aventura vulgar e indigna cuando se miraba actuar como si mirase a otra. No calzan sus medidas en el molde ajeno; no cabe otra persona en su propia piel. “Es que tengo dos almas, una que perdona y otra que condena, una que se alegra y otra que desespera. Es tan puro mi deseo de alejarme como el de estar a su lado; tan auténtico mi propósito de sacrificarme por su felicidad como de proporcionársela yo misma. Sólo pido que me dejen poner la mano sobre su frente cuando la veo cansada”, se dijo mil veces, en estos años.

Se echó atrás en el asiento: Patricio le dará mil

soluciones, porque ignora qué se hace con una vida que comenzó terminada. Lo vio morder su pan con apetito.

Elena envidiaba su juventud. Posiblemente tenía más años, pero otro tipo de años. Sumergi6se en el asiento, hasta sentirse a la altura de ella misma, despojada, mísera.

—Simplificando las cosas —oyó decir al dibujante—, está metida en un problema que no le corresponde, le queda grande el papel de amante y secretaria; también le queda chico. —Se le apretó la garganta.

—No soy su amante —murmuró Elena débilmente, como si le doliese reconocerlo. La escena le pareció vívida, y esa angustia, parte de momentos iguales; agregó exhausta—: ¿Qué no ve que todo ha terminado, olvida adónde vamos?

—Perdóneme, Elena, le ruego que me perdone —respondió él, sinceramente afligido—, estoy hablando con un año de atraso; antes no encontré la ocasión, y ahora que la tengo a mi lado, no es lo mismo.

Frenó de pronto. Las ruedas se quejaron al ser detenidas sin previo aviso. Elena volvió al momento. Habían llegado frente al hospital.

## 8

**L**UZ ENFRENTÓ su casa con dificultad, como si la viera por primera vez, temerosa de su juicio; acechantes, esas paredes escondían una condenación; perdió la seguridad al descender las escalinatas de piedra.

—Diagnostican una conmoción cerebral, y puede haber fractura de algún hueso del cráneo. El médico habló preocupado de un hematoma subdural. En todo caso es peligroso moverlo y también dejarlo en ese hospital. Hay dificultades para tomar una radiografía y más aún, en caso de que fuese necesario, intervenir. —Se colocaba nerviosamente la bata de levantarse—. Es difícil para mí tomar esta determinación. ¿Qué hacer?

La antigua *mama* de Alberto, hoy jubilada influencia en el fundo, se estremeció:

—Sobre todo no teniendo al caballero cerca. —Comprendió el despropósito en los ojos de la señora.

Luz trató de dominar su impaciencia y sonreír: “Feliz mujer que a sus años cree en un hombre”.

—Yo que en general soy tan acertada me encuentro hoy perdida. Si hubiese tenido una hija, me

sentiría menos huérfana —dijo Luz como si la *mama* fuera un espectador ajeno.

—Ya llegará el niño —respondió la mujer, sabiendo por instinto qué se esperaba de ella—. A usted una hija le habría estorbado; aunque quizás hubiera sido mejor, ya que ha consentido tanto al pobrecito...

—¿Sí? —Trató de indagar en ese rostro.

—Le hace falta el caballero.

“¿Pero es que todo el mundo sabe más que yo? —pensó Luz empezando a desesperarse—. ¿Qué recibió ésta de Alberto?”

—No se preocupe, *mama*, salvará —dijo, y la mujer se echó a llorar totalmente deshecha.

Era injuria ese llanto que no salía aún, desesperadamente, de sus propios ojos. Otra mujer que ama y sufre. Una mujer tan sencilla y en profunda tensión. Quizás porque entregó a Alberto su juventud y también su vejez. Volvían a aflojarse sus cimientos; “Esto es ya demasiado”.

—Permita, señora, a esta vieja hablarle desde el corazón. Si él se muere, me muero también yo, pero, desgraciadamente, nunca he visto que la gente se muera de pena; se moriría una muchas veces, y eso no es posible —sollozó, secando sus lágrimas con el extremo del delantal—. Cuando el niño era chiquitito tuve por ahí una buena ocasión de casarme; no es tan poca cosa una para no encontrar algo; el hombre no era malo y tenía sus pesitos, no era un vago y yo era más joven y con mi trabajo había juntado mi dormitorio completo. La señora, la mamá del niño, que en paz descanse, me ayudó muchísimo para comprar el catre de bronce. —La voz se despedazó—. Usted me comprenderá porque también tiene un hijo. Yo llegué a creer que el niño era mío, y me dije a mí misma: “Qué estás pensando en estas tentaciones,

desgraciada, dejar al niño en otras manos, que no le conocen sus cosas, sus ideas, sus gustos y hasta sus malos modos, que después siempre se le pasan, y es capaz que alguien me lo maltrate al pobrecito. . .” Ahí terminó todo. Estaba de Dios, porque cuando la señora murió. . . Pero la estoy aburriendo; estos cuentos de vieja nunca acaban. Para una toda la vida está pasada y toda es un cuento de nunca acabar.

Luz sabía de memoria cada historia, pero la animó a seguir.

—Cuando se nos fue la señora, el caballero quedó en mala situación, y los niños estaban internos en el colegio. Cuando salían no me tenían más que a mí, que los esperaba allá en el campo.

Luz tomó su mano y acercándose a la mujer con ternura deshabituada le preguntó:

—¿Qué ha hecho desde anoche, cuando partí de aquí con los carabineros?

—Revolverme en la cama y rezar —respondió, pronta a desvanecerse la pena al primer signo amistoso—. Señora, yo quiero verlo —suplicó con voz de niño—. Además puedo ayudarla. Algo me indicaría si está bien o mal, si puede hacer el viaje a Santiago. El me lo indicaría.

—¿Tanto lo conoce? —La voz de Luz se endureció de pronto.

—Supe siempre qué pensaba. —Pareció avergonzarse de su indiscreción, pero a Luz ya no le extrañaba nada.

—Irá conmigo —prometió—, no se apartará de su lado.

. . .

Con la caída del agua de la ducha, llega sobre su cuerpo una presencia odiada y añorada. La asusta su tedio. Esa ausencia de sabor. Sin embargo, era



útil; circunscribía sus temores, daba un reglamento a sus sentidos, disciplinaba su actitud. Se presentan feroces tantos años perdidos, recortes de ilusión.

\* \* \*

No sólo la anciana criada comprendió a Alberto; también ella, y para su mal, lo comprendió demasiado. Conocía con anterioridad sus intentos, adelantaba cada pensamiento. Esta tentación tardía de infidelidad la desconcierta, echa abajo proposiciones aceptadas. Nunca fue Alberto infiel. Pudo haber tenido coqueteos estúpidos, sin profundidad ni importancia, pero amar a otra que no fuese Luz, jamás... ¿Por qué ahora?

Su vida entre la oficina y las obras, regada de vez en cuando con conversaciones livianas entre hombres o comidas en el club, no despertaba celos a nadie. No era suficientemente inquietante, ni misteriosa. Quizás eso mismo lo puso aburrido. No recordaba Luz que fuese así al principio: sus *tête-à-tête* eran entusiastas y alegres. Un amor. Un amor de más categoría que este intento final del que ha resultado una víctima de aventura folletinesca le habría hecho bien, dándole seguridad, bríos y hasta un cierto *charme*. "¡Pobre Alberto, qué ironía, tan poco para su carácter. Aprendió a vivir cuando le hubiese precisado saber morir!"

Recordó a Eugenia.

\* \* \*

Su buena amiga Eugenia decidió sacar partido de la desavenencia en el matrimonio.

—¿Por qué no te separas de Alberto? —preguntó un día de verano en las casas del fundo.

—Porque es muy complicado. Me quiere muchísimo y eso me ablanda... —dijo Luz, y Eugenia sonrió enigmática.

(Menos mal que Alberto la dejó plantada, confirmando

así a su mujer. “¡Qué chasco se llevó la pobre!” Era difícil imaginar a Alberto conquistando mujeres; así como se encontraba en su elemento con empresarios o jefes de obra. “Un seductor no será nunca. ¡Un seductor de mujeres! Sin embargo, algo tuvo un día que yo me enamoré de él.” Desapareció después. No era capaz de aventuras y engaños, “su alma es sencilla”. “No le sienta bien una doble vida al hombre que comenta en la mesa cuanto sucede en la oficina, aunque las anécdotas no entretengan a nadie.”)

—No seas absurda, querida Luz —dijo Eugenia al terminar de comer, mirando fijamente a Alberto—. Alberto tiene toda la razón, pero tú no te das el trabajo de escucharlo; tiene cinismo y buen criterio; es lo que yo exijo a un hombre interesante.

Sus largos dedos, coronados de uñas perfectamente cuidadas, depositaron la taza de café.

Luz arqueó las cejas al observar la satisfacción de su marido “ante una simple adulación”. Su rostro afeitado parecía más ancho y los dientes excesivamente firmes al sonreír.

Descubrió Eugenia que su risa fascinaba a Alberto y manteníalo prisionero en amplias y sonoras carcajadas: él introducía los ojos hasta su garganta, imitándola. Descubrió también la belleza atractiva de las nuevas compuertas del tranque, “obras maestras de ingeniería”.

—No me habría imaginado cuán imponente puede ser un bloque de cemento y agua —exclamó Eugenia, poseída también de empuje y transparencia.

—Me gustan cuando el agua sale con fuerza —dijo Luz—; cerradas no les encuentro la gracia.

—Comentábamos con Alberto, que tuvo la gentileza de llevarme a verlas, que es increíble tu desinterés por las cosas del fundo. Al fin y al cabo son *tus* tierras.

La sonrisa de Alberto quedó sólo en los labios; claudicaron sus ojos.

—¡Cómo mis tierras! —Luz devolvía la mano—: nuestras tierras. Alberto es el que se ha dado todo el trabajo. Si hubieses visto cómo estaba esto cuando llegué de Europa.

—Te envidio, Luz: eres una mujer feliz —murmuró su amiga afablemente—. Este parque, estas casas, este marido...

Como los ojos de Alberto se enternecían, Eugenia se animó a enumerar muchos otros motivos de felicidad, con la frialdad y precisión necesarias para dejar en relieve las deficiencias de su íntima amiga.

—Trabajo me cuesta mantener estas condiciones. —Alberto aclaró la voz—. Me ha servido ser ingeniero antes de agricultor, como también mi experiencia en el manejo de hombres y empresas. La única manera de administrar bien un fundo y sacarle renta es considerándolo como una empresa. Los agricultores a la antigua creen...

—Es importante para el agricultor que las compuertas cambien al gusto del ingeniero —interrumpió Luz—. Hay que recordar también que la sociedad anónima que paga somos nosotros mismos.

—Las compuertas han sido diseñadas, y también el tranque —prosiguió Alberto—, teniendo en cuenta varios factores: la estructura del suelo, el volumen de agua almacenada, su mejor aprovechamiento con minimum de esfuerzo. —Luz se puso de pie y reprimió un bostezo. Alberto con la vista fija en Eugenia la obligaba a escuchar, a demostrar interés y a sonreír aprobatoriamente al final de cada frase—. He tratado de realizar un proyecto preliminar que eventualmente podría aprobar la Corporación como modelo del uso del agua en terrenos pantanosos.

—¡Qué interesante me parece...! —Eugenia se levantó también a la primera pausa.

—Me alegro por la Corporación —anotó Luz interesándose ahora que Eugenia le dejaba el campo—, pero temo que te des excesivo trabajo.

—No parece haberlo resentido... —Eugenia se acercó a Alberto y lo miró a los ojos.

—En todo caso —agregó la esposa secamente—, ha costado el asunto una fortuna.

—Si se calcularan los gastos y la utilidad práctica de la mayor parte de las cosas que se hacen en este país, nadie haría nada —reflexionó Eugenia con abandono.

—Comienzas a ponerte inteligente. —Luz la miró con cariño, y Alberto se sintió otra vez desplazado.

—Tú comprarías un buen cuadro sin contar el dinero —decía Eugenia a Luz—. Una compuerta puede tener la belleza de un paisaje de Van Gogh, la fuerza de unas líneas

de Picasso... —El duelo se reiniciaba, Alberto volvió a interesarse—. El agua al salir tiene el ímpetu de una pasión. Al principio brota con lentitud, tímidamente casi, mansa en manos del hombre que la controla; un movimiento de éste y toma bríos, se asegura, se encrespa y, retorciéndose, se lanza. —Humedecía sus labios con la lengua mientras crecía la metáfora. Luz escuchaba, divertida, pero cortó de un golpe la inspiración:

—Cuida de que el que la maneje no levante demasiado la retención; puede el agua arrastrar sembrados, acequias, tacos, y hasta al hombre mismo, si se descuida.

Luz no ignoraba que aquella noche, en el parque, Alberto intentaría hacerle el amor; Eugenia no lo permitiría, así tan de improviso, esperando que él insistiera y verse llevada a la deslealtad por las circunstancias, por el deseo del hombre. Entonces... Alberto se echaría atrás intimidado y no volvería a intentarlo, haciendo a Eugenia revolcarlo con su desprecio.

"Pobre Alberto —se dijo Luz esa noche, espionando los ruidos en el jardín—, deja escapar esta aventura de *week end*, fácil, sin esfuerzo. Para él sólo cuentan el trabajo y el dinero, no el amor y la conquista."

Sin embargo, le estuvo agradecida. Era un marido fiel. Mas si Eugenia esa noche se hubiese dejado besar, si un amor nacía entre ellos dos... Buscaba estímulos, emociones que despertaran su letargo, sentir que se perdía para saber más de sí. "Si un amor nace entre ellos, me obliga a reaccionar, a repasar el mío, a reconquistar..."

\* \* \*

Ahora el estremecimiento es profundo y medular.

"Me habría gustado desear que volviera a mí. Me habría gustado sufrir por ese amor, sufrir por él, cuando era capaz. Antes. Ahora no; esta aventura estúpida y victimaria llega a mi alma con años de atraso."

Su marido agonizaba en la pieza de un hospital de pueblo. Dejó esa noche la casa, porque deseaba ir donde otra mujer. ¿Cómo es ella? Debe verla, tiene que saber por qué Alberto fue capaz de buscarla, en

una noche fría, lejos de su casa acogedora y de su compañía agradable. ¿Verla? Pero está muerta, y una mujer muerta y desnuda sobre una mesa está demasiado muerta y desnuda para contarle nada. Quizás sólo sirva para renovar su sangre.

Sentir, luchar, sufrir, es algo, algo que debe cuidar para que permanezca en ella y la queme. Pero la sensación se vuelve negativa. De intensa soledad.



## 9

-**E**L QUE se creía un macanudo —exclamó Alicia recordando a Raúl, que un día creyó tenerlo entre sus manos.

En una revista semanal leyó un refrán que le gustó mucho; desde entonces lo aplica y es su más profunda filosofía. Era verdadero, bonito y romántico: “A todas partes llegan la luz del sol, las sombras de la noche y la justicia de Alá”. Recordaba también el dibujo en colores atrayentes y los hermosos ojos de una mujer velada.

—A ti, hijo mío, también ha de llegarte. —Pero el sentimiento se iba quebrando—. Sí, señor don Alberto Palma... —Calló porque hasta el nombre perdía consistencia, como el rencor.

\* \* \*

No terminaron en aquella riña sus relaciones con Alberto. Tardaron en reanudarse, es cierto, pero la señora Graciela conocía a fondo el alma humana; se preciaba de regir la casa más elegante de Santiago y de saber exactamente lo que agradaba a cada uno de sus clientes.

Un día se presentó Alberto diciéndole que deseaba cono-

cer a una niña rubia, suave, fácil de manejar, para olvidar así sus relaciones fugaces, caras y complicadas con Alicia.

La señora Graciela escuchó sus argumentos con seriedad profunda, rogándole esperar unos momentos en el salonecito verde reservado, a donde hizo servirle un cóctel preparado por su propia mano.

—Sé perfectamente *qué* busca usted —dijo mientras le servía—, lo sé. —Movi6 la cabeza durante unos instantes observando a Alberto—. Además tiene mucha razón en querer variar. Para servirlo estamos. Si Alicia no le cumplió, si se puso exigente o engreída, no faltan otras. Yo puedo presentarle a una muchacha joven; es nueva y usted podrá moldearla a su antojo. Además es muy señorita, seria y bien educada. —Salió de la habitación y Alberto paladeó su trago con agrado.

Al fin iba a eliminar a Alicia de su cuerpo; era preciso borrar ese episodio para recuperar su paz. Tras largo rato apareció la señora Graciela indicándole que entrara a su dormitorio, donde estaría más cómodo. La habitación estaba en penumbra, las persianas cerrando el paso a la tarde. Cuando Alberto acostumbrió sus pupilas, apagó un grito. Alicia, de pie bajo la ventana, se volvía hacia él:

—La vieja... , esa vieja de mierda me ha engañado —exclamó ella—; me las va a pagar. —Alberto se detuvo indeciso, tratando de hacerla callar.

—¿Quieres no hacer tanto escándalo? —dijo fríamente—. El engañado soy yo, y tú la que chilla. No tenía el menor interés en volver a verte, pero entre esa vieja alcahuete y tú...

—Es lo que faltaba. —Alicia volvió a enfurecerse—. ¿Así que tú no me pediste? ¿Ya no te intereso y tienes valor de decírmelo en mi cara? Ahora comprendo el misterio con que la señora me hizo pasar derecho aquí, asegurándome que eras un desconocido de muy buena pinta. Yo, la muy estúpida, me la creí. ¡Creerle yo también a esa cabrona!

—Entonces, ¿cómo te voy a creer a ti ni lo que rezas? —Alberto empezaba a divertirse ante la furia de su contrincante.

—¿Piensas que estoy complotando por conseguirte? Verás que de aquí me largo y no me ves más... , ni aunque me muriera de hambre. Que me maten antes de volver contigo.

Se lanzó hacia la puerta, desorbitada. Alberto fue más rápido y le interceptó el paso.

—No hagas más escándalo —ordenó—, de aquí no sales.

—¿Por qué? ¿Quién me lo impide?

—Yo. —La tomó por los hombros sacudiéndola ferozmente. Alicia trató de debatirse; imposibilitadas sus manos, recurrió a sus dientes. Cuando logró morderlo, cayeron sobre el piso.

\* \* \*

Con el tiempo fue logrando cuanto se propusiera: el departamento central y pequeño, cerca de cafés, bares y rotativos. Afán y entusiasmo gastó en comprar los muebles necesarios y los utensilios de cocina con que siempre soñara. Sólo que la sensación que le devolvió su triunfo no fue la esperada.

Con orgullo exhibió ante los ojos de Alberto su batería de fierro enlozado verde claro, para recibir una sonrisa ajena y agotada. Recortado el entusiasmo, concluyó Alicia, como siempre, que era imposible entender a los hombres ni darles gusto, decidiendo simplificar las cosas pensando sólo en el gusto propio.

Logró también deshacerse de Raúl. No mencionó su traslado ni dejó su nueva dirección. Se libraría con el tiempo del militar, aunque quizás no fuese lo más cuerdo después de la gentileza que demostró al conseguirle el departamento. Importaba ahora impresionar a alguien con sus renuevos. Cuando la pieza estuvo lista, dio una recepción a la que fueron invitados lo más escogido de sus relaciones. Alberto no asistió. Herida, menoscabado el triunfo de su amor propio, ya que el principal atractivo eran las espaldas anchas y la sonrisa abierta de su hombre, hubo de contentarse con la envidia admirativa de sus compañeras.

Esperó una serie de cambios precisos: "Por algo se empieza". Entreveía su vejez con serenidad y proyectaba encontrar trabajo: ser libre y alejarse para siempre de una tiranía que no habría sabido explicar más que con intuiciones. Pero sus planes, una vez trazados, parecían muertos. Una noche habló a Alberto.

—¿Por qué será que cuando uno se acerca a lo que busca, eso que busca se aleja de uno?

—¡Qué novedad! Veo que te pones filósofa —respondió él.

—Estaba pensando... que eres el único con quien me dan ganas de hablar de estas cosas. ¡Qué raro!... Yo me considero inteligente, sé qué quiero y qué me conviene. Soy ordenada y no tengo vicios; sin embargo, ahora que por primera vez puedo manejar mis condiciones, me veo perdida, como si detrás de todas las cosas hubiera otras cosas. Antes era más fácil, sabía qué buscaba, un hombre bueno, dinero, tranquilidad. Ahora lo tengo, y no sé nada...

—Le pasa a todo el mundo —respondió Alberto—; es el misterio de la felicidad, más complicado que cualquiera otro, porque nos incumbe, está en nuestras manos, la dejamos irse, jugamos con ella, la desperdiciamos cada día. —Hablabas para sí mismo, pero sus palabras distintas arrullaron a Alicia.

—¿Qué es la felicidad?

—No sé.

—Es conseguir cuanto queremos...

—Y cuando lo consigues, ya no lo deseas o buscas más.

—Porque todavía me faltan muchas cosas... —respondió Alicia incorporándose—, pero si ya lo tuviera *todo*, si fuera como tú, por ejemplo, casado, rico, con hijos, fundo y amor..., sería feliz, estoy segura.

—Si fueras como yo... ¡Qué mujer más obtusa! —paseó los dedos por su cuello—. Cuando se tiene *todo* eso es cuando empieza uno a ser desgraciado. Es más sencillo necesitar algo, hay un objetivo próximo a nuestros esfuerzos; cuando lo tenemos no sabemos qué hacer ni qué buscar, y seguimos haciendo... y seguimos buscando.

—Puchas..., entonces estamos todos fregados.

—En todo caso —cortó Alberto, molesto de pronto—, divagar sobre la felicidad y los deseos del hombre es pérdida de tiempo. No me compliques la vida, que ya tengo bastantes problemas.

—Los únicos felices, entonces —replicó Alicia acomodándose en sus brazos—, son los que ni tienen ni desean; pero son unos idiotas.

—Ya lo han descubierto otros.

—Pero si es feliz el que es desgraciado y desgraciado el que es feliz, estamos jodidos, no se llega a ninguna parte.

—¿Y adónde quieres llegar?

Guardó silencio. ¿Qué le faltaba? Era fácil conseguirlo, porque Alberto creía en los grandes gestos. Mas sus ambiciones ya no eran precisas.

\* \* \*

Una tarde, cuando se disponía a salir para encontrar a Alberto en el estacionamiento de automóviles, oyó el timbre. Abrió la puerta.

Con su tipo de boxeador, Raúl obstruía la entrada. Parecía otro hombre y Alicia lanzó una exclamación de sorpresa. Había desaparecido el casco de gomina que acorazaba su cráneo; el rostro sin afeitarse y los ojos enterrados en trasnochadas reales o aparentes, de obscuro y ensangrentado brillo, hacían de él otro hombre; con aire de matón ofendido la hizo a un lado.

—¿Conque pensabas librarte de mí? —gritó, pero su cólera era como su aspecto; abarcó distraídamente la estancia.

Alicia esperó una réplica, que celebrara por lo menos el lujo de su instalación, que valorara el progreso y el cambio en su vida. Nada oyó y, sin humor para reprochárselo, se sentó en el brazo del sillón.

—Oyeme bien tú. —Raúl la sacudió del brazo—. Necesito que me ayudes.

—Te friegas —respondió ella con indiferencia de gran señora—, no esperes de mí nada. ¿No te das cuenta quién soy ahora?

—Me doy cuenta: eres la misma puta de siempre, pero con más humos —masculló él sin dejarle tiempo a indignarse—. Acuérdate que te conocí naranjo, sé muy bien con quién andas y quién es el tipo. —Su carcajada quiso ser amenazante—. Maricón ha de ser; no veo para qué te da tanta cosa cuando cualquiera se acuesta contigo por mucho menos.

—Qué roto eres. —Alicia escudó su rabia en dignidad—. No eres capaz de comprender cosas más altas, que un hombre esté enamorado... —la entusiasmó la palabra, y la justificación creció ante ella hasta hacerla parecer magnífica—. ¿Sabes?, está loco por mí. Nunca había visto un hombre más querendón; me da de comer en la mano y con



él siento... lo que nunca he sentido con otros, ni contigo.  
—Lo miró desdeñosa—. Además es tan rico que no sabe qué hacer con la plata. —Un ademán de despilfarro ilustraba sus palabras.

—El asunto se mejora. Conseguirás de él lo que te pido —echó atrás su cabello huérfano y se complació en nuevos proyectos—. No es una pega lo que busco; no me esclavizo yo por cien mil pesos cuando con un auto que venda gano doscientos.

—Farsante, nunca he visto los autos, las ventas ni la plata, y que te oigo hablar de eso hace bastantes años.

—He pasado una época muy mala.

—Se te nota.

—Quiero establecerme.

—¿También tú?

—Es cuestión de hacer un depósito para encargar automóviles; como no se puede tener el dinero inmovilizado, vendo el derecho antes que lleguen los autos y vuelvo a hacer otra importación... Así, dándole vuelta al capital, se puede ganar una fortuna. Es decir, hay miles de maneras de ganar plata a montones, pero necesito el capital.

—Estás igualmente idiota que antes.

—También puedo poner un garaje, tengo amigos entendidos, y necesito una fianza para conseguir el arriendo del local.

—Ahora tengo que salir. —Alicia sacó su bata de casa y la tiró sobre la cama. Raúl la tomó por los hombros—. ¿Quieres sujetar tus manos?

El sabía cómo manejarla.

Alicia sintió el contacto de esa piel, el peso de un cuerpo ya conocido y un calor añorado empezó a envolverla. La pieza perdió claridad y la cabeza consistencia. Se dejó caer. La sangre aceleró el ritmo agolpándose en su vientre. Las sombras se llenaron de círculos, desde un fondo negro llegaban a sus retinas. Los miembros parecieron confundir sus articulaciones.

—Ya sabía yo que es a mí a quién quieres —dijo Raúl, y su rostro contraído parecía una máscara.

Alicia reaccionó.

—¡Qué hablas tú de querer! —musitó desprendiendo brazos y piernas,

—Estás muy quisquillosa. —Se echó atrás sonriendo sobre la almohada.

Para salir de ahí, se debatió Alicia con fuerza inesperada dando con el codo en pleno rostro a su acompañante. Se alejó oyendo imprecaciones y vio el hilo de sangre chorrear desde la nariz de Raúl hasta la funda. Entró al baño. En el lavatorio escupió con fuerza. Volvió a enjuagarse la boca y a escupir. La vida era mejor cuando hacer el amor era amarse..., y más sencilla. Metió el rostro en agua fría y vociferó:

—Andate luego o llamaré a Alberto que te saque con carabineros.

—Los caballeros no se meten en escándalos —respondió Raúl secándose la sangre con el paño de cocina—. Lindo título para un diario de la tarde: "Riña entre carabineros y el amante de la amante de..."

Con debilidad miró Alicia cómo Raúl abría sus cajones para registrar bajo la ropa interior. Encontró un fajo de billetes que guardó en su bolsillo.

—Ahora que tienes plata, cambia de escondite —dijo encaminándose hacia la puerta.

Raúl tenía razón; Alberto no se arriesgaba por ella. ¿Nunca dejaría su actual condición? ¿Nunca cambiaría verdaderamente?

—Ese dinero es mío —murmuró sin aliento—, yo lo necesito.

Por mujeres como Luz Rozas muchos hombres sacaban cara, empezando por su marido. ¿Pertencería siempre ella a un mundo diferente? ¿Un mundo donde todos se encontraban indefensos y solos? ¿O ése era el de todos y el diferente era el otro?

—Si quieres que te dure el amiguito, no le pongas problemas ni le exijas mucho —aconsejó Raúl paternalmente—, y grave problema puedo llegar a ser yo si te niegas a ayudarme. —La puerta se cerró con golpe seco.

Alicia quiso gritar, desagraciar su alma impotente. Se restregó las manos y exageró su actitud hasta el dramatismo. Sus gestos parecieron desahogarla, volvió la vista sobre la cama deshecha y sus almohadas con manchas de sangre. Se estremeció.

\* \* \*

Alicia imploró ayuda a Alberto y su postura de víctima abrió nuevos márgenes a su imaginación. Pero cuando se gozaba en lo novelesco de su situación, oyó a Alberto hablar de policía y de agentes.

—Más amigos tiene Raúl que tú entre esos tipos —replicó con cierto orgullo.

—Puedes declarar que te persigue y te roba —dijo Alberto sin convencimiento.

—Tomaría represalia contra ti, y yo no lo permitiría.

—Su abnegación era heroica y candorosa.

Alberto esbozó un gesto de cansancio. Alicia sintió el hastío y las náuseas apretaron su estómago como en muchos de sus momentos felices.

—Arréglatelas a tu modo entonces, no te las des de doncella indefensa. —Trató de salir adelante con sarcasmo—. No pretenderás que yo vista armadura y me declare tu caballero andante. Aunque, a decir verdad, contra mí nada puede ese mequetrefe. —El movimiento tenue de hombros sacó a Alicia de quicio.

—¿Conque nada puede contra ti? —comenzó a arrullar una venganza—. Yo sí puedo. —Sería la primera en envenenarle la vida.

\* \* \*

Lo que no pudo Raúl, lo que no pudo ella, enredada en contradictorios sentimientos, lo pudo *é*sa. Una desconocida y muerta.

Alicia vivía la intensidad de un drama radial: una mujer lo llevó a su destino. Sintió una opresión extraña de término, de derrota que es ya definitiva. Si era posible, ¿por qué no ella? Alberto ya no le pertenece, como tampoco su odio ni su venganza: "Lo detesté mientras era mío. No se detesta a los indiferentes. Me vengaba en mí, no en un transeúnte". En todo caso, es una mujer. De haber estado viva, podía haberla odiado, pero está muerta y la deja sin nada, sin él y sin un sentimiento que la unía a él. Pero le trajo quizás la muerte... Se siente acom-

pañada, incrustada en otra, le pertenece, porque en cierta forma es ella. Para desahogarse ve una amiga en la rival: yace en la morgue desconocida y sola. Debe ir a verla.

Miró la hora. El sol estaba alto y su pieza parecía aún oscura; tenía que salir, vagar para no ahogarse. Además podía tener suerte y lograr verlo en el hospital, ver su cara una vez más, aunque fuera la última.

En la Estación Central averiguó las horas de salida de los "micros" a Melipilla. Regresaría al atardecer. Subió al vehículo y tomó asiento. A su lado se instaló una mujer inmensa. Alicia, impaciente, se corrió para dejarle más sitio. Sobre la cubierta se deslizaba un traficante en canastos. Le encantaba comprar canastos u otros objetos de mimbre, pero no era el momento. El ayudante dio un silbido espectacular. Rugió el motor. Debieron aún esperar el cruce de un piño y algunas carretelas con pasto y verduras. El chofer tomó aliento, al encontrar la ruta dejóse llevar por el acelerador.

\* \* \*

Raúl volvió muy pronto a su departamento y mostró un papel escrito; sus ojos brillaban: "Ciertos datitos importantes..."

—Dirección y teléfono de doña Luz Rozas de Palma, dirección y teléfono de otro. "Pueden serme útiles..."

—¿Y qué piensas hacer..., fabricar una guía telefónica? —continuó Alicia arreglando sus uñas.

—Escribirle, o llamarla, y él te planta.

—¿Entonces el chantaje era para mí? —exclamó ella y Raúl torció los labios como si sonriera frente al espejo—. A ti la vida no te enseña nada, no tienes arreglo. No eres más que un aprendiz de sinvergüenza.

—Si tú te pones razonable, lo trabajamos entre los dos a él.

—Qué infeliz eres. ¿No te das cuenta de que ellos nos tienen a nosotros en sus manos? —dejó el barniz de uñas sobre la mesa y continuó con un dejo de tristeza—. No somos bastante para desordenar sus vidas. Su mujer se abanicará con el asunto, y si te pescan, la paliza no la pierdes. No estamos en las películas. ¿Has visto que esto suceda en la vida real? Sin embargo, cuántos personajes famosos, en política o en finanzas, tienen tejado de vidrio, ¿y quién les hace nada? Sería tan lindo si la vida se pareciera a las novelas: ahí uno se ama, se venga, tiene eco... Ponte en el caso de que su mujer se entera, mientras no la avergüence en público; se hará la tonta. Le dolería quizás si yo fuese rica, igual a ella, o que acompañara a su marido a todas partes... No hará nada. A lo más reírse de Alberto y hacerle la vida más imposible aún, diciéndole: "¿No encontraste nada mejor?" Esto no lo habría dicho a nadie... ¡Confesarse con Raúl! —Lo miró suplicante, como a su único amigo y murmuró—; No somos nada Raúl en la vida de ellos.

Como él aguardaba en silencio, escuchándola al parecer impresionado, Alicia se animó a continuar:

—Le friegas la paciencia y la que se embroma soy yo. ¿Qué sacas con eso, o es que me deseas mal? Ponte que me deje; después volverá. Yo le revelaré tus andanzas...

—Cortalá, tú no me traicionas a mí por ése.

—Claro que sí —respondió Alicia como una iluminada—, porque soy como tú, hago lo que me conviene y lo que me place, nada me importa, y estoy de su lado, ¿por qué no? Porque es más poderoso, porque es... —lanzó un gemido—, porque me tienes harta. —Calló agotada. La vista lejana, como si viese el hilo de sus pensamientos llenos por una vez de luz—. Soy pulga de un solo perro; prefiero entonces de un perro fino.

—Te has puesto muy inteligente —respondió Raúl por no ceder—; puede ser que él no tema por su vida privada, pero sí tiembla que lo ventilen por su vida profesional. Cualquiera enredo quita confianza, mientras que nosotros no perdemos nada con un escándalo. A ti te divertiría. Ir a declarar es duro para un pije, para nosotros, chancaca.

—Sigues creyéndote en las películas. Imagínate que le escribes a Alberto que conoces detalles de su vida privada



que resultarían muy sabrosos y te encuentras gritando por los palos de algún agente. ¿Y el juicio por difamación que se entablaría contra algún reportero a quien tú ilustraras...? Porque a nadie importa que Alberto tenga una amiga; tendría que inventar violaciones o qué sé yo para que entusiasmara... Oyeme tú, para trabajar en el hampa hay que ser muy gallo.

Raúl partió rezongando, pero derrotado: si *ése* tenía amigos en las alturas, a él no le faltaban, y ya vería... Habría de pagárselas caras. Pero muy poco después fue apresado en una redada de posibles ladrones de automóviles, cómplices o vendedores de repuestos robados. Alicia pensó que no era culpable el muy incapaz, pero sintió alivio y soledad.

Cuando Raúl llegó a su casa era de noche y parecía un animal acorralado, sin ínfulas de trapisondista ni de macho. Alicia sintió desprecio de ese miedo y vergüenza de tener que presenciarlo: traspiraban sus manos y miraba continuamente hacia la puerta. Asqueada de Raúl y de sí misma, encendió y le dio a él un cigarrillo. En ese instante llegó la policía. Les abrió la puerta, el cigarrillo aún en la mano, y se hizo a un lado cuando se lo llevaron. Sintió entonces, una vez más, que tendría que cambiar de cuerpo y de alma si deseaba un futuro tranquilo y lleno.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

**D**ESPACHADO el oficio al juez, Luz respira mejor, abierto un espacio en la garganta. Ha superado un sentimiento bajo: su odio a esa mujer, y devuelto al episodio su verdadera importancia, al ofrecer costear el entierro aun en caso de que la familia reclamare el cadáver. Relega así otros pensamientos que empezaban a complicar su sereno juicio del acontecer. A la revelación de las andanzas de su marido opone un *beau geste*, y evita de paso el derrumbe de bases vitales. "La vida se embellece si logramos actuar con elegancia en los momentos difíciles", solía decir a Alberto, y él le respondía: "Mejor sería actuar con el corazón". El juez sabrá a quién corresponde dar la orden. Toma su libreta de cheques, otros objetos indispensables y llama a la *mama*.

Hora de partir. ¿Hasta cuándo? Teme lo definitivo, lo que torna una cosa imposible de volver a ella, lo que mata la esperanza. Su partida no es importante en el tiempo, lo es en sí misma.

El chofer la esperaba cerca de la puerta, y la mujer dentro del automóvil, incómoda y excesivamente abrigada. El mayordomo sabe las últimas órdenes y

no olvidará de poner DDT. Ha partido muchas veces, siempre recomienda la doble barra en la entrada. Rutina. La rutina salva muchos casos, haciendo atravesar momentos que se previeron infranqueables. Además, la *mama* volverá pronto, sólo va al pueblo como una visita... Pronto... Un acto como muchos, como fue el beso habitual que recibió de Alberto hace menos de doce horas. También en aquel sitio un día despidió a su hijo.

\* \* \*

“¿Por qué ha de producir en mí estas reacciones profundas?”, se dijo al verlo partir. Hacía de ello cuatro años. Una despedida como muchas, pero cuando el niño volvió, tiempo después, parecía un espectro.

—Si supieras, mamá, el momento que estoy pasando —dijo al encontrarse solo con ella en el dormitorio—. Si tú supieras...

Tenía dieciséis años y se echó a llorar en sus brazos.

Era otro ser, hasta el olor de su cabello había cambiado, también la mirada. No pudo hacer preguntas: alguien, a quien sintió deseos de matar, cambiaba a Albertito y empezaba a arrebatárselo. La idea de perderlo a él también, la enloqueció. Trató de pensar que había jugado otra vez y otra vez perdido dinero. Esas pérdidas y el desenfado para tomarlas eran cosas de niño, pero esto no.

—Tú —murmuró Luz con excesiva trascendencia— no puedes decepcionarme, tú no. ¿Me oyes? No tienes el derecho, porque contigo terminaría yo.

El muchacho la miró asombrado.

—Sé que no debo cargarte con más problemas, que ya tienes bastante con soportar a mi papá; pero, mamá..., tú no puedes imaginarte lo que me cuesta todo... —Se echó en la cama y cerró los ojos. Por los extremos de sus sienes rodaron aún dos lágrimas.

Luz, que sabía el valor de cada acto y reacción del niño, se sintió ahora perdida. No era el momento de analizar, de hacer drama, de buscar causas y dolores. Su hijo sufría verdaderamente y era preciso, por él, salirse del sufrimiento propio.

—Yo creo en ti —dijo con lentitud—; te comprendo como nadie. Sé que necesitas vivir y sentir que vives. Para crear buscas alimento e inspiración, y exageras para que te lleguen las sensaciones vivas. Esto me ha hecho perdonarte algunas locuras y muchas inconsciencias, defendiéndote contra la incomprensión de tu padre; pero a pesar de todo debes antes hacerte hombre, trabajar, sufrir privaciones, dominarte y endurecerte; otro camino te arruinará a ti y... a mí.

—Qué tonta eres, mamá —replicó él friamente—, estás hablando igual a mi papá; no te das cuenta de nada. —Tomó aliento—. Empiezo a mirar las cosas, abro los ojos yo también. Te gusta hacer a la gente bailar a tu antojo: has inventado mi talento, lo sabes como yo, para aplastar a tu marido, y entre los dos me van a volver loco a mí. —Dio un gemido tan hondo que Luz cerró los ojos y gustosa hubiese cerrado su vida: ¡no saber más de nada!—. Por favor, mamá, compréndeme —gesticuló como un desesperado—. Yo no soy nada y no te pido nada, pero déjame tranquilo; no esperes nada de mí, que me agotarás. Por tener que adaptarme a tus cosas no he podido hacer las mías. Ahora un amigo me ha abierto los ojos, me ha explicado mi caso. Es una pesadilla. Siento que vivo en sueño y que sueño con mi confusión. ¿Cuál es mi papel? ¿Cuál debería ser mi vida? —Se incorporó para ser mejor oído—. Sólo contigo puedo hablar de estas cosas. —Luz respiró aliviada—. Sólo a ti... Personas como mi papá no entienden nada. —Vaciló observando a su madre—. Sin embargo, hacen cosas. A veces pienso, sobre todo después de esta temporada, que me gustaría ser como él.

La estancia dio vueltas alrededor de Luz y de pronto la escena le pareció entorpecida, como una ensoñación sentida y aceptada. Para borrar tanta palabra, se acercó a la ventana. El paisaje le pareció inmenso, puro, bienhechor.

—Me han cercado en tal forma entre todos, ellos y ustedes, que a fuerza de buscar salida... me mataré.

—No digas tonterías —gritó la madre airada—, no hables vulgaridades. —Pero pensó que a veces la gente se mataba y que posiblemente aquellos que estuvieron más cerca...—. Me tienes a mí.

—También tú te pones en mi contra. —Afloraba en él su forma exigente, despótica. Luz lo prefería así.

—¿Qué quieres que haga? —interrogó quedamente—. Si necesitaras dinero...

—Sí, necesito, pero eso es además —respondió como si le quitaran un peso de encima—. Tengo un proyecto. Produciré un ballet de primera categoría, algo único, con algunos amigos bailarines. Yo pondría capital y diseñaría los trajes e interiores.

—Pero si eres tan joven y para eso se necesita mucha escuela —insinuó Luz.

Y su hijo volvió a encolerizarse. Sus ojos se endurecieron de azul:

—Ya lo sabes, me siento tan cercado, que si no emprendo algo rápidamente, terminaré matando a alguien. —Sus ademanes amenazantes se agotaron con sus palabras—. Me encontrarán muerto. —Como su crisis, su énfasis decayó.

Tras una larga escena de reproches y llantos, el hijo se quedó dormido. Luz volvió en sí y se dio cuenta de que había ido dejándose caer de rodillas. El niño la explotaba, pero estaba en sus manos, era un ser enfermo, suyo todavía. Ya habría tiempo de hacerlo ver por un médico, pero podía todavía acariñarlo. Recordó el brillo febril y gozoso cuando le hacía mal. Un brillo amenazante que había hecho a Alberto renunciar a la lucha, alejarse de él. Mientras se confiara a ella había esperanza. Sintió el dolor y una profunda persistencia, sin nombre, sin objeto. No encontraba soluciones perfectas al alcance de su mano. Interrumpía su análisis la dureza del suelo contra sus rodillas. Le pareció de pronto que ese dolor era más noble y saludable, que le servía de cojín.

Alberto solía decir: "A todo el mundo le pasan las mismas cosas; la actitud para enfrentarlas es la diferente". ¿Entonces un hecho puede tener distintas causas, distintos resultados, distintos sentidos? No siempre lágrimas y dolor son lágrimas y dolor. "¿Podrán las lágrimas guardarse en algún sitio y el dolor emplearse para algo?"

—Dios mío —murmuró—, ayuda al niño, sálvalo a él, pero sálvalo sin alejarlo de mí.

\* \* \*



Era absurdo este asunto del ballet; pero hablaría a Alberto.

—Era lo que faltaba —respondió él—: mi hijo mezclado con una tropa de maricas. Con su apariencia de efebo y produciendo ballet... Antes, prefiero verlo en la cárcel.

—Le tomará tiempo y calor —respondió Luz, molesta; nada alto prendía en él—. Eres capaz de vulgarizar un Botticelli con un pincel de acuarela.

—No le daré un cinco a ese mequetrefe. Como no es artista, tiene que darse aires con su dinero. Entre esos... No me dirás que no pasa de la raya. Prefería sus deudas en el juego, cosas de niño, en todo caso de hombre; es claro que también eran un indicio de inestabilidad —se atrevió a insinuar bajando la voz.

—Puede matarse si se ve muy acorralado. —Luz esperaba hacer impacto en él—. ¿Qué sabes tú de la bruma que entorpece el juicio y de la desesperación?

—¡Bruma y desesperación! Pues lo que yo hago con ellas es tragármelas. ¿Te crees en Montecarlo? En Chile esas cosas no pasan. Que trabaje, se empeñe y entonces le ayudaré. Estas ideas le vienen de puro ocioso y de tu nefasta influencia. Pinta unos monos horribles y tú lo convences de que son obras de arte para tenerlo grato. Ahora se pondrá a diseñar vestuario o qué sé yo, y eres capaz de ayudarlo. ¿Crees que los artistas, por ser artistas, pueden fregar a toda la familia?

Luz se limitó a mirarlo con desprecio; después dijo:

—Todo el mundo necesita ayuda en un momento dado.

—Yo presenté solo mis primeras propuestas y solo conseguí una beca en los Estados Unidos.

—Ahora te resultan más fáciles regadas con dinero.

—No soy tonto, y si es el dinero lo que echas en cara, sabes de todo lo que te he librado.

—Yo no hablo de dinero, tengo alma distinguida.

—Tan distinguida que sólo lo mencionas. Entrégale el fundo a Albertito, a ver qué te queda de él.

—Deja los alardes para los que no te conocen como yo. ¡Qué laya de padre eres! Sacrificas a tu hijo por molestar-me a mí.

—He aprendido bien la lección.

Luz perdía terreno, sintió inseguro ese camino. Se echó

a llorar. Alberto, que volvía a la pieza para desahogar restos de cólera, se desconcertó al verla. Luz no lloraba a menudo. Dio algunos pasos cautelosos, olvidada su ira. Más sereno, casi enternecido, murmuró:

—Me parece que debemos separarnos. Por el niño y por tí.

—Lo hemos dicho tantas veces —respondió Luz.

Los pasos de su marido a través de la estancia la arrullaron: ahora se detenían bajo la ventana; quiso hablar, decirle: “Comprendo tu rencor, sé que esperabas sentirte orgulloso de tu hijo”. O: “¿Te acuerdas, Alberto, de cuando era niño?” Pero no pudo hablar. Maldecía su orgullo cuando oyó la voz de su marido desde el umbral:

—¿Te acuerdas, Luz, de cuando era chico? —“Alberto recibe también mensajes y los da”, pensó angustiada—. Tendrá de todo, esperábamos. “Tu belleza”, decía yo. “Tu estatura”, respondías midiéndolo con la regla de T. “Será buen mozo y espiritual, se le nota en la frente.” “Trabajador y esforzado.” “No tendrá que esclavizar su vida por dinero.” “En todo caso, es bueno que aprenda su valor desde chico.” Una frase tuya y otra mía lo iban construyendo. “Tiene manos de artista, mírale los dedos.” “Tiene cerebro, mírale la cabeza; podrá ser ingeniero; Chile es un país nuevo.”

—Cállate, Alberto —gritó su esposa—, no seas cruel. ¿Crees que yo no siento igual? —Pero se refrenó de inmediato. No queriendo ser desleal con su hijo, agregó en voz baja—: Todos los hombres desilusionan, Alberto, también tú.

—No debemos esperar tanto de los seres humanos si no somos capaces de darles también.

—Dime, Alberto, ¿quién ha matado lo mejor de nosotros?

—Tú y yo.

—Salvemos entonces al niño —gimió Luz—; sé comprensivo con él.

—Veré qué puedo hacer —respondió Alberto quedamente.

—¿ME PERMITE una palabrita, señorita? —  
El oficial interceptaba el arco de luz que dividía el patio de la entrada. Elena se detuvo.

—¿Qué tengo que ver yo en esto? —preguntó temerosa a Patricio.

—Haga el favor de seguirme —dijo el oficial encaminándose a la portería.

—Diga luego. —Elena no aceptó el asiento que se le ofrecía con los ojos; la reconfortó el polvo sobre el escritorio.

—En casos como éste hay que colaborar con los servicios de seguridad. —El oficial consultaba sus papeles—. Usted sabe, señorita, que el señor don Alberto...

—Palma.

—Gracias, que el señor don Alberto Palma ha sufrido un accidente.

—¿Sí? —pero la ironía no le sirve de nada; el carabinero pareció molesto. Elena hizo amago de caminar hacia la puerta; él levantó la voz para detenerla.

—Comprenda, señorita, la dificultad de nuestro

papel y responde: ¿el señor Palma tenía costumbre de beber?

—No, de cuando en cuando un cóctel o whisky, como cualquiera.

—¿En la oficina? ¿A horas de trabajo? —El oficial sonrió.

—No, sólo en reuniones particulares.

—¿A las que asistía usted? —El oficial acomodó su espalda en la silla y depositó la pluma para dejar libre sus manos.

—¿No tienen ustedes nada mejor para entretenerse que los dolores y tragedias del prójimo? —preguntó Elena con voz profunda.

—Olvida usted que hay una mujer muerta de por medio.

—Deje ese asunto en manos del juez y concrétese a vigilar al detenido, que puede arrancarse. —Elena salió.

—Con razón los periodistas encuentran noticias o las inventan. Así todos éstos justifican sus puestos y su imaginación. ¡Tanta bulla...!

—Ojalá fuera cierto que es pura bulla —murmuró Elena, quebrada.

Alberto estaba solo. La enfermera entró tras ella acarreando una vasija con algodones, jeringas y sueros. Elena ayudó a tomar el bidón para ocupar sus manos y sus ojos, plásticos y sondas se deslizaban de él. Cuando la aguja penetró en el brazo del paciente, el gemido brotó de otra boca. La enfermera levantó la vista y sonrió comprensiva. No se atrevió la joven a mirar de tan cerca ese rostro dormido, apenas pudo enfrentar el brazo pálido y agotado, hasta que la enfermera se levantó para salir. Entró un caballero apuesto a quien no conocía; supuso que sería el hermano de Luz; al ver al enfermo acompañado volvió

a salir y Elena dejó escapar un grito que concluyó abortado.

“Una mujer de por medio, y muerta; por qué no seré yo.” La tuvo a su lado en el último momento consciente, quizás sintió con ella miedo. Habría comprado esa muerte, ese miedo, ese instante supremo. Una mujer desconocida, decía el periódico, pero amada por Alberto. ¿Qué más? Le gustaría saber cómo era. Cómo fueron su rostro, su carácter, sus conversaciones con él. ¿Lo miró en esa marejada de fierros y noche? La última mirada de Alberto.

El impulso de correr allá es violento, pero no puede despegar los ojos de Alberto, que en este instante —quizás el último— le pertenece. Está solo, solo con ella. La realidad lejana parece mentira. ¿Ir a la morgue? Para qué, si puede no existir. Las venas se destacan azules en el brazo de Alberto, palpitan en su cuello. Besa sus venas y tiembla que él pueda abrir los ojos. Retrocede. Respira. Vive y mientras viva puede esperar que una vez más cruzará la ciudad, tocando su brazo, mirando esa mano sobre el volante. Que hablarán quedamente, detenido el auto en una calle, antes de dejarla en su casa; hablarán palabras que después avergüenzan y que a la luz del día, en la oficina, ambos parecen olvidar.

Tras la ventana del hospital el sol se encontraba detenido; un patio color de meridiano. Miró a Alberto para llevarlo en sus retinas. Tocó sus manos para llevarlo en su piel. Podía entrar Patricio a decir que era hora de partir. “Desde hace tanto tiempo es hora de partir...” Volverán a la oficina, donde todo se encontrará igual. ¿Por qué las cosas no cambian cuando todo ha cambiado...?

\* \* \*

Nada se había alterado en la oficina. El ritmo de las



horas, cartas, memorandas, papeletas, letras y llamados telefónicos continuaron como antes; también siguió igual el tono de las conversaciones con su jefe. Sólo que Alberto detenía la voz en medio de una frase cualquiera y los ojos en una mirada trivial. Voz y ojos se enredaban en algo pasado en él, para caer lentamente sobre Elena y su bloc de apuntes.

—Es bonito su pelo, y tan brillante visto así a la luz directa de la ventana. —Alberto se acostumbró a cederle asiento bajo la ventana.

Nada había cambiado. Elena puso esmero en su pelinado y su boca adquirió nueva forma al sonreír. Las voces fueron haciéndose más quedas, innecesarias ciertas órdenes y palabras: adivinaba lo que antes debía oír. Se convirtió poco a poco en la más eficiente de las secretarías y también en la más atractiva. El milagro lo realizaron, sin duda, su premura por satisfacer y el nuevo brillo de sus ojos. Pasaron días, formaron meses.

Nada cambió en la oficina, pero Elena respondía cada vez más secamente a la mujer que preguntaba por Alberto y que no se detenía en indagar, como si él le perteneciera. Cambió, sí, su actitud con Luz: antes la intimidaban su elegancia cara y la seguridad regia de su andar; deseó ahora conquistarla; había un ruego en el tono de sus encuentros.

Nuevo el encantamiento, no interrumpido aún por culpas precisas, vivía Elena para arrullar emociones, recordar palabras, interpretar miradas y perfeccionar sus conocimientos de contabilidad. Los porcentajes seguían dándole malos ratos, pero enfrentaba segura el fruncimiento de cejas de Alberto cuando se equivocaba.

—Tan embebida andas en tus cosas que para nada cuentan tus padres. —El reproche la tomó la sorpresa; como era verdad, protestó indignada—. No te das cuenta de lo que pasa aquí —reprochó su madre con ojos cada vez más tristes.

—Me doy cuenta de tantas cosas —respondió Elena—. Cómo no se alegra que a veces me salte alguna.

—Qué egoísta te has puesto.

¿Todas las madres pedían a sus hijas compartir sus

tristezas más que sus goces? Tal vez la mayor parte exigía ambas cosas, y su madre sólo contaba tristezas que compartir. Elena había oído ya ese reproche: "Como tú te pasas todo el día en la calle, no te das cuenta de nada", decía el padre a su mujer.

—Mientras tanto, yo cargo con todo. —La voz de su madre careció de dolor.

—Pero, mamá, yo tengo que trabajar. —Mentía, no era eso reprochable como la nueva esbeltez y su andar seguro.

—Tu oficina es tu escudo y tu escape. Siquiera te saca de aquí y te abre una vida entera por delante.

"O me la cierra", pensó Elena con fugaz desazón.

—La mía ya se acabó. —Elena pensó si alguna vez su madre fue una mujer joven, que sintió y vibró profundamente. La voz continuó inexpresiva—: A tu padre le ha dado ahora por beber.

—No faltaba más. —El golpe cayó poco a poco sobre Elena—. ¿Y de dónde saca plata?

—De mí, de ti, de la casa. Los antiguos paseos por la Alameda terminan ahora en un bar.

Se oyeron pasos en la escalera; la madre, según su nueva costumbre, corrió a encerrarse en su pieza. No respuesta aún, Elena tomó asiento en la mesa frente a su padre.

—Pueda ser que Gonzalo venga para la Pascua —dijo por hablar de algo que no fuera su angustia.

—Hace mucho que oigo lo mismo. —El padre levantó la vista del plato y la fijó con ojos entelados—. Pueda ser que para entonces se le hayan quitado las manías a tu madre. —Bajó la voz a una profundidad inadecuada, levantándose a cerrar la puerta de la cocina, pero movimientos torpes lo devolvieron a su silla; acercóse a hablarle al oído—: Tú no te das cuenta de nada, andas todo el día en la calle y llegas como una sonámbula.

Hay seres que nacen sin derecho de escape, seres responsables de la felicidad ajena. No, el hastío no haría de ella una tercera víctima, una víctima ahora rebelde a ese destino.

—Sólo te importa lo que pasa en tu oficina y lo que

dice ese imbécil de tu jefe, ese tal Palma. No me digas que no, ni alegues que no es imbécil, mira que lo conocí naranjo. Pensar que mi abuela lo miraba en menos. No le gustaba mucho que nos juntáramos con esos chicos Palma, que "no parecen ser de los mismos Palma de mi tía Adela". Pobre vieja, hábil y orgullosa como corresponde a gente de alcurnia y de dinero. —Suspiró dejando caer un bocado sobre la corbata gris. Por un momento lo absorbieron la mancha, la servilleta y el vaso de agua. Sus manos temblaban.

Elena retiró la silla con disimulo. El padre levantó los ojos.

—¡Qué porquería! —exclamó—. ¿No será posible comer bien en esta casa? Si yo me hubiese casado con esa niña de Rancagua. Mi familia habría blasfemado, pero estaría mejor ahora. Vivía en el pueblo cercano a la hacienda... —Elena lo había oído muchas veces, sobre todo cuando su madre estaba presente. Esperó que terminara la botella de vino para levantarse—. Pero a ti no te interesan mis padecimientos.

Coincidían. Poniéndose por primera vez de acuerdo al exigir su entrega. ¿A cambio de qué? La rebeldía volvió a tomarla, como a veces en su infancia cuando su vestido era peor que el de sus compañeras y pasaba la semana con el mismo par de medias con los puntos corridos: no siempre podía decir "se me acaban de ir los puntos" y la malla cedía por momentos.

Comprendía que la verdadera entrega es gratuita, como antes y como siempre se debía a ellos, pero ahora... se rebelaba.

—¿No te das cuenta, Elena, que esa mujer —indicó con el labio inferior hacia afuera— se está volviendo loca?

La angustia otra vez la tomó de sorpresa, como si ya no fuese parte de cada día. Buscó su buena voluntad de antaño y su abnegación alegre, cuando llegaba a casa, pasada la semana escolar, a componer su ropa el día sábado y domingo. La voz de su padre volvía a declinar, a hacerse cálida a pesar de su vocalización pastosa de borracho.

—No almuerza nunca en la mesa, dice que no tiene apetito, pero a deshora busca sobras de comida en la co-

cina. Rechaza como malditos los platos que antes le gustaban, o, más bien, que antes, cuando esta casa era todavía aceptable, se empeñaba en disponer para mí. Descolgó los retratos de mi familia, el de mi abuela pintado por un discípulo de Monvoisin, y se lo regaló a un comprador de botellas. Cuando sale, da un gran rodeo para esquivar ciertos sitios por donde antes solía pasear. Además, y esto es lo peor, se ha comprado una cantidad de pares de medias y se cambia a cada rato zapatos. —Se puso de pie con movimiento misterioso, y tambaleándose volvió a su silla—. Anda a verlos, yo puedo decirte cuántos tiene y adónde los guarda. He tenido que recurrir a ellos para devolvérselos al turco.

Acercaba la boca a la mejilla de su hija para que sus palabras no perdiesen nada, como si las murallas y puertas se confabularan en su contra. El aliento vinoso hirió el olfato y el alma de la joven. Asqueada, echó atrás la cabeza. El vio el gesto de rechazo y se encolerizó:

—Tú..., tú, mocosa estúpida, eres igual a tu madre, inútil, desconsiderada y sin imaginación. Una miserable burguesa, empleada y burócrata de la administración particular, una nadie, y te permites mirarme en menos a mí..., a mí. Te atreves a huir de mí. —Le tomó las mejillas obligándola a torcer la cabeza—. ¿No quieres mirarme? Pues mírame aunque te repugne..., mira a tu padre, maldita, mala hija; no te queda en la vida otro remedio. —Su voz parecía vulgar a sus propios oídos; con gesto de desprecio empujó a su hija y lanzó una carcajada. Pero como le costase ponerse de pie, volvió a enojarse—. ¿A dónde te irás tú? No tienes pieza para encerrarte. —La sacudió brutalmente, con la violencia de muchos años contenida.

—Gonzalo —gimió Elena, trastornada—. ¿No vendrás nunca a la casa?

Comprendió en el destrozo de su esperanza que Gonzalo no volvería ni para Navidad, ni para nunca; enviaría una tarjeta, conservando su libertad. Y la traición definitiva fue para ella la última lápida. No le quedaba nada. Sola y el recuerdo... Una mejilla dura y afeitada; un hombro de franela rayada, una cabeza negra: el cabello

encanecía en las sienes y escaseaba en la frente; una voz cortante que requería, un paso preciso que avanzaba. Se echó a llorar, jurándose a sí misma que sería su último llanto.

\* \* \*

Al día siguiente, cuando Alberto dejaba la oficina, a la una en punto, vio a Elena sentada, inmóvil frente a su escritorio.

—¿No va a casa a almorzar? —preguntó mientras se ponía el abrigo—; si quiere la llevo.

—No, gracias, comeré cualquier cosa en el centro, tengo que poner en orden la oficina. ¿Qué flores le gustaría tener sobre su mesa? —Sonrió—. ¿Es muy importante la reunión de esta tarde como para que valga la pena comprar rosas?

—Muy importante, pero las rosas gócelas usted; no creo que Prieto mire flores en estos momentos. Hoy se decidirá la fusión de las dos empresas. No se entregará fácilmente porque tiene buenos contratos, pero yo he calculado bien y no tiene capital suficiente, y a la postre aceptará mis condiciones. Piso terreno resbaladizo, pero firme; es lo que me gusta.

—Encomiéndese a Santa Rita.

—¿Por qué el cielo me va a preferir a mí y fregar al pobre Prieto? —respondió Alberto con abierta sonrisa.

—Porque yo pido por usted y quizás por él no pida nadie. Además, usted se llevará todas las molestias, responsabilidades y todo el trabajo, como siempre.

—Ofrezca a la santa participación en la empresa, siempre que delegue en usted sus poderes. Sería muy agradable tenerla en el consejo. Hasta más tarde, Elena, no se me muera de hambre.

A las ocho de esa noche no quedaba más que uno de los participantes a la reunión. Al despedirse examinó a Elena de alto a bajo; ésta supuso que sería el propio Prieto, que la consideraba ya como parte suya. Cuando el ascensor bajaba, dejando atrás rumor de cuerdas metálicas, Elena se dejó caer en la silla. ¿Por qué temió? No



podía imaginar a Alberto fracasando. Había conseguido sus propósitos, como siempre, en tanto Elena le enviaba ondas con cada uno de sus nervios en tensión.

La oficina quedó en silencio. Al salir de su estudio, con el abrigo en la mano, Alberto marchó directamente a la puerta, vio a su secretaria y exclamó con espontáneo entusiasmo.

—¡Cuánto me alegro de verla aquí, creí que se había ido! Fue un hueso duro de roer. —Se sentó cerca de la ventana; la tarde dejaba en la obscuridad reflejos naranjas; espiró el aire de sus pulmones y extendió las piernas—. ¡Qué bien me siento! Pocas veces pasa esto en la vida de un hombre. —Hablaba para sí mismo—. Todo está a tono, lo que me rodea y yo. Como si por primera vez una parte de mí mismo se pusiera de acuerdo con la otra y con una tercera que goza inmiscuyéndose en mis asuntos. ¿Creerá, Elena? Nunca he logrado satisfacer a más de dos partes de mi persona; esa tercera, se mantiene alerta, echándome a perder por lo menos una tercera parte de la vida. Es ridículo, sí, no estoy cómodo por haber tenido éxito en un asunto de importancia; de este tipo de éxitos no me han faltado; tampoco porque la pieza está agradable y esperaba salir al frío en busca de mi automóvil que no recuerdo bien dónde quedó; no es que no tenga preocupaciones urgentes, ésas nunca faltan. La felicidad y la pena son caprichosas. Una buena comida, un día de sol, un amor, producen gran placer, pero uno no sabe cuándo la cosa se echa a perder, cuándo, sin saber cómo, se convierte en dolor. —Sacó el paquete de cigarrillos, tanteó largamente uno antes de ponerlo entre los labios, detuvo la mirada en su secretaria y terminó—: Creo que la sensación me viene de verla a usted ahí.

Dio algunos pasos por la estancia y se acercó a ella:

—Tomé el abrigo, busqué las llaves, pensé en qué cosas me encontraría al llegar a mi casa: quizás mi mujer tenga gente a comer o mi hijo me espere con un nuevo problema, escenas en que se me hace responsable de todas las desdichas, argumentaciones psicológicas de peso que me convencen que lo he empujado yo mismo hacia el fracaso. ¿Qué decía? Ah, al llegar a mi casa todo este estado

mío será destruido, pensaba; sin embargo yo quisiera conservarlo. Cómo explicarle, Elena, pensaba, pero el pensamiento no me llegaba, parecía esa destrucción distanciada de mí por el momento; volví la vista y la encontré. ¿Por qué me mira así, como si recién saliera de un pozo oscuro?

—Tal vez porque usted me encandila —replicó ella tratando de reír. Alberto tomaba otra vez asiento; Elena repasó cada palabra, guardándolas dentro.

—¿Y ahora? —La miró desde lejos por sobre toda la pieza, paredes y calles—. Debería colgar un cuadro en esa muralla; esa pared desnuda no es visión alegre para una joven; búsquese uno que le guste y me lo dice.

—¿Moderno?

—¡Pero no como esos adefesios que pinta mi hijo, en que mezcla el negro a todos los colores! Vamos a comer a alguna parte. ¿Le gustaría reservar esta noche para mí?

Ya en el restaurante, sintió Elena que su vestido no era apropiado, pero el recinto estaba casi a oscuras y su cabeza daba reflejos de miel cuando se volvía inspeccionándolo todo. Alberto ordenó al *maitre* los platos con voz segura, sin fijarse en la lista de los precios; es claro que su padre habría dicho que eso era signo de timidez, de inseguridad más que de elegancia: “Un lord suma bien la cuenta, y un marqués regatea el vino sin sentirse por ello menoscabado, pero el que necesita asentar su superiodidad en bagatelas es un siútico”... Elena sonrió al pensar en su padre, con tantas ideas y tan pocas ocasiones de lucir su soltura y distinción. El mozo acercó una silla para que depositara su abrigo y su cartera. Todo era maravilloso. Elena le sonrió agradecida. El mozo se desconcertó. Algunas parejas bailaban en la pista algo desierta. ¿Cómo bailarían Alberto? Sintió terror de descubrir que lo hacía mal. Permanecieron en silencio, mirándose a veces algo cohibidos por sobre la mesita para dos. Hasta que el ambiente fue llenándose de humo, sus cuerpos de calor y la música se hizo queda.

Entonces pudo ver el balde con hielo vistiendo la botella de champaña y frente a ella un gran plato de ostras. El mozo cambió el plato y más tarde también la botella, por otra del mismo champaña. Un malestar interno interrumpía su dicha, la acompañó aún mucho tiempo, pero

sus ojos bailaban de luces, y también su piel. No fue capaz de comer todo el postre de castañas y lo recordó con nostalgia cuando el viento de la calle azotaba su rostro. Otra niña vivía aquel momento, la miró con asombro y envidia, una a quien le sucedían cosas que Elena apenas se atrevió a soñar. Ostras, champaña, luces bajas y atmósfera de lujo, mozos de corbata blanca, piano y una mano sobre la suya. Un paso directo al atravesar la sala, sin titubeos al pedir el abrigo y dar la propina; un brazo firme bajo su codo en la escalera, deslizándose luego hasta rodear su muñeca. Esa mano se estiraba ahora para abrir, ante ella, la puerta del automóvil.

Al volver a la realidad, Elena se tambaleó:

—También yo me siento en las nubes, como usted antes —apoyó la cabeza en el hombro de Alberto y, contenta de su osadía, lo miró sonriente, directamente a los ojos—. Tengo las piernas como lana. —Deseaba expresar otra cosa: que vivía el momento de otra, lo había robado y era preciso vivirlo antes que vinieran por él—. Creo que tomé demasiado.

—Es la falta de costumbre —respondió Alberto con ternura—. No le dé importancia; esta noche es única, para usted y para mí.

Única. Sí y viviría de ella, repitiéndola eternamente en sí misma. Se recostó en el asiento y cerró los ojos. Oyó el ruido del motor.

—Apóyese en mí y duerma.

—No creo que deba.

—Síntase libre, conmigo nada puede pasarle. Es maravilloso verla así, como si acabara de conocerla, tan cerca y tan mujer. —Acarició su mejilla suavemente.

Elena sintió la noche y las calles, las luces y los árboles, pero no se durmió. La multitud de estrellas tras sus ojos, la respiración de Alberto cerca, abrían ante ella un mundo de misterio.

—¿En qué piensa? —dijo para escapar.

—En nada; es lo mejor que podemos hacer usted y yo.

“No pensar... en mi casa, en que debo volver, que me esperarán inquietos y en que tengo miedo.”

—Me gusta estar aquí —dijo a pesar de sí misma y de su inquietud—, sin recordar que soy su secretaria,

que es usted casado y que éste no es lugar para mí. —Rom-  
pía deliberadamente el misterio.

—Puede ser. —Alberto frunció el ceño—. No me gusta  
mezclar las cosas ni exponerla a usted. ¿Quiere irse a su  
casa o damos una vuelta?

—No quiero irme a mi casa —respondió ella queda-  
mente, y Alberto no la miró—. Hagámonos la ilusión de  
que somos diferentes, que cuanto a otros rige a nosotros  
no. ¿Cree que es posible?

—Con usted todo es posible —respondió Alberto.

—No quiero saber de mañana cuando de nuevo sea-  
mos usted y yo.

Alberto detuvo el automóvil. La tomó en sus brazos  
estrechándola fuertemente. Al ver sus mejillas húmedas,  
las besó. Tímidamente, Elena se allegó hasta la puerta.  
Volvió la espalda. Quedó bastante espacio entre los dos,  
pero sentía aún cómo esos brazos la apretaban y que eran  
carne suya esas mandíbulas fuertes incrustadas en su me-  
jilla.

—Cuando tenga una hija, no la deje ser la secretaria  
particular de ningún hombre —dijo Alberto como si des-  
pertara y quisiera poner los pies en tierra abruptamente—;  
es peligroso que se identifique con él —especulaba, lejos  
de ellos el lenguaje—, llega un momento en que los gustos  
se parecen y los juicios y convicciones se adaptan. Si el  
hombre es vulgar, vulgarizará a su hija; si no lo es, puede  
desambientarla. A usted no le ha pasado porque es muy per-  
sona, pero lo he visto. No debe una muchacha estar tantas  
horas dependiendo de un hombre, tampoco comprar sus  
entradas, cancelar sus compromisos, usar sus asientos en  
el teatro.

—Se ha dado cuenta de que yo le pertenezco. —Sonreía  
aliviada aplazando la ternura.

—En este caso, soy yo el que está en sus manos.

—Es cierto. Por su corbata conozco el programa para  
la tarde; sé qué fila del teatro le gusta a usted y cuál a su  
señora; sé qué flores enviar a sus amigos para el matrimo-  
nio de sus hijas y cuáles para el día de sus esposas; por  
la expresión con que deja la oficina, sé dónde va...

—No está bien, querida Elena, que me espíe en esa  
forma.

—No lo espío; usted se desnuda solo, porque cree que yo soy un mueble. —La risa de Alberto fue sincera y alegre.

—Me conoce más que mi mujer y más de lo que conocerá a su marido.

—¡Me encanta...! Cuando lo miro, me gusta leer las diferentes luces de sus ojos. —La voz de Elena se hizo profunda y volvió a sobresaltarlo. Se inclinó hacia ella.

—Sepa, Elena, este amor mío por usted no es un capricho... Si supiera cómo, tomaría toda la responsabilidad...

—No, no, no quiero ser un peso, sólo deseo que me quiera... un poco. —La tomó por el brazo y la obligó a acercarse.

—Este cariño mío es diferente a mí mismo —dijo estrechándola con emoción.

—No pido nada, no quiero nada, si pudiera hacerlo feliz... —murmuraba ella enterrando su cabeza entre el abrigo y la camisa. Angustiada sintió que esos brazos eran capaces de contener el universo.

Olvidaron toda presencia. Elena dejó su alma, que ya no le pertenecía, errar dócilmente. Sólo tenía piel, boca, miembros y un gran vacío en el corazón. Otra temperatura entró en sus huesos y se adhirió al concierto de latidos, carne y sangre. El era el mismo, y no lo era. Ella era otra, pero sentía ser la misma. Comprendía que ese amor estaba trazado en ella desde siempre y era parte suya.

Partió el automóvil, quebró su paso luces recostadas y triples en el pavimento, espejismos fugaces, copias de su temblor. Iría a donde él fuera.

Vio que se detenía frente a su casa. La ventana del segundo piso dejaba pasar un cuadrado de luz en líneas. Su padre no dormía aún. Su propio alivio la irritó. Terminaba el sueño con la noche, otra vez era real, con un nombre, una familia y un rostro tal. Volvía pasada la medianoche. Alberto descendió para abrirle la puerta.

—Muchas gracias, ha sido usted tan bueno..., tan amable —musitó Elena, y él besó la palma de sus manos con el entrecejo fruncido. El pensamiento quedó gestado, las palabras no.

—Era imposible —reconoció la joven, derrotada y tranquila.



—Despierta usted lo mejor de mí —dijo Alberto como excusándose.

Cuando el automóvil se alejaba, subió las escaleras. Principiaba la verdadera noche, la propia, la de siempre. Echándose en su cama, rogó a Dios, rebelde y apasionadamente: "Señor, déjame sola, insistes en darme luz y en protegerme, y yo no quiero protección ni luz. No quiero saber nada. Quiero mi soledad y tu abandono. Déjame, Señor, ahora, vuelve después".

**D**EL Juzgado del Crimen la enviaron a la morgue. Era una sala provisional adyacente al hospital. Se le indicó atravesar el patio para acortar el camino: "Allá, detrás de la estatua de la Virgen. . . , pregunte por el doctor Paredes". Mientras buscaba la sala, cruzóse Alicia con una mujer que alargaba los pasos y su preocupación sobre los ladrillos del corredor. Su corazón se endureció antes de reconocerla. Era alta, rubia, vestía un abrigo café y caminaba muy erguida dando ciertas informaciones a una muchacha con el pelo color de miel y los ojos que parecían salir de un fondo obscuro. Las dos mujeres se despedían cerca de la puerta de una habitación. Las reconoció en sí misma más que en los rostros y su rabia se hizo profunda y presente. Apresuró los pasos y una enfermera le indicó qué puerta debería golpear. Sin vida, como si arrastrara cadenas en los pies, entró Alicia a la antesala.

¿A qué vino? Estaba harta. Trató de repasar sus sensaciones y volver a sentir las hasta saber qué la indujo a hacer ese trayecto idiota en pos de nada.

Tomó asiento y esperó al médico legista. Lo vio acercarse: un solo y grande delantal con un hombre adentro; al inclinarse sonreía. "El delantal es protector, da una posición, hace inconfundible —había dicho una vez Alberto, cuando la acompañó al hospital a ver a una amiga que acababa de morir en la miseria—; quizás por eso lo mantienen tan blanco y, para que no los confunda uno con un enfermero, llevan en el bolsillo escrito con letras rojas..." Así era. En el bolsillo, sobre el pecho, el hilo rojo había estampado al doctor Paredes. Alicia se sintió reconfortada; en general, las sonrisas de los hombres la reconfortaban. Miró a éste y sus ojos adquirieron la línea sesgada y el aire ligeramente oriental.

—¿En qué puedo servirla? —la boca del doctor no daba abasto.

—He leído en los diarios, es decir..., he sabido que una mujer viajaba en el auto con Alberto Palma. —Le costaba agregar un don antes del nombre. "Sabe Dios qué se va a creer el tipo este"—. ¿Está aquí?

—Sí, señorita; ha fallecido en el accidente a consecuencia del golpe. No debe verla nadie.

—Con razón entonces no pueden identificarla.

—¿La conocía usted? Si es tan amiga del caballero... —Indicó con el labio el corredor frontal.

—Puede ser. —Alicia alzó los hombros. Le agradaba parecer en íntima relación con las víctimas de este pesado asunto.

—Bueno, entonces entre. —La miró apreciativamente—. Es usted la tercera que me dice lo mismo.

No siente deseos de verla. ¿Qué importa ya quién fue la causa de que Alberto partiera? De todas maneras, las cosas no iban bien. "Yo también había pensado dejarlo." Un hombre es igual a otro hombre. A

veces mejor, a veces peor, unos más tacaños, otros más afectuosos. "Las mujeres también han de ser más o menos iguales. Entonces, ¿por qué había de cambiar? Como si yo no valiera lo que la más pintada."

—Haga el favor de pasar.

Alicia sintió miedo y curiosidad a un tiempo. Volvieron las náuseas, esas de antes, que parecían haber nacido con ella apartándole el sabor de cada buen momento. ¿A qué diablos vino? Pudo haber entrado a un rotativo —"hay un portero que siempre me deja pasar gratis"— y olvidar esta pesadilla.

Sobre una mesa grande, que posiblemente un día sirvió de comedor, yacía blanco, descubierto, hiriente, el cuerpo de una mujer muerta. "Cochinos —pensó—, podían taparla." El abrigo celeste que trató de cubrirlo, de sujetar al ser humano en ella, defendiéndolo de convertirse en piedra fría, se fue desligando, y apenas alcanzaba ahora a cubrir parte de sus piernas. Alicia ha visto muchos cuerpos desnudos, no le hacen impresión, pero éste parece más desnudo, más blanco, más chocante que el de una borracha en noche de orgía. Volvió los ojos y tragó el gemido.

—¿La conoce?

—Me da miedo mirarle la cara... , esa masa destruida...

—¿Piensa reconocerla por dónde?

¿Contestarle como se merece? Calló. Transpiraba frío. La sangre parecía venir de sus propias extremidades, agarrotar sus dedos, obstruir los poros. Alicia se descubrió penando por una a quien debía odiar. Sintió que un lazo la unía a ella y que en este mundo estaban todos igualmente huérfanos, todos "cuerpos no identificados".

—Puedo hacerme cargo de ella.

—No se lo aconsejo; ya llegará un pariente.

“Cierto, un gesto hermoso no vale una vejez sobresaltada, con lo difíciles que se ponen las cosas...”

—¿Quién más vino? —dijo—; ¿qué buscaban?

—Lo mismo que usted, nada. Pero la señora insinuó que correría con los gastos del entierro; a mí me interesa que la retiren. La autopsia está hecha.

Volvían las náuseas. Creyó que ya habían pasado. Una última mirada de soslayo, unos hilos de sangre mal limpiados, un trozo de género blanco sobre la mesa y unos muslos... Salieron.

—¿Qué hacen ustedes con los cuerpos? Capaces son de descuartizarla para sus investigaciones, como si importara mucho lo que tengamos adentro. ¿Los entierran como seres humanos? ¡Qué me importará a mí todo esto!...

—Eso mismo me pregunto yo, de no ser amiga suya. —Sonreía en forma extraña—. Es justo que la señora Palma responda de las locuras y de las aventuras de su marido. No es plata lo que le falta.

—Eso es, yo sí que tengo que padecer para ganarme la vida. En todo caso, él no tuvo la culpa de que esté muerta, sino el camionero.

El médico la tomaba del brazo para conducirla fuera. “Podría haber sido yo.” Tomó la mano que él le extendía y su sonrisa.

Hace algunos meses deseaba la muerte; sintió frío; ya no. Entonces fue cuando comprendió que el alma suya le sobraba. “Con los hombres basta el cuerpo, el alma sobra”, dijo, y le encantaron el descubrimiento y la frase. Sólo sirve para hacer sufrir. Es cuestión de técnica usar un cuerpo, a usar el alma he aprendido tarde y me lo echa a perder todo. Es sencillo manejar el cuerpo, no las ideas, los sentimientos y las esperanzas, es como pellizcar vidrio.

\* \* \*



Con los clientes de la señora Graciela sabía actuar, hasta que Alberto vino. Callar, entrecerrar los párpados sesgados y dejar caer la enagua negra poco a poco. A los hombres les gustaba su pecho firme y obscuro; la enagua se detenía un momento sobre sus caderas antes de rodar hasta el piso. Nada de palabras, nada de sentimientos, sólo unas leves náuseas.

Con Alberto se complicaban las cosas y los sentimientos tristes carecían de causa y de razón. Presagios de malestar, sobresaltos inútiles, escenas ridículas. Reacciones corrientes y humanas retorcidas. ¿Por qué? Por desahogar su congoja, para no estar tan sola, para alcanzarlo y vulnerarlo. Vulnerarlo.

Una vez quiso despertar sus celos, relatándole requerimientos de otros hombres y le pareció advertir en él una especie de alivio en vez de la esperada cólera. Devino más suave, bondadoso y comprensivo, otro ser: liviano, joven, irresponsable, posiblemente contento de no ser el único.

—Eres el hombre más duro y sin corazón que he conocido —dijo Alicia mientras escogía un plato en el menú—; sin embargo, sabes decir cosas que se me entran en el corazón y se acomodan allí solitas.

Sí, pero después, palabras y caricias quedaban entre ellos como un delito común. Destruir todo lo que pueda unirnos, parecía querer decir mientras fumaba nerviosamente después de haberle hecho el amor. Pensar que otros hombres en esos momentos se quedaban dormidos o miraban el techo como uno que hace la digestión en buena forma. ¿Por qué él había de ser distinto?

—Di qué deseas servirme —dijo Alberto, impaciente.

—Centollas, siempre que me aseguren que no son de tarro —respondió Alicia.

Una mañana calurosa de verano santiaguino; ¿serían de tarro las centollas? El muy sinvergüenza del mozo lo juró. Alicia esperaba que Alberto la invitara a la playa; en cambio se sacó la corbata y colgó la chaqueta en el respaldo de la silla.

—¿Me permites? —dijo cuando terminó de hacerlo.

—Un caballero no almuerza con una mujer en esa fachacha —respondió de mal talante.

—Estamos al aire libre...

Era indispensable destruir los fantasmas, aunque con los fantasmas se fueran los sueños.

—Si yo pudiera tenerlo entre mis manos... —se dijo con ira—, entonces sería bondadosa, lo querría, no sacaría ventaja...

—¿A quién? —preguntó Alberto, la vista fija en el jardín interno.

—A ti —gritó Alicia, y la rabia continuó enredándola.

Raúl estaba preso, "a la sombra", y lo peor de todo es que la había desilusionado. ¿No supo siempre que era un cobarde? Lo vistió de cualidades para poseer algo; él no tenía derecho a quitárselas. Sola con Alberto. Miró su perfil y le pareció firme.

—Es mejor que cualquiera...

—¿Ese también soy yo? —preguntó él con ironía.

—No te metas en mis pensamientos; no estoy hablando contigo.

—Baja la voz y no oiré lo que piensas.

—No quiero que representes tanto en mi vida —murmuró Alicia con calma—; quiero librarme de ti.

—Una buena dosis de problemas te entretiene.

—¿Y los sufrimientos?

—Yo no te hago sufrir, Alicia —dijo Alberto en voz baja—. ¿Qué más buscas. ¿Qué quieres?

—¿Sabes acaso tú lo que buscas?

—No, no lo sé.

—Pues yo sí... Librarme de ti, de mí, de todo. No quiero quererte, Alberto, eso es todo. —La expresión de él fue imprecisa. ¿Cómo vengar la humillación de pertenecerle sin recibir nada en cambio, es decir, nada importante?... Lo miró intensamente, como muy pocas veces lo había mirado, y Alberto cerró los ojos con fatiga—. Te odio, Alberto —murmuró—. No sabes cuánto te odio.

Alberto tomó su mano. Guardóla entre sus palmas —eran igualmente tibias y secas en invierno que en verano— y suspiró.

—Resulta que por quererte o por no quererte, te pasas fregándome —dijo con liviandad.

Se pusieron de pie, y salieron a la calle.

—Con un hombre basta el cuerpo, sobra el alma. —Ali-

cia se sintió elocuente. El motor del automóvil partió rugiendo suavemente en su jaula brillante. El ceño de Alberto empezó otra vez a endurecerse. Alicia miró la calle. Nada nuevo. Caminos mil veces recorridos.

—¿Adónde quieres ir? —preguntó él.

—Me es igual. —Aprovecharía su buena disposición para llevarla a casa y deshacerse de ella.

—Dime algún sitio que te guste. Que te guste especialmente.

—Alguno que no conozca, entonces; me encanta cambiar.

—¿Sabes, mujer? A veces temo quererte más de lo que desearía.

Como si cuerpo y alma se dieran la mano... El camino se borró tras una cortina de lágrimas.

\* \* \*

Ese día volvió a su departamento contenta. Se metió a la cama y apagó la luz. Por entre las persianas vino la calle a acompañarla. Temía ver llegar la mañana a diluir su contentamiento, como si la felicidad fuese patrimonio de otros. Se encaminó a la cocina a preparar un vaso de pernod. Todo estaba en su lugar y los muebles eran de lo mejor. Cabía mucho manteniéndola en orden: ollas, porcelanas y cristales y un espacio para las botellas de licor, siempre bien provista. Dio una mirada al *closet*: entre plásticos y naftalinas, estaba su capa de zorros. Era feliz.

Darí una recepción. Era agradable sentirse dueña de casa y ofrecer bandejas de galletas y aceitunas a sus huéspedes. Señora de su pequeño mundo. Entonces Alberto bebería whisky en un rincón y Alicia renovarí la humedad de sus labios y de su sonrisa frente a cada rostro, sintiendo en sus caderas angostas y redondas la mirada de alguno que venía a casa por primera vez. Un calor plácido se iría apoderando de ella al tenderse en el sofá, sabiendo que su cuerpo ejercía una mágica comunicación a través de la estancia. Era agradable recibir gente, tan agradable como ensayar su poder de atracción sobre los hombres.

Con los días y el transcurrir volvió el asco. ¿De qué? De todo. La tristeza apretó otra vez su estómago y paseó

por sus carnes. ¡Si pudiera amanecer distinta una mañana!  
¡Si no fuera tan largo y doloroso cambiar!

\* \* \*

La mirada del médico la conmovía. Caldeaba su sangre reconfortándola. Es algo firme y seguro el deseo de un hombre. Algo real y corto. El corredor estaba ya vacío y silencioso. Hora de siesta para los enfermos, de reunión para las enfermeras, mientras no lleguen nuevos... ¿Dónde se habría metido Luz en este momento, y la otra niña? Detuvo sus pasos un instante, la espalda hacia una puerta; llegaban las voces: "No se han producido vómitos"... Es necesario llevarlo a Santiago inmediatamente, la ambulancia viene en camino... La sala de hibernación... Cuidados apropiados".

Las voces no eran seguras. Tembló, apresurando el paso como si huyera de un peligro inminente: el deseo loco de entrar y besar una vez más ese rostro exhausto.

En la esquina encontró una fuente de soda abierta. Una pilsener helada le sentaría bien. Compró el diario por hacer algo, y cruzó las piernas bajo la mesa y comenzó a leer.

\* \* \*

—¿Tú no lees novelas? —preguntó a Alberto una vez.

—Tengo bastante con mis propios problemas para sumar los imaginarios. —Bebió en el fondo del vaso su descontento.

—¿Puedes decirme cuáles son esos problemas?

—Vivir, ¿te parece poco?, y soportarte.

—Déjame en paz por una vez. No te das mala vida que digamos. Todo te sale bien y no has tenido grandes luchas, ya que con casarte con una millonaria adelantaste bastante.

—¿Qué sabes tú, estúpida, de mi vida?

No fue la palabra estúpida la que molestó a Alicia, sino el tú. Un tú alusivo y excluyente. Si se creía experto en

herirla, algo había aprendido también de eso. Dominó su rabia y con voz contenida espetó:

—Sé de tu mujer. ¿Por quién? Por ti, y es cierto que soy una estúpida: tomo lo que ella desecha. —Alberto alzó el brazo iracundo y golpeó, pero el golpe, mal dirigido, cayó en el hombro de Alicia.

—Atrévete, cobarde —gritó—. Bien te habría hecho atreverte con ella también...

Su furia la hacía perder terreno. Lo comprendió cuando sus palabras fueron más fuertes que su voluntad.

Alberto parecía componer algo terrible con su garganta. Cambiaron de color las venas de su frente.

—Esto me pasa por discutir con una mujer de tu especie. —La hería con la distinción.

—¿Para qué entonces te acuestas conmigo?

—Es para lo único que sirves.

Daba poco perder la calma y el lenguaje. Alicia se dejó llevar por un delirio de insultos y frases deshilvanadas que aceleraron su sangre.

—¿O creías que era por amor?

Alberto sabía dirigir los dardos y dar fama era conservar distinción y elegancia. Se dejó caer en un sillón, secó su frente con un pañuelo de hilo immaculado. El abatimiento de su contrincante dio a Alicia nuevos bríos.

Algo haría en su contra. ¿Sucumbiría ella también en la venganza? Siempre de estar segura de sucumbir con él.

Alicia no era ingenua, sabía manejar hombres. Lidió con borrachos, con viciosos, avaros y con tímidos o inexpertos. También con sinvergüenzas simples como Raúl. "A cada uno lo suyo." ¿Cómo no aprendió a manejar a Alberto? "Qué más te da si le has sacado harta plata", dijo Raúl. Pero Raúl era un imbécil. Manejar es otra cosa. A uno que usa ropa fina, que guarda la calma, que hiere con silencios más que con palabras, que no se expone al ridículo, que aplasta con dinero y ante quien sus frases de dolor parecían deshechas, ineficaces y blandas..., es difícil.

En aquella ocasión, viéndose perdida, se dejó caer sobre la alfombra. Alberto sufría. Trató de llegar a ese dolor, de hacerlo suyo, y su ineficacia volvió a atormentarla.



—Claro, pues, mirarme en menos a mí. —Se sintió tonta y humillada. Llena de ira prosiguió—: No me contestas porque me miras en menos, no me insultas, no me pegas. ¿Por qué? —levantó la voz hasta el paroxismo—. ¿Qué te crees que soy? ¿Quién te crees que eres? Te respaldan muchas cosas, educación, dinero. Yo no tengo más que a mí, y me basto. —Flojos sus argumentos, escondió la cabeza entre los brazos—. Sabes, Alberto, que valgo más que tú. Soy más que tú y me odias.

—No te odio ni trato de compararme contigo.

Erraba el blanco. Gritó, impotente:

—Me necesitas, Alberto, di que me necesitas, porque necesitas cerca una mujer que...

—Basta —exclamó él, poniéndose de pie—, ya has hablado bastante.

—Habla tú, dime algo. —Lo miró suplicante desde el suelo.

—Me tienes cansado y tu postura es ridícula.

Alicia dio un salto y se agarró a él, sacudiéndolo con fuerza. Alberto se desconcertó, desconocía ese brillo en la mirada, ese temblor de los labios. Trató de no perder su calma.

—Estás empleando recursos de burdel —dijo con desprecio, pero sintió miedo.

—No me exasperes, mira que te puedo matar.

Alberto se echó hacia atrás. De tener Alicia un arma escondida, hubiese explotado mucho antes el juego. Volvió a sí mismo, seguro en sus juicios internos, en el frío análisis de los acontecimientos. La vio recurriendo a trucos folletinescos en un escenario de sedas brillantes y aire perfumado. De él dependía todo ese ambiente cuidadosamente logrado. La tenía en sus manos. Lo pensaría dos veces antes de matarlo, pero era una mujer absurda, en cierta forma desinteresada y capaz de muchas tonterías. Sacudió los hombros cansado de tan agotadora escena; otro la habría plantado, aquí mismo y en esa posición estúpida de víctima. No se animó a mirarla, pero estiró los músculos con indiferencia tan lejana como el entumecimiento.

—Eres malo —dijo ella. No lograba reaccionar. Se arras-

tró por la alfombra como perro maltratado y su masa de pelo oscuro en desorden dábale un aspecto mísero. Alberto le ofreció un cigarrillo que ella no tomó. Encendió el suyo al segundo intento. Aspiraba con excesiva ansiedad el humo. Alicia lo seguía inerte, esperando que el dolor volviera a agitarla—. Alberto —murmuró—, tiene que haber un mundo donde las cosas que aquí importan dejen de importar, tiene que haberlo, tiene... —suplicaba.

—Hemos terminado —dijo Alberto, dando una chupada al cigarrillo—. Creo que es lo mejor. Adiós, Alicia.

Se levantó ella como una leona, y agarrándose de su cuello lo ahogó en lágrimas, besos y gemidos. Escondió la cabeza entre su cuello y poco a poco los sollozos se fueron haciendo convulsos, como los de un niño. Las manos de Alberto caían paralelas a su cuerpo. No se movió.

—Te quiero tanto, Alberto, te quiero tanto —repetía ella como un eco, hasta que sintió que lentamente los brazos de él cobraban vida, se despegaban, subiendo lentamente hasta cubrir sus espaldas.

\* \* \*

Recordaba la escena: la sensación del que está solo, contra el mar, agarrado a una roca, ante las miradas ausentes de un grupo de veraneantes; que se sabe en una pesadilla, y que al despertar se encuentra protegida entre los brazos de su hombre.

“Debió bastarme... mientras duró.” Pero es que Alicia pensaba entonces que odio y amor eran distintos, fieles a sí mismos, simples. “El destruyó mi felicidad, destruyó mi paz.” “Hay algo más...” Era más fácil de lo que pensó, una venganza. No dependía de ella, de odio, ni de amor, ni del deseo ardiente de vulnerarlo; dependió de un minuto, una luz, un encuentro, una voluntad. Sintió que esa voluntad la abarcaba y que era impotente para luchar contra ella.

—Mucho más sencillo hubiera sido entregarse —murmuró desfallecida.

## 13

**L**UZ PENSO que el automóvil grande era más apropiado para caminos de campo; entonces recordó que del vehículo no quedaba nada y la sensación de que las cosas habían cambiado volvióse agobiadora. Otro problema: dar orden de recoger los despojos. "Es mejor un hombre para estas comisiones", y su hijo no venía. Trató de olvidar su falta de noticias: "¿Qué inconveniente habrá retenido a Albertito?" El administrador iría por los restos con el tractor. Quizás fuese necesaria una orden de Carabineros. "Es posible también que esté asegurado y que sea la Compañía la que deba encargarse. ¿Cómo no sé yo si Alberto aseguró el auto? Debí mencionarlo alguna vez. Quizás hay muchas cosas que no sé... Quizás..."

"Alguien tiene que saber esto del seguro, tal vez su secretaria". Tomó el teléfono y esperó la comunicación a Santiago.

\* \* \*

En casa de Eugenia el teléfono era blanco. Tomó ese fono albo y con cierto recelo marcó el número de la ofi-

cina de Alberto. La secretaria, una muchacha nueva y tímida, contestó:

—¿A estas horas trabajando, señorita? —exclamó Luz amablemente—. No permita que mi marido la explote. ¿Puedo hablar con él?

“Algo pava la secretaria, pero decente”, pensó.

La voz de Alberto fue seca al responder.

—¿No habrás olvidado que tenemos gente a comer?

—Sí, sí, ya sé, los de la Comedia Francesa. ¿No serán unos cómicos?

—¡Qué tontería!... Es gente que viene de París —respondió Luz, impaciente—; la actriz que trabaja Molière es *charmante*.

—¿Qué te parece que no vaya a comer? Tú me excusas, por favor.

—Como quieras, algunos hablan español.

—No es eso, pero creo que te gustará más estar sola.

Luz colgó aliviada. La ignorancia del francés cohibía a Alberto e invalidaba su hombría y seguridad haciéndolo tomar aires fatuos como un provinciano. Enviaría al chofer al Hotel Crillon en busca de sus invitados. ¿Qué vestido usar esa noche? Exploró la cuadra en busca de su coche. “Esto de que Alberto no ame lo francés... es una barrera más entre los dos.” ¿De qué color era? “Alberto cambia de automóvil como de traje; algún complejo de inferioridad, seguramente...” Lo encontró cerca de la esquina, demasiado largo y vistoso... “¡Cómo pueden gustarle los autos americanos!” La escena se repetía cada sábado cerca de las nueve frente a la casa de su amiga Eugenia.

A Eugenia se le había ocurrido la idea, y Luz se extrañó que no fuese suya: todos los sábados se reunía un grupo de gente selecta a escuchar las palabras de algún distinguido personaje. Podía llegar quien quisiera, más bien quien se atreviera, y todas las amigas gozaban cuando se dejaba caer allí un “tipo extraño” “de lo más interesante”, a quien nadie conocía. En una ocasión habló Luz sobre la *saison* de ballet en París y Eugenia lo hizo sobre las diferentes maneras de arreglar flores, aprovechando las de cada época. Otros lo hicieron sobre literatura indoameri-

cana, y no faltó quien se animara a hablar de política y de la influencia del desierto en la religiosidad de los pueblos.

Marcó esta vez para asegurarse de que todo marchaba bien en su casa. Antes de salir había dicho al mozo: "Coloque las *petites bouchées* en las bandejitas de plata, como siempre, cuidando de que no se enfríen ni resequen. No prepare cóctel, saque el jerez importado; a los extranjeros hay que ofrecer licores buenos; para un francés estas mezclas americanas son cosas de bárbaros. Trataré de volver a tiempo, pero si un invitado llega antes que yo, lo pasa al escritorio y le entrega las últimas revistas francesas."

\* \* \*

Acomodó las colas de sus martas cibelinas y el calor animal entró en ella. Sonrió generosamente: el recuerdo la rebasaba. El conferenciante de esta tarde, un político novel y entusiasta, la había mirado intensamente mientras hablaba. Se expresaba con sencillez y parecía dirigir a ella los finales de cada frase. "Contaré a Alberto lo que dije", frase fabricada antaño, cuando Alberto pasaba horas en casa y la oía con atención. Por el momento traía esa mirada, directa y exclusiva. Sintió una tristeza suya antigua e inexplicada: "¿Qué me falta?" Postergó otra vez el temor. Otras mujeres sin belleza, *charme* ni elegancia, sin su coquetería fabricada en Francia como sus modelos, manejaban hombres y eran amadas. Tuvo la certeza de llegar atrasada a todas las sensaciones. Su alma había muerto, falta de savia, de ardor. "No quiero llegar a vieja —pensó—, no puedo llegar a vieja sin conocer otras cosas, otros amores, otra vida, una locura he de hacer que me renueve. Mis sentimientos son idénticos y estancados. Debí separarme de Alberto antes, ahora es tarde." Se vio con arrugas y sonrisas placenteras; maquillaje y sonrisas adecuados a la hora y al día, como sus viajes y sus recepciones. Adaptadas a un molde, parte de su hueco: marido, hogar, empleadas, amistades, obras de caridad, abonos a conciertos, conferencias y *bridge*..., nada se desunía.



—Por favor, mi encantadora Luz, ayúdeme a atender a los artistas de la Comedia Francesa —había dicho el embajador de Francia besándole ambas manos—, quiero que conozcan lo mejor de Chile.

“Ojalá resulte gente culta que diferencie un gobelino auténtico de otro falso; que aprecie el valor de la porcelana de mi abuela y la tapicería hecha por *mademoiselle* un verano en San Juan de Luz. En tanto, Alberto comerá en el club con alguno de sus amigos de concreto armado. ¿Qué será de *mademoiselle*? Cómo gozaba que yo fuese una *petite* sin madre, enteramente en sus manos. Yo hice florecer sus manos, por mí no se secaron.” Cerró los ojos y pensó en su hijo.

Llegó a su casa. Manuela acapararía al conde italiano. Al paso destacó un retrato de Dalí con dedicatoria, para que, interrogada, pudiese responder con sencillez: “Pasábamos un verano en la Costa Brava cuando me presentaron a Dalí...” Sobre un entarimado de madera bruta colocó un boceto hecho por su hijo. Combinaba bien con el mármol florentino. “Albertito recibirá por su padre y lo hará mucho mejor. Que no se enamore de la *vedette*, es tan buen mozo y ella puede ser una arpía.”

Entró a su pieza: “No me gusta ver a mi hijo con mujeres así...” Cerró sobre su muñeca la pulsera de oro, regalo de su marido. Se miró al espejo y sonrió satisfecha. Anunciaron la llegada de Manuela y del conde.

—Que esperen —dijo secamente revisando su atavío. Con la cerradura de la puerta entre sus dedos, sintió otra vez esa falta, esa sequedad total de sus reservas. Alzó la frente. “Acarrearemos nuestra inercia hasta que hayamos muerto. Yo necesitaba un hombre que compartiera mis inquietudes, un hombre vibrante y con deseos de infinito.” Mientras descendía las escaleras alumbradas, cuidó que los pliegues de su vestido se mantuviesen perfectos, como su escote, su pecho y su peinado. Sonriente y juvenil atravesó el salón.

• \* \*

—¿Crees tú que Albertito sepa ya el accidente?

—preguntó Luz, instalada en el coche junto a la vieja *mama* de su marido.

—No debe saberlo... , no puede saberlo —respondió la anciana, y la madre no pudo agradecer la frase; la miró con ternura nueva.

—Es claro. Habría venido inmediatamente. —Cruzó el abrigo café sobre su cuello, pensando en cuánto daría por huir de sí misma, de todas esas revelaciones inverosímiles y de cuanto la rodeaba. Partir, no saber más de nadie ni de nada. La última vez que con Alberto planearon viaje a Europa, se disculpó él con los múltiples trabajos y compromisos pendientes.

\* \* \*

—Anda sola. Europa te renueva —habíale dicho él.

—Ya no —respondió Luz—. Si salgo de Chile, salgo conmigo a cuestras. Yo necesito cambiar de alma, no de aire.

—¿Quién no? —fue la respuesta.

\* \* \*

Le parecía ahora que fue ésa la última frase que oyó de su marido. ¿No hablaron después? Sí, pero quizás temas y momentos no volvieron a concordar. Si Alberto muere, le quedará esa frase, corta, intrascendente, inútil ya.

—Pero, hijita —oyó decir a la criada—. ¿Me perdona, señora, que hoy la llame así? —Luz sonrió, rozándole la mano: caricias lejanas, inconexas como el momento y ella. A esa hora la carretera estaba vacía y larga.

Carreras de árboles y postes la cruzan y acompañan. Un sol de septiembre, adormilado, también. Entraban al pueblo. La calle larga terminaba en plaza. Se detuvo el auto frente al hospital. Se detuvo el miedo.

—Buenos días, señorita Elena. Qué amabilidad la suya de haber venido —dijo Luz, pasándole la mano—. Qué desgracia tan grande. Pero verla a usted me reconforta. Tal vez a él le sucedería lo mismo.

Al ver a Elena sonrojándose, pensó: “Pobrecita, tan dije la muchacha y tan sin *élan*”... Metió los guantes dentro de su cartera y con movimientos automáticos acomodó la cama y las sillas. Volvió a la secretaria y con protectora sonrisa la abrazó.

—Precisamente, la estuve llamando...

La *mama* se había puesto de rodillas junto a la cama de Alberto, la mano de su “niño” inerte entre las suyas. Elena, incómoda, se acercó a la ventana, y Luz puso sus dedos sobre la frente de su marido. Una humedad fría penetró en ellos.

—Lo llevaremos pronto a Santiago. Ya he pedido la ambulancia del hospital de neurocirugía. Es un serio riesgo el que corremos, pero necesario. Es preciso operarlo antes de que pierda sus fuerzas.

—Una vez allá se sentirá usted más tranquila y él quedará en mejores manos.

—Carga sobre mí la responsabilidad —murmuró Luz quedamente—; soy muy sola, señorita Elena. —Sonrió con extremada dulzura.

—Sanará —dijo la criada con voz firme—. El Señor y la Virgen no permitirán nada malo. —Se echó a llorar y Luz tocó su hombro.

—Hemos sido una familia muy sana y no es mucho lo que entiendo a los médicos; emplean palabras terribles. Yo desearía saber qué tiene y qué puede sucederle. —El enfermo dió un gemido tan quedo que pareció venir de ultratumba. Se acercaron las tres mujeres, inquietas. El silencio volvió a cohibirlas—. Usted misma ve: Alberto apenas si se enfermaba, sólo de cuando en cuando un resfrío.

Alberto yacía en la misma posición en que lo dejara antes. Sólo la barba más crecida adelgazaba el rostro hasta hacerlo cadavérico; la palidez inmóvil provocaba extrañas sombras en sus mejillas.

—Su contextura robusta ayudará en este trance.

La antigua criada quiere traspasarle calor; su aliento se hace poco en las manos del hombre, pero el calor queda en ella.

—¿No sería bueno ir a buscar al señor cura? — dijo con timidez, y Elena se sonrojó otra vez—. Uno nunca sabe y una bendición no está de más, nos decía mi patrona, la mamá del caballero...

—No sea aspavientera, que me pone nerviosa.

—Créame que con los años he visto a mucho cristiano hasta resucitar de la muerte con la extremaunción.

—No se da cuenta de que está inconsciente, y que un sacerdote por él ya no puede nada... Bueno, haga lo que quiera, pero rápido.

Salió la mujer, y Elena encontró que llegaba el postergado momento de despedirse. No se atrevió a mirar por última vez a Alberto. Como si Luz pudiese interceptar esa mirada. Pero se arrancaron sus ojos y vio las manos de él sobre la sábana. Sus manos. Si pudiera tocarlas siquiera...

—¿No tendrá frío? —se excusó, y antes de que Luz tuviese tiempo de acercarse, tomó las manos cruzadas y las cobijó bajo la ropa.

**E**L CIELO empezaba a cubrirse de nubes y de presagios de lluvia. El corazón de Elena parecía estrellarse contra una jaula de huesos: el mundo se derrumbaba. Era una mano fría y ajena. “Ojalá se derrumbe pronto.”

—Es temprano todavía —dijo Patricio, separándose del hermano de Luz. Pero al verla pálida y temblorosa, se acercó a Elena—. Vamos cuando quiera.

—Patricio, debo confesarle una cosa. No puedo más. Fui a ver a la mujer muerta.

—No tenía para qué.

—Deseaba conocerla, comprender por qué... —Próxima a una crisis, lo miró suplicante—. No me atreví a mirarla. —Esa mujer terminaba con su fe; sin embargo, ese cuerpo de nadie hacía nacer su caridad. Quedaba la desesperación.

Inquieta, vio acercarse a Luz. Dieron una vuelta por el corredor. Exhausta, logró encontrar las palabras de despedida.

—Se ha armado otro lío —exclamó Patricio abriendo la puerta del auto—; el examen de alcoh-



lemia da bastantes grados de alcohol en la sangre de don Alberto. No es absoluto y a veces se equivocan, pero alimenta a las malas lenguas.

—¡Qué importa, ya todo da lo mismo! —replicó ella, precipitándose dentro del automóvil, temerosa de perder ese postrer refugio.

—Buen tipo el hermano de la señora, sin tantas pretensiones, pero esclavo de ella. Curiosa mujer. —El auto se puso en marcha. Lentamente el hospital se fue alejando—. ¡Pero, Elena, usted no puede más! —exclamó Patricio al verla—. ¿Qué le pasa? —Asustado se inclinó sobre ella para abrir la ventanilla.

—Es demasiado definitivo esto. —No aceptaba hechos sin remedio, hacía tanto tiempo que vivía a plazo—. No puedo respirar y eso me angustia. —El automóvil avanzaba con rapidez. Tragó aire.

Estar con Patricio era como encontrarse a solas consigo misma; sintióse agradablemente próxima al fin. El camino, la nada y su desesperación crecieron; puso la frente sobre el vidrio para aliviarse, dejando escapar algunos gemidos inconscientes. Estos se fueron haciendo convulsos, retenidos, rebalses de sollozos. Golpeó la cabeza contra el frío para volver a ser, y sus alardes la desahogaron. Al verla en aquel estado, presa quizás de una crisis nerviosa, pensó Patricio que a floraban años de pena contenida, y la dejó hacer. Guardó silencio, adolorido él también.

Cuando su emoción llegaba al paroxismo vio Elena venir un enorme autobús, que por pasar a un camión perdía la ruta. El miedo al choque real interrumpió su angustia sorda y vio la respuesta: la muerte, la inconsciencia..., ella también. Gemidos y estertores cedieron lugar al silencio luminoso, fatídico, concreto. Callaban. Miró el marcador: 95. Patricio se recuperaba de la maniobra. Elena llevó la mano a

la perilla de la puerta. ¡Abrirla! ¡Caer! Morir entre confusos cruces de vehículos en el camino angosto. ¡Qué fácil! El caos, el descalabro. El fin. Bajó brusca-mente la manilla y cerró los ojos. La puerta se abrió...

El auto se había detenido en la orilla del camino. Patricio tomaba su cabeza estrechándola contra su pecho. Entonces rompió a llorar. Un llanto de niño, como su posición; un llanto fuerte, creciente, puro, directo de dolor.

¿Cuánto rato lloró sobre la camisa de Patricio? Quedó mojada y él sonrió al comprobarlo. ¿Mucho, poco? Hasta que perdió lágrimas e intensidad. Continuó llorando, sin embargo, porque era difícil reconocer de repente que el dolor ya no es igual; puede otro creer que es por eso menor. Mantuvo la posición y el llanto. Además, no sabía cómo mirar a Patricio. Sintió vergüenza de haberlo empapado, sintió vergüenza de sus crisis y de su exageración, sintió vergüenza de su pena indebida, y el pudor levantóse ofendido, dispuesto a defender su alma, su amor y su soledad. "Demostrar que uno ama o sufre es como andar desnuda", pensó, corriéndose hacia la ventanilla. En silencio Patricio le ofrecía un cigarrillo.

—No fumo, gracias —dijo Elena, sonriendo—, pero lo haré para acompañarlo. —La frase estaba dicha. La sensación de sentirse protegida también. Todo había sido ya sentido y dicho, como si la vida fuese una repetición de escenas ensayadas ya en el subconsciente.

El automóvil se puso otra vez en movimiento.

—Un día dije a Dios: "Déjame, Señor, niégame tu luz por unas horas". Desde entonces me parece que no puedo rogar a Dios por mí.

—¿Cómo concilia usted su vida cristiana y los actos de cada día? —preguntó Patricio, ya en plena

marcha hacia Santiago—. No la juzgo, no conozco sus actos, es simplemente una pregunta que me preocupa.

—Si las creencias y la vida se conciliaran siempre, sería muy fácil...

—Sé que la pregunta es estúpida e indiscreta. ¿Hasta qué punto traicionamos nuestras creencias a todas horas del día? Miserables traiciones que Dios no tomará en cuenta, pero que nos acostumbran a conciliar, ¡profesoras de conciliación!, y cuando lo hemos aprendido, estamos tan mal y tan lejos, tan blandos y con la mira torcida, que difícilmente podemos apuntar el blanco. He pasado mi vida tratando de no conciliar.

—Yo lo aprendí con mucha facilidad —respondió Elena.

Había acomodado actos y creencias, y más tarde se habían debatido en incansable lucha.

—Al principio meditaba sobre los adulterios del corazón y un día los sentí meras palabras. Esperé entonces que Dios permitiría mi felicidad a cambio de tantas penas. Yo recibía y entregaba; un tráfico corriente a condiciones corrientes entre El y yo. —Su boca había quedado seca, las palabras salían con dificultad—. Pero El me perseguía... Yo no pedía nada más que me dejara con mi... No hacía mal a nadie.

—Es una trampa —reflexionó Patricio.

\* \* \*

Había sido dulce la trampa y agradable caer en ella. Una mañana al entrar al despacho de su jefe, Elena titubeaba.

—He decidido aumentarle el suelo —dijo Alberto secamente. En la oficina la trataba siempre en forma profesional.

—No me parece justo, señor —respondió Elena como si el señor mantuviera su determinación.

—Un amigo mío asegura que no hay dinero que pague a una buena secretaria —murmuró él sonriente—. No le digo quién es porque la admira mucho, y eso no me agrada. Dice que yo no sé apreciar el tesoro que tengo —la miró tiernamente—, que me saca usted de aprietos, me evita clavos, trabaja con entusiasmo y jamás está de mala cara. Yo no me había dado cuenta. ¿Será así? Ya ve, Elena, es por sus propios méritos que lo hago.

—Es la tercera vez en el año.

—Además, le confieso que tengo mucho miedo de que me levanten la secretaria. Póngalo en contabilidad y asunto concluido.

¿Empezaron entonces las conciliaciones? Aceptó el dinero porque en realidad era buena y eficiente secretaria; su familia vivía estrechamente, no se lo quitaba a nadie y la propia estimación a nadie más incumbía.

\* \* \*

—Es usted una persona pura.

—¿Cree usted? —Esa fe la renovaba. Patricio tomó su mano.

La soledad vuelve a penetrar en Elena y la mano sobre la suya es como un salvavidas. Todo se balancea, ella flota otra vez a la deriva.

\* \* \*

—¿Se acuerda, Elena, que me dijo una vez que carecemos de consistencia hasta tal punto que nos destruye o construye la idea que otro tenga de nosotros? —preguntó Alberto una tarde, cuando la acompañaba hasta su casa—. Yo nunca me siento mejor, más generoso, más grande, más hombre, que cuando estoy con usted. Sería una perfecta esposa. Cómo envidio al hombre que se casará con usted. Crea en él, Elena, y él tendrá que responder a esa fe. A su lado actúo mejor, y al actuar, soy mejor. Por lo menos, lo siento así.

—Es peligroso que nos encasillen.

—Uno se adapta al casillero, y si está mal encasillado hace falta mucha fuerza para salir.

—Y si está bien encasillada, hace falta humildad para no contentarse con eso.

—Sé cuál es su problema, pequeña —dijo suavemente y estrechó su mano—. Está en buen casillero y teme no merecerlo. Me hago cargo y lo siento.

Elena besó esas manos que pretendían sostener también su conciencia. Mientras estuviera en ellas nada podía sucederle.

\* \* \*

—Mire, Patricio... —sobre el parabrisas caían unas gotas de agua, pero al fondo de la recta se abría un espacio azul como si el sol socavara las nubes—. Me parece una ironía.

—¿Por qué no se ha casado? —preguntó Patricio indagando en su rostro.

—Tuve algunos amigos recién me salí del colegio. No sé qué pasó.

Sí sabe...; recuerda a uno que se llamaba Pepe.

\* \* \*

Una tarde que regresaba con su amigo Elena había tratado de despedirlo en la puerta, cuando apareció su padre. Saludó con un apretón de manos cordial instándolo a subir. Pepe pareció encantado y aceptó la invitación.

Subieron por la escalera sin luz:

—Estas criadas se olvidan siempre de encender la luz de la puerta —exclamó el padre. —Elena sabía que el descanso no tenía ampolleta.

La salita de recibo estaba tal como Elena lo presumía. Junto a la máquina de coser, un alto de sábanas recién parchadas.

—Las criadas son tan inútiles hoy día; no son capaces de guardar las cosas en su lugar. —Continuó el padre invitándolo con desenfado a tomar asiento.

“Mucho hace la pobre chiquilla con parchar las sábanas”, pensó Elena. El vacío del estómago se acentuó. ¿Es-



taría abierta su cama en el comedor? Cuando avisaron que estaba lista la comida, su padre introdujo a Pepe y allí estaba la cama abierta y la camisa de dormir con una tira floja de jersey celeste.

—Este sofá-cama debería abrirse sólo después de comida —dijo el padre y temblaban levemente los labios al sonreír—. Estas empleadas de hoy no son como las de mis tiempos. En casa de mi abuela había tal ejército de sirvientes...

¿Terminaría alguna vez la noche? La madre apareció en el comedor cuando ya iban a sentarse, con rostro cansado y mirada indiferente.

—No creo que esté presentable la comida —murmuró.

—Nunca falta en casa un plato de comida para un buen amigo —agregó el padre—. Vino, tráele vino al caballero.

Habló en exceso y la madre calló. Elena no pudo librarse de la estrechez en la cavidad del estómago.

—Ha de saber, amigo mío, que yo sé de comida. Mi abuela era una persona muy refinada en sus comidas y disponía maravillosamente. Y le advierto que estos tallarines están una porquería y la carne parece suela de zapatos. Me dirán que los carniceros son unos bandidos, pero el hecho es que cuando yo mismo voy a comprarla... No es precisamente dinero lo que falta, sino organización. Mi esposa es absolutamente incapaz de gobernar una casa; tiene otras condiciones, por cierto. —Sorprendió la mirada de reproche de Elena y prosiguió—: Y esta hija mía que usted ve ahí, como una mosquita muerta, no sirve tampoco para nada útil fuera de pasarse el día callejeando. Entre otras cosas le ha dado por buscar trabajo... pobre pequeña.

Desde su lugar la madre lo miraba inquieta, tratando de intercalar alguna frase de interés general. Pepe observaba a cada uno y Elena era incapaz de demostrar una cálida alegría. Todos enredaban sus ojos en los conchos de vino y las manchas grasientas en el mantel.

—En esta casa un hombre es mártir de la flojera de estas dos mujeres. —Comprendió que ambas lo juzgaban y eso él no lo permitía—. Usted las ve a las dos tan señoras como incapaces. —Había que salvar su orgullo.

“Destruir todo con tal de atravesar ileso su humillación”, y a Elena le fue súbitamente claro que su padre em-

pezaba ahora la segunda etapa de aniquilación; después de la madre, le llegaba el turno.

—Yo fui empleado de la Compañía, la que después de reconocer mis espléndidos servicios me otorgó una jubilación, porque mi salud se había resentido. Puedo por fin vivir de mis rentas y gozar de los derechos de todo caballero: la paz y la cultura... Pero entre estas dos...

Cuando la empleada anunció que no había postre, Elena volvió en sí: el caos total. Más serena explicó:

—Esta casa está patas arriba porque esperamos la llegada de mi hermano. ¿Lo conoce? Mi hermano Gonzalo es el lujo de la familia, un hombre que sabe vivir, sin trabas ni reglamentos, sin comedias para ensalzar ni pretextos para humillar. Un hombre como es, no aparenta ni construye con despojos ajenos, seguro de sí y de su lugar. —En el colegio le dio fama su dialéctica, pero sintió que sus manos transpiraban inconclusas como sus ideas—. Mi hermano es un poeta. Me gustaría ser poeta. ¿Y a usted, Pepe? El se llevó la poesía, dejándonos a nosotros la prosa. Algún día se lo presentaré. ¿No quieren levantarse para salir de aquí?

Nunca más vio a Pepe. ¿Volvió a llamarla? Posiblemente sí, pero sin insistencia.

\* \* \*

Miró a Patricio. La carretera corría contra ellos a la misma velocidad del auto. Su rostro firme y afeitado le recordó a otro. Se sintió desleal por tener vida, por tragar espacio y sol y maldijo un recuerdo que así la aprisionaba. Estaba viva y libre. Deseaba sentirlo así.

“El sí que se mantuvo libre. Buscó la vida a su manera, disimulando, engañando, convenciéndome que necesitaba de mí. Su libertad me libera, pero mi libertad me duele.”

—¿Qué sentirá una persona cuando ya no siente? —preguntó—. No puede uno pasar de la vida a la muerte sin saberlo, como a traición. Me gustaría un poco de antesala para hacerme a la idea. Para depurarme de toda esta tierra.

EN LA calle de pueblo sus tacones altos oscilan sobre las piedras. Está extenuada y no sabe por qué; nunca supo distinguir la angustia. "Estos sentimientos inútiles me están arruinando." Sintió unos deseos locos de escupir sobre la vereda. "No hay como tenderse de espaldas y fumar, las ideas salen con el humo, como él se deforman." Era agradable ver a Alberto recorrer el cuarto a largos pasos, encolerizándose sobre lo que dijo y sobre lo que calló. Era feliz entonces, pero tampoco había sabido distinguir la felicidad.

Llegó a la plaza del pueblo. El hospital atrás, como un oasis. Botó un cigarrillo a medio fumar y esta vez sí que escupió sobre el prado, para expeler sus pensamientos.

—El muy idiota se deja morir con ella. ¿Todos los cuerpos se pondrán blancos? Que *ésa* era puta no me lo quita nadie. ¿Por qué no yo? —Tomó asiento en un banco.

Colocó el abrigo sobre sus rodillas. Una brisa helada venía por la calle principal. Estaba frente a la iglesia. Sus puertas batieron tras una mujer. "Ahí no

debe haber viento”, pensó encaminándose allá. Alicia observó la nave pavimentada en madera y baldosas. A ambos lados hermosas imágenes de santos adornaban el recinto como una procesión pintada. Miró a su alrededor con inquietud y tomó asiento en el último banco. Le parecía estar en una boda a la que no fue invitada.

“Bonito lugar éste. Bonito y quieto. Quizás demasiado quieto para mi gusto.” Dos rayos de sol se cruzaban sobre los bancos aletargando su entusiasmo. Luces cortadas en los vitrales. Observó las coronaciones de estuco en las arcadas.

Del presbiterio salía un sacerdote, avanzó por la nave central. Alicia habría deseado esconderse; sin embargo, se adelantó.

—Padre —dijo—, ¿dónde puedo encender velas para un muerto?

—Cómpralas en la sacristía y puede encenderlas ahí, pero no se lo aconsejo; mejor sería rezar una oración por esa alma —respondió el sacerdote, y Alicia hizo una venia incómoda y deshabituada.

—Es que una amiga mía se ha muerto —parecía excusar su ignorancia y su presencia. El padre sonrió interesado. Abarcándola como el médico legista; pero su expresión era otra.

—¿No sería mejor, hijita, mandar decir una misa por el descanso de su alma?

—¿Una misa por ésa? ¿Cree usted que se podrá?

—¿Por qué no? La misa es nuestro sacrificio, de Jesucristo y de nosotros. —Su tono era amistoso y sencillo.

—Sí, sí, puede ser. Cómo decirle, pero ella . . . , no le sé el nombre. —Alicia miró al sacerdote, suplicante.

—Eso es ya más complicado —sonrió maliciosamente y palmoteó su hombro—. No se preocupe, ma-

ñana a primera hora tengo tiempo. Yo mismo diré la misa y puedo explicarle al Señor de quién se trata. ¿Cómo puedo describírsela?

—Murió anoche en el camino a Melipilla, viajaba con... —la voz se hizo tan leve que apenas llegó hasta el padre. Alicia se animó como si dispusiera sus propias exequias—. Dígame, padrecito, ¿puede decirle mejor una misa solemne?, ¿con de todo? Si es por el dinero, no se apure, yo puedo pagarla. —Sonrió ante la idea de la sorpresa que recibiría en el otro mundo la amante de Alberto al verse así agasajada.

—Está bien, no es mucho dinero, me ocuparé. Trataré de que no se equivoque el Padre Eterno. Entran tantas cada noche. —Cuando se disponía a alejarse, Alicia lo retuvo insegura.

—Padre —vaciló—, ¿puedo prender una vela por una persona viva, entonces?

—Sí, claro, Dios verá su fervor, pero es mejor rezar, poner algo de alma. —Una mujer aguardaba cerca de la sacristía; el padre se adelantó—. Recé por los vivos y por los muertos. Dios la escucha siempre; recé también por usted misma. —Sonrió mientras se alejaba—. La oración obliga a Dios.

Alicia lo miró con tristeza; encantaba la alegría fácil de las pupilas de ese hombre. Dio una vuelta por la iglesia. “Debo averiguar dónde venden velas.” No era cómodo hincarse antes de salir, los tirantes de las medias no daban más y un par de medias en estos tiempos... Su genuflexión fue tambaleante y encontró de repente, tras la columna, el rostro angustiado de una mujer.

—Tiene que apurarse, padrecito —la oyó exclamar—. Está grave el niño, es decir, el caballero.

Era inútil librarse. “Todos tienen sus penas, y



las de uno sólo parecen más grandes porque son de uno", pensó Alicia saliendo a la plaza.

Pasó otra vez —la última— por la puerta del hospital. Las ventanas gemelas daban calor e igualdad al muro. Frente a la puerta esperaba una ambulancia blanca. Al verla su corazón dejó de latir, pero un autobús Melipilla-Santiago se detuvo en la esquina. Corrió a tomarlo, los tacones altos golpeando el pavimento. El chofer la vio venir y esperó, apreciando sus piernas mientras ascendía. Un hombre de barba le hizo sitio a su lado y el conductor guiñó un ojo. Al fin quieta, instalada cerca de la ventanilla, sintió el motor rugir mientras encontraba, orgulloso, la carretera pavimentada.

Desde el asiento delantero sobresalía la cabeza de un niño. La enfocaba fríamente, inmutables y serenos los ojos sobre el rostro de Alicia. La mirada le pareció vidriosa y el niño mal nutrido. Volvió al camino. Le gustaba ver cruzar los vehículos rápidamente, como si tuvieran urgencia en llegar a alguna parte o de perderse a sus espaldas tragados por la carretera misma.

El niño y sus ojos insistentes la molestaron. Sonrió para terminar con él y volver a sí misma.

\* \* \*

"Es el colmo", se repetía impaciente Alicia, paseándose por su pieza. La capa de zorros deslizóse de la cama y se enroscó en la alfombra. Bien podía la cosa tener su lado bueno: un problema nuevo y concreto que solucionar, un cambio en sus preocupaciones. . . "¡Qué hacer, Dios Santo!" Por lo menos la desesperación esta era conocida, con nombre, causa y final, y hasta más llevadera que esa desazón profunda de los últimos tiempos, que amilanaba su espíritu desorientando todo esfuerzo.

Salió a la calle. En un salón cercano pidió un café.

“Bien cargadito, por favor.” Bebía con lentitud, tratando de respirar a fondo entre cada sorbo.

“Para todo el mundo es una complicación, pero para mí... es el colmo.” Dejóse llevar por una sensación nueva y blanda de bienestar. Reprimió por costumbre el gesto de cólera. Quería detener su desesperanza, y al escapársele venía una especie de paz que no buscaba.

“¡Esperar una guagua yo, es mi ruina! Trabajo, futuro, amarras. Mi ruina definitiva.”

Diría a Alberto: “No es cosa del otro mundo, después de todo. Siete meses pasan volando y no soy tan miserable como para no poder criarla. Todas las demás mujeres pueden, no he de ser yo menos... Debe ser divertido, también, un niño”. Se encontró dividida: defender y atacar. Ambos argumentos igualmente fuertes. Llevaría a su niño a pasar las vacaciones en casa de su madrastra. ¿Qué sería de la casa, del corredor y de aquella avenida de álamos? La vieja debía sentirse muy sola y quizás no fuese tan mala más que en su recuerdo. La mujer del mayor-domo podría cuidarlo a ciertas horas: “Fíjate, Alberto, que es una mujer gorda, llena de críos que viven como por milagro. Nunca supe de ninguno que resbalara por la escalera o lo aplastase un ascensor”. Pensaba también, y con orgullo, cuán hermoso podía resultar un hijo de Alberto, sano y bien nacido, no el lastre de un cualquiera.

“Pero en este mundo los niños no tienen hueco —agregó molesta de su debilidad—; bien que se jodan los grandes, pero los pobrecitos no.”

Volvió a sentirse fuerte, llena de energías para protegerlo, concedora de la vida: “A mi niño no lo pasará a llevar nadie, crecerá contento. No le ha de faltar nada”. “Qué manera de idealizarlos, son fregados, llorones y cochinos. La vida se hace imposible con el desorden, el lavado y el trabajo. Tan tranquila que estaba yo y venir a caer en esto.”

Cuando se lo dijo, Alberto levantó la vista y en los ojos de Alicia vio que no bromeaba. Pareció anonadado, temblaban sus labios y las palabras salieron breves y opacas.

—No es posible..., tú sabes, Alicia, que es imposible.

Ella asintió. Mas le habría quedado eternamente agradecida si hubiese exclamado: "Ya nos arreglaremos".

—Tienes que tomar alguna medida. Y de este asunto no se habla más —replicó Alberto, y nunca lo sintió tan lejano.

—Es la cosa más importante que me sucede y tú decides que no se hable más —murmuró Alicia débilmente.

—Haz el favor de no molestarme, tengo bastante con mis propios problemas.

—¿Con quién quieres que hable entonces? —vociferó Alicia—, te importan tus puros problemas, ¿y éste no lo es?

—No tengo ninguna seguridad.

—Desgraciado.

Alberto perdió el control de sus nervios, exasperado aún; pero tratando de reponerse dijo:

—¿Quieres decirme qué esperas? —bajó la voz—. ¿Que cargue yo con un hijo? ¿No tengo demasiado con uno? ¿Que me ponga al alcance de tu mano por el resto de mi vida? Lo agradable de mis relaciones contigo era lo fugaz. Nos unía la falta de amarras. Si quieres pescarme ahora, te vas al diablo, que para imbécil no estoy.

—¡Qué tanto te da si yo cargo con la guagua!..., sólo te pido que me ayudes un poco.

Alberto se acercó a ella y le habló lentamente, como para asegurarse de ser bien entendido:

—Quiero que mis cosas, buenas o malas, terminen en mí. ¿Me oyes? No podría soportar la idea de saber a un hijo mío dando vueltas por el mundo sin saber qué le pasa, si es feliz o desgraciado. No podría tampoco soportarlo en poder tuyo, aunque estoy seguro de que serías una buena madre.

—Bueno, entonces lo ves de cuando en cuando y te preocupas de su educación. —Alicia pareció cansada.

—No quiero lazos que no pueda cortar. Es una razón poderosa, me parece.

—Poderosa, pero imposible. ¿Crees tú que pedimos la vida por catálogo?

Dio algunos pasos por la habitación, y cuando volvió a mirarla parecía haber envejecido: un hombre derrotado. Alicia sintió pena de sus espaldas por primera vez marchitas, siguió su vista fija en los techos de zinc de los

edificios más bajos. Se acercó a él. Vio paredes de barro semiderrumbadas en el centro de la ciudad. ¿Cómo imaginarse que algo tan natural pesara tanto sobre un hombre como Alberto?

—Soy el tipo de hombre que no deja huellas —dijo como para sí mismo. Nunca se lo habría dicho a nadie, con Alicia no importaba abrirse.

—Siempre se deja alguna.

—Yo no. Cuando yo muera habré dejado de existir.

—Como todos.

—¿Crees tú? Como todos...

Alicia creyó ver lágrimas en sus ojos, pero Alberto se volvía iracundo de su pasada muestra de debilidad.

—Poco me importa que tengas hijos, si te gustan —dijo—, pero no quiero que sean míos. Búscate otro que te sirva. —Desde la puerta volvió a insistir—: No quiero tener un hijo mío.

\* \* \*

Entraron por un pasadizo estrecho.

Era una casa de un piso en el barrio bajo de Santiago. Frente a ellos apareció el patio con macetas de cardenales resecos. Una mujer gorda con los cabellos brillantes y estirados la tomó de la mano con ternura, guiándola por el patio tras la palmera central. Entró al dormitorio lleno del más variado mobiliario: roperos, cortinas divisorias entre las camas y pisos de totora para las piernas. Una muchacha acercó el jarro de fierro enlozado blanco, mientras la vieja gritaba que el agua había hervido. Alicia se detuvo cerca de la ventana; tras el patio, en la salita con muebles forrados en brocados y cuadros pendientes de gran altura, Alberto se paseaba cabizbajo.

La mujer, con sonrisa estirada como su piel, la hizo tenderse en la cama, sobre un recorte de lienzo muy lavado. Alicia enterró la cabeza en la colcha donde se entrelazaban guirnaldas celestes y hojas verdes. La mujer era experta, sus manos hacían danzar lenguas violáceas en el lavatorio portátil y eficiente —así se lo aseguró su prima, a quien pidió una buena dirección; es claro que en casa de la señora Graciela sabían de muchas, pero no pensaba enterarla de sus asuntos personales—; volvióse a

indicarle que se pusiera de pie. La pieza olía a alcohol y fuego.

—Queda mejor acostadita así —dijo con ternura profesional—, a lo ancho de la cama, con las piernas apoyadas en el piso.

Alicia tomó la posición indicada, el pelo contra la muralla. Sobre el piso descansaban también los flecos de un choapino. La vieja depositó la tetera de agua hervida; la gorda hurgó en el armario, luego en el agua, hasta tener reunidos los instrumentos necesarios. Concentró la cabeza entre las piernas de Alicia. ¿Qué hacer? Vaciar los ojos en el ropero entreabierto: se confundían las ropas y tientos blancos: vasijas, agua y acero.

Alberto había sido gentil al acompañarla. ¿O fue por desconfianza? El, la mujer, la palmera, sombras inconsistentes.

—Huela este algodoncito y se sentirá bien. —El olor a éter la sobrecogió—. Manéjelo usted misma. De a poquitito, así... , así... No se me mueva, no se me ponga nerviosa. —La voz se alejaba. Quiso toser, se perdió la tos y el pecho volvió a ahogarse—. De a poquitito. Así... , así... , así...

Alberto se alejaba. También el niño. Se alejaban todos. Así... , así... Las voces. Un niño sano y hermoso, una compañía para su vejez, un cambio en su vida. Uno cualquiera que no se va. "Sabe Dios si después de esto no voy a volver a sentir nada." "Capaz que deje de ser una mujer verdadera. Capaz..." Se hacían lejanas las palabras, los temores, las ideas y el ropero entreabierto; quedaba sí la angustia, quedaba también el ahogo.

—No se me mueva, no se me ponga nerviosita... Así. Aspire.

Quiso gritar, llamar a Alberto, pero sus palabras salieron muertas o no las oyó: "Estoy muerta y nadie se da cuenta, pero yo estoy muerta". Hacer las cosas para alguien. Ser importante para alguien; su importancia se alejaba de ella; quedó un dolor. Oyó un grito, no supo si salía de ella o a ella llegaba. La vieja le tocó la frente, la gorda acarició sus manos. Las mujeres herían con bondad.

—Tranquilita... Tranquilita... —Arrastraba las síla-



bas, como si todo no se arrastrase de sí. Los potes de cardenales ballaban, la palmera también, y la mujer la hacía abrir las piernas. Libre de amarras..., libre de vivir y morir a su antojo. Libre también de Alberto.

—Ya pasó todo.

Pasó todo. ¿Todo es qué? Si en ese momento acababa de llegar y no hace un instante que se ha recostado... Levantábanla para acomodarla ahora a lo largo de la cama. Cabían sus piernas sobre el acolchado de guirnaldas. La vieja sostenía una taza de café humeante. La gorda envolvía el recorte de lienzo. Alberto tomó su mano. ¡Cómo, si hace un instante lo vio pasearse por la salita! Rechazó la taza, agradeció el contacto. Volvió el rostro hacia la pared. Nada la unía a él, pero era agradable el calor de su mano. Trató de apretársela, el movimiento no respondió. El porvenir no existe. Todo es silencio y presente. Invocó a la Virgen —¿dejó en la casa la reliquia?— y cerró los ojos.

\* \* \*

Lo único importante es dormir. Comprende que ha muerto. Empiezan a llegar voces. Un brusco frenar de ruedas la incorpora. El autobús ha entrado a la ciudad.

Alicia repasó su maquillaje antes de apearse; la señora y el niño descendían con ella. El pequeño no le quitaba los ojos de encima, y como se había acostumbrado a verla, sonrió con una mueca ridícula. Por fin llegó a su departamento. Como navío a puerto. Todo estaba en su sitio. La inspección le pareció triste y ajena, como una despedida. Lanzó la cartera sobre la cama y se acercó al teléfono. Sintió frío en la espalda. ¿Y si apareciera Raúl? Desde esta mañana parece haber adquirido bríos.

Un cuerpo desnudo sobre una mesa la persigue. El olor a éter también. La mujer tenía un hilo de

sangre coagulada sobre el muslo; la gorda se lavaba las manos con alcohol. Así terminará ella. ¿Cuándo? Da igual. Esa mujer se le ha adelantado. En Alberto y en la muerte.

Bajo la puerta encontró el sobre. Lentamente lo abrió. Hacía tiempo lo esperaba. Con los ojos oscurecidos de rabia y llanto leyó el contenido: antes de un mes debía abandonar el departamento.

No recordaba ya el número del teléfono. Tanto tiempo que no llamaba. Casi cuatro años.

—Soy yo, señora Graciela, ¿que ya no me conoce?

—¡Alicita, por Dios, cómo no la voy a conocer!

—La voz era tierna, como la de la gorda.

—¿Cómo están todas por allá?

—Muy bien, algunas se han ido, otras no, como siempre.

—¿Muchos casamientos?

—Sí, algunos, y todas con gente de lo mejor, como a mí me gusta. Pero me parece que hace tiempo que no la veo. ¿Cuándo fue la última vez?

—Aquí en mi departamento, cuando lo estrené. ¿Se acuerda de la linda fiesta que les di a las chiquillas? —Aseguró Alicia con su voz que pareció entera—. ¿Y los amigos?, ¿alguno se acuerda de mí?

—Claro que sí, Alicita, a usted no se la olvida. ¿Se acuerda del abogado ese que la pretendía? Pregunta siempre por usted. ¿Cuándo da una vueltecita por aquí? La juventud es una, hay que hacer de ella su capital. Ya sé que está muy bien puesta, pero una nunca sabe... —La señora Graciela era bondadosa y atinada. Alicia se animó—. Apenas me pregunten por usted, la llamo. ¿Estará en su casa? Déme su número...

Cuando colgó, estaba más ágil, joven otra vez y

nueva. Pronta a volver a empezar. Tomó la carta de la administración del edificio y la echó al basurero. ¿Los muertos sentirán frío? Se metió a la cama para dormir una tardía siesta. "No será ahora tan fácil." Ha perdido la costumbre y hasta el atrevimiento. ¿Qué sentirán los muertos? Bagatelas. ¿Qué ha cambiado verdaderamente? Puede acostarse ahora con cualquiera. Alberto, después Raúl... Nada ha cambiado. Sólo Alberto es otro. No puede ya destruirla ni darle esperanzas. Ni Alicia, ni Raúl, ni la señora Graciela, ni la elegante casa de Vicuña Mackenna, ni su piel oscura, ni el corte oriental de su mirada. Sólo Alberto y quizás... su propia alma. Nadie puede ya nada por ella, ni contra ella. Siente ganas de reír. Nada ha cambiado. Sólo Alberto, el más fuerte, el que disponía de la vida, del dinero y del acontecer.

"Raúl anda igualmente engominado que antes de entrar a la cárcel; la voz de la señora Graciela es la misma; los sentimientos comienzan a dormirse como antes..." Bajo las sábanas tanteó su cuerpo joven y experto. Ahora, como antes... ¿Cómo antes?

CUANDO introducían a su marido en la camilla, tan indiferente la piel al contacto, al aire y a las voces, Luz pensó que principiaba el fin. Dio una buena propina al portero y sonrió dulcemente a la enfermera: algo grave tiene que operarse para que devenga eso un hombre que entraba al baño cantando un aria de *Rigoletto* en forma tan estridente que obligaba a Luz a cerrar las ventanas hacia el jardín para no imponer al vecindario de los gustos musicales de su marido. No es el mismo. ¿Pueden ciertas células al desordenarse operar el cambio total? Sigue con la mirada el ritmo en las manos de los camilleros y siente en la suya el dolor de la cabeza herida y dañada de Alberto al ser levantado para introducirlo en la ambulancia. Su propio cerebro se desplaza al ver partir el vehículo. Su cráneo se conmueve al paso del camino de tierra a la carretera.

Ya dentro del auto quiso volver al cuerpo propio. Estaba exhausta. Un autobús Melipilla-Santiago obligó al chofer a frenar sobresaltando más sus ner-

vios y tras una maniobra se introdujo entre Luz y la ambulancia. Pensó en su hijo.

“¿Dónde estará este niño? Le dejé recado en la casa. ¿No ha vuelto o permaneció indiferente?” Perdidó su norte, cualquier cosa puede ser o no ser; si bases tan sólidamente construidas se desploman, puede todo carecer de cimientos. Y si su vida entera es relativa, entonces ¿cómo vivir, dónde apoyarse? Sin embargo, un día supo a ciencia cierta sus deseos y pensamientos. ¿Qué la ha hecho perder su seguridad? No, no puede haberse equivocado tanto. Era entero el juicio con que contempló la tenacidad cándida de Alberto. Entero también fue su desprecio.

\* \* \*

Esperaba figurar en la política como justa coronación a una fortuna sólida, a un empuje consciente y a una posición social honrada. Necesitaba, además, brillo y poder. “Cuando los deseos tienen nombre, es cuestión de empuje”, decía Luz, invitando a casa personajes importantes que pudiesen resultar “una buena conexión”. Un día la familia vio segura la cartera de Ministro. Algunos políticos apartaron el nombre de Alberto Palma para formar un Gabinete técnico, ya que el Presidente de la República tenía por él gran estimación.

La casa vivió un día de trance. Dejaban el asiento cada vez que sonaba el teléfono para tomar el fono. Mas, antes de contestar, Alberto vacilaba —no debía demostrar apresuramiento—, llamando a quien se encontrase cerca: “Contesta tú, y di que no sabes si estoy en casa, que vas a ver, pero no olvides de preguntar de parte de quién llaman”. Si en medio de tal ajetreo se cortaba la comunicación, Alberto, encolerizado, se convencía de que era ése el llamado definitivo.

—Volverán a llamar si es importante —decía Luz.

—Una combinación falla por un minuto, por el más mínimo detalle de oportunidad.

Llegaron sus amigos a la hora del cóctel y Luz estaba



intranquila. No dejaba de seducirla la importancia que adquiriría ella ante sus amistades si era señora de un Ministro y cómo luciría en su casa cada objeto fino traído de Italia, pero se distraía explorando cada impresión en el rostro de su marido.

—Conque tenemos Ministro en casa —dijo alguien, y Alberto alzó los hombros con indiferencia.

—Palabras, puras palabras, sólo me lo han insinuado como posibilidad y consultado en principio. —Comenzaba a servir el whisky—. Además, no creo que sería conveniente para mí. Tengo muchas cosas entre manos.

—No seas imbécil; tienes una obligación de patriotismo; es preciso que hombres como tú colaboren con el Gobierno para bien del país.

—Hay muchos niños para el trompo y son importantes mi carrera y el dinero que una aventura así me costaría.

—Ganas en cambio prestigio y la oportunidad de poner en práctica ciertas ideas que has venido elaborando a través de años.

—Sí, es cierto. Se hacen tantas estupideces. Es claro que igual dirán cuando las haga yo. Es un trabajo ingrato.

—Un hombre preparado y de empuje como tú es lo que necesitamos.

—Aunque me cueste dejar tantas cosas, le respondí al que me sondeó que estoy dispuesto. Hacen falta iniciativa, autoridad, o simplemente conocimientos en la materia, para poder borrar el lastre de gobiernos anteriores. Estamos aburridos de ministros improvisados.

Mientras conversaban sonó la campanilla del teléfono en el escritorio, los oídos angustiados de Alberto siguieron los pasos de la empleada que acudió a contestar; trató al tiempo de continuar hablando, pero Luz vio sus manos traspasar sobre el sofá. Habría asegurado que más tarde, cuando las visitas se marcharon, Alberto, impaciente, fue a verificar si funcionaba el aparato telefónico.

\* \* \*

¡Pobre Alberto! Luz se comprendió vacía, algo se secaba en ella, informe, desorientada, y súbitamente con deseos de ser libre, sola, capacitada aún para em-

pezar una vida diferente. Miró a la *mama*, que en silencio, a su lado, parecía rezar.

Rezar era sencillo, Luz lo hizo desde su más tierna infancia. Cuando era pequeña su madre la enseñó a dormirse con las manos juntas. La costumbre persistió, y más tarde, muchos años más tarde, sintió que Alberto la despertaba en medio de la noche, cubriéndola de besos. “Duermes con las manos juntas —dijo—; pareces mientras duermes otra persona, suave, dócil, entregada.”

No era lo difícil rezar, decir palabras hermosas y consoladoras cada noche, buscar el sueño en ellas. Tampoco costaba unir los pensamientos: la oración brota sola en ciertas noches tristes, y Dios no es necesario a nuestra tranquilidad. “El problema está en otra parte, quizás en distinguir qué se quiere de nosotros, en no torcernos, en no cerrarnos.”

—¿Qué crees tú que es lo más importante? —preguntó para sí misma, ya que no era la *mama*, vieja e ignorante criada, versada en metafísica.

—Ser muy buena cristiana...

—Ya lo sé, y cumplir los mandamientos y entregarse en manos de Dios. Pero...

—Es difícil, señora, así tan de repente, poco sé yo, pero digo que así como hay que poner semilla para tener trigo, pienso para mí, así debemos servir a los demás para que nos sirvan.

Luz sonrió. La palabra servir era antigua, pasada de moda, personas modestas hacían de ella una religión: “¿Se sirve la señora?” “Por servicio, señorita...” Era una palabra ridícula. Sin embargo, el diccionario daba al verbo servir más espacio que a sabiduría, creación, amor, inquietud, filosofía, etc. “Es una palabra simple, entera”, pensó Luz, por primera vez interesada en analizarla. Dice todo, o por lo me-

nos, mucho. El diccionario la toma, la explica, la prolonga: servicio, servicial, servible; la corta, la ahoga: servil, servidumbre; la acepta como empleo, sujeción, aprovechamiento, asistencia. Puede ser también: rendir culto, querer, valer, cortejar, gustar, ser útil, dar.

Miró a la anciana, perpleja; había encontrado una palabra que le serviría: servir.

La ambulancia continuaba avanzando, su lentitud impuesta al tráfico total. "Me he negado a servir —pensó Luz, divertida ante el insólito mandamiento—. Servir: la palabra es grande y la idea de haber podido servir a Alberto es encantadora." Se sintió incómoda. Una mujer atrayente con la que todo el mundo se encontró siempre a gusto, interesante, amena, culta, que evitaba mezclar a sus conversaciones temas triviales y problemas comunes, que manejaba una sociedad selecta y vestía en París. "Alberto me admiraba. Siempre me demostró admiración. Era justo si uno piensa cuánto le aporté a su vida. ¿Qué sería de él ahora, casado con una compañera de la universidad o una muchacha buena y modesta?" Temía la respuesta. "Pensándolo bien, era el tipo de hombre que se siente mejor con una mujer tonta e intrascendente; le da más seguridad una mujer que lo respete, lo admire y lo sirva." Una mujer femenina, se excusaría él, es estimulante; una mujer que entrega, aunque posea poco, hace sentir deseos de entregarle también. Es claro que una vez lo dijo, pero Luz interpretó sus quejas como el deseo innato de dominio del macho español a la antigua, que no acepta en la mujer otro papel que el de su sujeción. "No somos de la misma pasta —se dijo—, ahora y siempre lo he comprendido."

¿Qué sentirá una mujer libre? Había perdido ya

sus mejores años, pero aún es joven, pronta otra vez a ensayar sus alas. "Y si Alberto se muere..." "Mi matrimonio fue una gran equivocación, lo supe siempre, pero no imaginé haberme equivocado tanto." Cerró los ojos, porque era preciso borrar la imagen de una mujer muerta.

Libre. La palabra, como la sensación, era deshabituada. Le pareció descubrir, al fondo de un cajón, algo largo tiempo olvidado que no echó de menos ni quiso, pero que al encontrarlo la llena de emoción. Independencia guardada y olvidada. Se siente vibrante. Libre de amar, de ir hacia cualquier sitio, de cambiarse de casa, de renovar los muebles, de conocer íntimamente a otro hombre. ¿Se lo impidió Alberto? No, pero consumió sus deseos, empobreció su sensibilidad. Mató la imaginación. Todavía es fuerte y bella, capaz de intensidad y fineza.

Se sobresaltó al ver detenerse la ambulancia que llevaba a su marido. El médico bajaba apresuradamente del pescante. Su pensamiento fue más veloz que las ruedas de su coche al detenerse. ¿Una respuesta a sus deseos? ¿Alberto ya ha muerto? ¡Qué horror! Pero no puede ser tan sencillo, no es sólo cuestión de desear... ¿Pueden muerte y libertad depender de un vehículo, de un camino, de un movimiento cerebral? Su corazón se angustia hasta creer que también está muerta. Descendió del automóvil, corrió al furgón blanco detenido a metros de ella. Vio a la *mama* pálida, embarazada, agobiada, sin saber salir por esa puerta estrecha, y como si su movimiento la redimiera, volvió hacia ella y la ayudó a bajar tomándola de la mano.

Alberto se movía. Luz reconoció su voz y se abalanzó sobre él con desesperación inaudita. Escondió el rostro entre las sábanas y quiso transmitir su alien-

to. Alberto, agitado, daba vueltas la cabeza y convulsivos movimientos salían de su garganta confundiendo arcadas y palabras. Por primera vez dejaba de ser una momia de carne. Podía oírsele murmurar ciertas frases inconexas, su angustia preguntaba, suplicaba respuesta. Y Luz, que en ese instante, por verlo vivo habría dejado arrancarse la vida, volvió a cerrarse. Las cejas de su esposo eran dos interrogantes que recortaban su ímpetu. Su voz volvió a ser dura al responder:

—Está mejor, no te preocupes —porque no se atrevió a decirle, como fue su deseo: está muerta, definitiva y blancamente muerta.

Alberto no pareció comprender. Continuó inquieto hasta que el médico terminó de colocar una inyección.

La ambulancia reanudó la marcha, el automóvil también. Como dos motores sonámbulos.

—Si vive, será un milagro —decía la anciana sin aliento.

“Si un milagro puede producirse en los huesos y masas cerebrales... , si Alberto vuelve, ¿por qué no yo.” Comenzar otra vez. La perspectiva era excitante. Comenzar cada mañana, eso es vivir. Alberto vivía.

Por lo menos fue capaz de amar, de sentir placer. Nunca hubiera pensado antes que su marido fuese infiel, nunca pensó mucho en los sentimientos de él, los dio por fabricados, sin repararlos después. ¿Qué hacía? ¿Dónde se encontraban? ¿Qué sitios frecuentó? Por primera vez se lo pregunta y recurre a la palabra vieja de una mujer vieja.

Deseaba una respuesta total, buscándola en sí y en sus recuerdos. ¿Qué es estar viva? Tenderse. “Todo nace de una tensión.” Heráclito, Suiza, su juventud. Es chocar con el aire, con la aglomeración y el



ambiente, con la paz y con la soledad. Es buscar, inquietarse; es la reacción ante el choque, es la respuesta sincera a la inquietud, es el movimiento hacia una meta. Es el dolor, es la esperanza y es también la desesperanza. "Eso de *servir* es demasiado sencillo para servirme de respuesta."

"Mientras me desespere porque el día amaneció nublado o me caliente la vista del sol, mientras otra vez me sienta dichosa porque llueve y molesta ante el calor de sol, vivo. El tiempo permanece, soy yo quien cambia. Amamos una boca que sonrío y odiamos el gesto de una mano, para amar después la mano que hace el mismo gesto y odiar la boca que sonrío igual."

Debió hablar así en la tertulia de Eugenia, habría hecho sensación y poesía. "Yo pongo amor y odio, la mano y la boca permanecen." Un día la enterneció la inseguridad de un hombre a quien podía servir de madre y mantener siempre cerca de sí, y cuando, como dueña, leyó en él, deseó con toda el alma a un hombre a quien servir de amante. "El cambio se operó en mí, no en él." Su agitación volvió a desesperarla. Llevando las manos a la frente, trató de obstruir una visión de horror. "Ya no vibro. Alberto se muere y no sé qué siento."

Vuelve la palabra a herirla. "No sirvo, no he servido." Porque servir es tenderse; mano, cuerpo, corazón, entrega... Sintió el alma quebrada, sin esperanza, muerta.

\* \* \*

Pero ya había sentido eso antes. ¿Cuándo fue? Le molestaba la música que Alberto oía. Era una tarde de primavera y la brisa entibiaba las mejillas. Tras una larga y complicada instalación, el High Fidelity, recién llegado de los Estados Unidos y que acaparaba lugar, tiempo y entusiasmo de Alberto y de su hermano, estuvo por fin en su sitio. Su combinación de parlantes y amplificadores, úl-

timo adelanto norteamericano y primero en llegar a Chile, los fascinaba. Febrilmente ordenaron discos, seleccionando varios años de esfuerzos en un horrible armario, en el que "esperamos que tú no meterás mano". Verdi, Strauss y Brahms eran los más selectos, pero había cientos de canciones de moda. "Gusto de Alberto."

—La discoteca es el hombre —exclamó cerrando la puerta de su dormitorio, pero los amplificadores se adentraron por las rendijas. Enfrentaría a esos dos hombres con Albertito esa noche a la hora de la comida, para que éste les diera una lección de buen gusto y cultura musical. Cuando los ecos de "El Último Cuplé" tomaron los ámbitos de su casa, Luz salió a la calle. Caminó al azar y el frescor fue agradable a su piel. "Antes que Alberto absorbiera lo mejor de mí..." Lo había dicho tantas veces. No era fácil cortar. El frío la hizo levantar las solapas de su vestido ajustado y liviano. Caminó sin rumbo. "Mientras sea tiempo. Después, para volver, necesitaré respiración artificial." La calle le parecía demasiado oscura y la brisa se tornaba inhóspita. Pensó en regresar. "Hablaré a Alberto esta noche."

Focos de vehículos cruzaron su rostro, rayándolo antes de desaparecer. La cinta de asfalto cambiaba de posición bajo las ruedas, y los focos interrumpían un brillo azulado. Cruzó los brazos sobre el pecho, luego cubrió sus hombros con las manos. Un automóvil muy largo y brillante se detuvo junto a ella. Quejéronse las llantas y oyó una voz que le hablaba. Volvió Luz el rostro interrogante y dijo cortésmente:

—Perdóneme, ¿se le ofrecía algo? —En París los extranjeros solían acercarse en demanda de algún dato o dirección.

—¿Cómo es posible que una mujer tan linda ande sola? Súbase, por favor, y la llevaré a donde guste. —La insinuante voz la avergonzó más que las palabras. Sonrojada aún, apretó el paso.

Sentíase desnuda ante las miradas de un cualquiera... Hablarle a ella de ese modo. Un roto, seguramente, en el automóvil de su patrón. Al verlo desaparecer, Luz respiró aliviada. No tenía costumbre de andar sola a pie,

había oscurecido y faltaban cuadras para llegar a la casa. Nuevamente el vehículo estuvo a su lado. Intimidábala. No se atrevió a mirar, pero disminuyó la marcha. “¡Qué paciencia! No debo dar a ese estúpido la impresión de que me doy cuenta de su presencia.” Sus pasos adquirieron elasticidad.

—¡Qué preciosa! Me gustaría verla más de cerca. No se apure tanto —decía la voz en la obscuridad en líneas de la calle. Luz alentó el paso.

Continuaron andando juntos. Para cruzar sería preciso detenerse y enfrentarlo. Tuvo miedo y anduvo algunos metros tratando de decidirse. El vería de cerca las arrugas de sus ojos. ¿La tomaba por una muchacha? El automóvil se detuvo para cederle el paso y Luz miró al ocupante. Le pareció de buen tipo, quizás un extranjero en primera generación.

—No se ofenderá, señorita, que insista, pero no veo por qué no sube. ¿Sabe? Parece en este instante una visión. —Sonreía. Más bien... debía ser un muchacho en son de aventura. No le faltaba encanto a su juventud abierta.

“No tiene tacto ni educación este pobre niño”, pensó Luz, y su paso adquirió donaire nuevo. Se sintió liviana, sin trabas, como una chiquilla en vacaciones, lejos de su casa y de su ambiente. Sonrió, y sus ojos azules, bajo la luz indirecta de la avenida, adquirieron tono violeta. Algunas cuadras más lejos vio que el auto la esperaba, cuando ya sentía pena de haberlo perdido de vista. Le interceptó el paso cuando quiso cruzar la bocacalle. El conductor hablaba con desenvoltura.

—¡Qué desconfiada es! —Luz tuvo que detenerse a un paso del muchacho y aceptar su sonrisa—. ¿No cree en el amor a primera vista? Ya le vi los ojos, era lo que quería...

Luz sonrió divertida y se sintió bien interpretada por él. “Es atrayente —pensó sin dejar de mirarlo—, y se ve muy joven... Haberle caído en gracia yo...”

—¿Se decide por fin? —guíabala a responder con la mirada—, conversaremos largamente. Podría resultar una aventura maravillosa. ¿O le tiene miedo a lo maravilloso?

Sintiendo que desperdiciaba el momento, volvió a em-

prender la marcha. El insistía en sus argumentaciones y la voz entraba en ella y en la callejuela. Cuando se alejaba, oyó alejarse el motor y su aventura.

Llegó a la casa. Alberto leía el diario bajo la lámpara del escritorio. Levantó los ojos y preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Nada, ¿por qué?

—No sé, te noto rara. —Volvió al periódico.

—Será que por primera vez me miras... —murmuró ella suavemente y sintió su cuerpo vaporizarse.

—No creas.

Tomó asiento a su lado, sintiendo que el vapor que salía de ella llenaba la estancia. ¿Lo tocaría a él? Sí, Alberto dobló su diario.

—Estás muy buena moza —murmuró como tratando de adivinarla—. Tus ojos están húmedos como si hubieras tomado. —Luz entrecerró los párpados para conservar la humedad—. ¿Te tomaste un trago en alguna parte? No me parece muy tuyo. No puedo imaginarte borracha o desmedida. —Se puso de pie y su risa fue balsamo alegre y resbaladizo.

—Sin embargo, me siento embriagada. El frío de la tarde, tal vez. ¿Sabes? Me siento distinta, joven, capaz de algo. No sé cómo explicártelo. Siempre he temido perder la juventud, más que por la fealdad misma, por el fin que significa, porque ya no queda entonces la ilusión de que con el tiempo haremos grandes cosas... Hoy me parece que la primavera hubiera entrado en mis nervios.

La sensación llegaba a la sangre, rebasaba su piel. Vio a Alberto a su lado. La mano acariciando sus cabellos. La besó en las mejillas.

—Hace mucho tiempo que no me besabas —dijo.

—Te beso todos los días.

—Es cierto. ¿Tienes algo que hacer esta noche? —indagó temerosa en el rostro de su marido. Pero aunque pareciale ridícula una aventura sentimental con Alberto, sintió deseos de intentarla.

—Tenía que salir. No es importante... Si te sientes mal...

—Nunca me había sentido mejor. —Se acercó a él—. ¿Me convidas a comer a alguna parte?

—Se come tan bien aquí en la casa; pero como tú quieras. —Alberto la miraba asombrado.

—Vuelo a arreglarme. ¿Qué vestido te gustaría que me pusiera? —Su irradiación lo tomó.

—Cualquiera, te ves bien siempre.

Luz subió corriendo las escaleras. La ilusión corría tras ella. “¿Cómo es posible que una mujer tan linda ande sola...?”



**L**A OFICINA de don Alberto Palma aguarda.

Frente a su mesa de trabajo cada uno hace esfuerzos por concentrarse. Agotaron los comentarios y las hipótesis del cómo y el por qué del terrible accidente, la posición del vehículo, la del camión, representados por cajas de fósforos, y en el papel se ha rayado el camino y el encuentro. El señor Castillo enmienda ciertas cifras y los signos se pierden en cuadrículados. Un ingeniero observa y asiente con los párpados, el dibujante esgrime su regla de T y regatea la pluma, ayer certera y triunfante en sus líneas negras. El mozo espera órdenes cerca de la puerta, los ojos fijos en una fotografía del diario de la tarde. El dedo se detiene sobre el montón de fierros brillantes, pero también él, como el fotógrafo, se concentra en la mujer muerta, escombros ella también parte de la tierra misma.

Esperaban un signo, quizás la campanilla del teléfono, que definiera la sensación de cada uno.

Frente al escritorio, Elena refrenó su mente, que no se apartaba de la ambulancia y del camino. Su dolor ha ido perdiendo pureza y la decisión empezaba a gestarse en ella. Llamar a Dios en su ayuda. No se atrevía ahora. Alberto estaba herido y Elena no era parte de nada. ¿A quién acudir? Su hermano Gonzalo no vino esa Navidad a la casa y sólo llegaron sus tarjetas llenas de promesas. Destruyó el último

mito. Hizo total el vacío. Mejor así. Destruído todo para poder destruirse. Ya ha sentido ese deseo, le vino muchas veces en los últimos años. Huir. Huyó una vez sin encontrar adonde ir. Vagó algunas horas, y, ya extenuada y con remordimientos, entró como por costumbre a la iglesia. Una pequeña luz anunciaba la presencia del sacerdote en el confesionario.

¿Cómo se halló hincada entre la madera y la columna? Sus palabras fueron reflejas, ajenas a su voluntad. Antes de comprometer su conciencia, se lamentó. Resultó más fácil de lo que pensara. Si los sentimientos tienen a veces palabras que los explican, también tienen palabras que los crean. Y lo que para Elena era una montaña, para el anciano sacerdote era la vida; estaba acostumbrado a que los hombres vivan aplastados por montañas y se extrañen después de no ser capaces de levantarse.

Elena oyó explicar la esperanza, evitar la palabra felicidad y ensalzar el sacrificio como instrumento de depuración y ascenso. El sacrificio basado en decisiones heroicas. Heroísmo aquel que no se gasta en batallas definitivas, sino en una batalla diaria y sin final.

En su propia batalla, diaria y sin final, resultaba vencida.

—Es lo único bueno mío —resumió—, y es más grande que yo misma; no puede ser malo, porque es grande. —Su voz comenzó a alterarse—. No es justo, padre, que si Dios me ama se obstine en mezquinarme todo. Cuando siento que por fin soy alguien, que tengo piel y ojos, pensamientos y recuerdos, que soy importante, emponzoña El mi grandeza mostrándome que nada soy. —Su angustia era tal que el sacerdote guardó silencio.

—Estamos en un valle de lágrimas, hija querida —adelantó, mientras oraba—. Yo soy ya viejo, y podría decirle que aquellos que no las derraman no son los más felices; no se escapan del dolor, lo postergan. El dolor no puede postergarse porque pierde el sentido inmediato para el que fue destinado.

—Y ese sentido he de dárselo yo. ¿Por qué yo? Porque no me lo dan claramente.

—Todos los hombres son como niños... No quieren que

Dios se entrometa en su vida y quieren su Saber. Hay que despejar el alma para que entre el Entendimiento.

—Pero El es Dios y yo no.

—Por eso mismo se las arreglará con usted, a pesar de todo. No se oponga. Bienaventurados los hombres de Buena Voluntad.

Más tarde recordó otras palabras del sacerdote que parecían dichas por Alberto. Sonrió aliviada: "Su corazón, hija mía, no está hecho del mármol del altar mayor; se hizo para amar y para entregarse".

"Se las arreglará". ¿De qué manera?... ¿Aniquilando a Alberto? ¿Demostrándole que él amaba a otra? No quería esa ayuda a costa de otra, a costa de sí misma. Sin ánimo de lucha comprendía que sólo le quedaba esa ayuda impuesta, dura, arbitraria.

"No se oponga..." Su propia salvación no valía la vida de Alberto. Luchaba aún deseando, sin embargo, entregarse y respirar por fin. Como si en esos brazos hubiese una cuna. Todo giraba hasta la desproporción. La angustia se hacía inconmensurable como su desesperanza. "No he logrado ser heroica en las diarias batallas sin final y me enfrentan a la definitiva." Alberto viajaba con una mujer y rompió los lazos. Sin embargo, Elena lo sintió tan cerca en el pequeño hotel de Talcahuano.

El amor de Elena y Alberto se consumó una noche en un pequeño hotel cercano al puerto. La unión de sus dos almas los hizo sentirse partes desde largo tiempo y comprender que el recuerdo de esas horas duraría siempre. Nació el entendimiento. No fue necesario mezclar carne y sangre, apenas si se tocaron las manos, mas la espera y el temblor fueron infinitos. No precisó el sacrificio de una virginidad, la paciencia rompió a la desesperación, la angustia de Elena y la bondad de Alberto se cruzaron. La unión fue perfecta.

¿Renunciar ahora?

Al llegar a su casa un día a la hora de almuerzo, Elena encontró a su padre en la escalera. No había estado allí todo el tiempo, pero, al sentirla venir, fue preciso exagerar la espera y la ansiedad. Parecía satisfecho de aniquilarla con la noticia, satisfecho también de que algo ocu-

riese en sus días. Agotada la actitud de alarma, gastado él mismo por su emoción, al ver a su hija ya agobiada, se creyó en el deber de verter algunas lágrimas.

—Ya te lo decía yo. ¿Tú no te das cuenta nunca de nada? Es lo que sacas con vivir en el limbo. No eres más que una egoísta. —Se quebró la voz en su propia desgracia—. Veremos cómo te las arreglas ahora, ¿qué vas a hacer? —Se irguió sano y joven—. A ti ya no te importan tus padres. No sirves para nada. ¿Qué significa un par de viejos para la niña...? —Le emocionaron sus palabras, saboreó su abandono—. Tenía que suceder, ya te lo había predicho. No me dirás que no te lo advertí, pero te has acostumbrado a no hacerme caso; es claro..., ¿qué le importan a la señorita las palabras de su padre? Ahora lo ves; así termina una mujer que le da por la extravagancia.

Tenía que destruir esa segura y hermosa voz varonil. Elena no titubeó:

—Es lástima que en esta casa no haya un hombre —dijo, pasando por su lado con desprecio.

Se acercó al teléfono, no logró coger el fono, su garganta apretada destruyó un sollozo. La lengua parecía pegarse al paladar. Cerca de la puerta la criada espiaba el desenlace y la expresión en la cara de la señorita.

—¿Qué irá a pasar, Jesús? —Sacaba ruidos de sus costuras.

—Explicame las cosas con calma —rogó Elena a su padre.

—Anoche tu mamá no llegó a la casa. Es una mañosa que llega a encerrarse a la pieza y vuelve a salir a largas caminatas; nadie se dio cuenta. Además, tú te has fijado que come de pasada, sin sentarse a la mesa, la mayor parte de las veces. Yo comí solo —la miró de soslayo y agregó con bríos: ¿Me vas a decir que no entraste a darle las buenas noches? Eres muy buena hija.

—Siempre lo hago. Yo le dije a ella que comería donde una amiga e iríamos al biógrafo. Cuando llegué, la casa estaba tan silenciosa que temí despertarla. Esta mañana salí tempranísimo y tampoco sentí ruido en su pieza... —¡Cómo un detalle puede convertirse en un crimen! Ele-

na marcaba números, al fin contestó la Comisaría—. ¿No has averiguado nada mientras tanto?

Después de algunas indagaciones de rutina, le indicaron que fuera a dar los datos personalmente a la policía y a las radios. Cogió su cartera y salió. Al llegar a la esquina la alcanzó su padre, vestía correctamente, bien puesto su sombrero enhuinchado y la corbata gris a escamas.

—No puedes presentarte sola ante esos facinerosos de la policía —dijo—. Para eso tienes padre.

Larga fue la antesala y muchos los formularios con datos personales de la mujer desaparecida que debieron llenar. Ya de vuelta en la casa, se aquietaron los relojes y las horas con sus minutos parecieron dormir sobre la esfera. Sus palabras a Patricio anunciándole que no podría ir a la oficina, palabras absurdas, como las conversaciones con agentes y locutores y los muchos anuncios de pistas falsas, parecieronle un desfile de pesadilla, pegajosa y atroz.

Cuando empezaba a oscurecer se le impuso que había sido encontrada en el puerto de Talcahuano una mujer desconocida, proveniente de Santiago en el tren de la mañana, que respondía más o menos a las señas. Agregó el empleado que era preciso que alguien fuera a reconocerla, ya que la persona en cuestión se negaba a hablar y no poseía papeles de identificación; sólo un bolso con poco dinero y un abrigo gris.

Preparó su maleta, algunas prendas indispensables y tomó el nocturno a Talcahuano. ¿Por qué? Debió consultar antes de partir. Su familia...; pero se distanciaba de ella y la juzgaba. A Alberto, con su buen criterio, eficiencia y ayuda, jamás lo mezclaría a sus problemas familiares. Su madre estaba trastornada y lo más importante era traerla a la casa. "Antes de que ocurra una desgracia —se repetía, y la amenaza horrible que durante meses comprimió el subconsciente de Elena tomó forma—. Puede matarse." Sollozó.

Llegó a Talcahuano en una mañana de sol, el frío viento arremolinaba a su paso los abrigos de los viajeros al salir de la estación terminal de ferrocarriles. Más allá,



enormes canastos de peces y cajones de mariscos entraban a frigorífico antes de ser embarcados. El mar apareció gris y sucio golpeando las quillas en el apostadero.

Caminó hasta el puesto de policía local. Tras informarse varias veces en el camino, se encontró frente al oficial de turno que la recibía cortésmente. Hablaba rápido y de cosas sin importancia para cruzar con palabras la turbación: una señora de aspecto distinguido, toda una dama, no había más que verla a pesar del descuido en su vestuario, había llegado en el tren de la mañana anterior. Interrogados más tarde el jefe de estación y testigos, aseguraron que venía de Santiago. Algunos estibadores repararon en ella; permaneció muchas horas sentada en un banco del muelle. En la tarde, esto lo declaró una vecina, comentaron dos comadres la actitud extraña de esa mujer que se paseaba por la avenida cerca del mar, con ojos extraviados. Una aseguró que esperaba el momento oportuno para suicidarse, por lo que decidieron dar parte a la policía. Los carabineros se acercaron a ella y respetuosamente la instaron a seguirlos. No opuso resistencia, y en el cuartel se la interrogó; pero en vano, no respondía. Entonces se comunicaron con Santiago.

—Se la ha tratado convenientemente —agregó el oficial—. La instalamos en la mejor forma posible hasta la llegada suya, se le ofreció de comer, pero rehusó tomar alimento; sin embargo, más tarde pudimos comprobar que había sacado pan de la bandeja. —Carraspeó buscando la voz. Los carabineros subalternos bajaron la vista—. Pero resulta, señorita, que, por un descuido que será sancionado en debida forma apenas se termine el sumario ya iniciado, resulta... que, dada la tranquilidad inofensiva de su señora madre, la dejaron un momento sola... y al volver... había desaparecido.

Elena lanzó un grito. Exánime, dejóse caer sobre una silla. Cierta estaba ahora de que su madre no sería encontrada.

El oficial hizo traerle un vaso de agua y trató de tranquilizarla con argumentos profundos sobre la psicología de la desesperación, que aseguró haber estudiado a fondo en la Escuela, ya que era un conocimiento indispen-

sable en el papel que le tocaba a menudo desempeñar. La acompañó al hotel más cercano, donde esperar noticias que él tendría el placer de comunicarle personalmente a la brevedad posible. Pareció a la joven que la soledad del puerto es sólo comparable a la soledad de una ciudad inmensa. Así era la suya, de mar más que de ciudad, infinita, extendida, sin interrupción ni para el horizonte.

Los hombres caminaban como extranjeros, como si permanentemente esperasen la llegada de un barco para acortar la jornada. La pobreza de los alrededores, en medio de la cual se erguían como fantasmas construcciones posteriores al terremoto, adormeció sus propias inquietudes. Fantasmas sin color, tarde inmensa de agua, soledad poblada de lanchones, tomaron en Elena un vaivén de espera. Todo le pareció deforme, disminuido o exagerado, como sus sensaciones.

Se sentó en el *hall* del hotel. De cuando en cuando la regenta, al dejar su mesón para dirigirse a algún punto, interrumpía la preocupación precisa en su rostro para dirigir a la pobre niña una sonrisa amistosa. A su lado, de pie junto al sillón de terciopelo azul rey, un *valet* de levita vestido en bronce ofrecía muy erguido el cenicero redondo. Tambaleábase cada vez que alguien bajaba la escalera y al recuperar el equilibrio volvía a erguirse orgulloso con su ofrenda brillante.

La espera se prolongaba; la dueña de casa ofreció a Elena un caldito, y con más ánimos pidió ésta que le mostraran el baño para arreglarse. Las visitas del oficial de Carabineros espaciaron después de mediodía. Para acortar la tarde salió a caminar. La hora del té la sorprendió cerca de un lugar donde expendían aguas gaseosas; pidió un sandwich; tragó sin hambre la marraqueta de pan con un poco de queso y mantequilla, la vista fija en el mar, queriendo traspasar su secreto y su silencio. Al volver al hotel se perdió en un laberinto de calles desconocidas y buscó de nuevo el mar para seguir su orilla hasta el puerto. Tras el agua, le parecía, peregrinaba el recuerdo de su madre. Calcó sus pasos deseosa de llegar a ella en la soledad total de la costanera, imagen suya y de sus soportes. El recuerdo de Gonzalo terminó de quebrarse all-

viándola de su existencia y de su esperanza. Sobre pedazos de presencias rotas llegó al hotel, y el agua y el vaivén de los barcos permanecieron cerrados a sus preguntas. Otra vez en la salita de entrada, cerró los ojos. El edificio estrecho y bajo, cielo, mar y terciopelo azul cedieron. Para agarrarse abrió los ojos y vio a Alberto. Su vigorosa silueta obstruía la puerta. No pudo nada. El abría los brazos. Refugiada en ellos, todo pareció real.

Alberto imponía rumbos, los acontecimientos no se dispersaban en sus manos, las cosas tomaban camino, llegaban a fin.

Le pareció ahora que su madre estaba viva, que era tiempo aún de acariciarla, cuidarla, dedicarle devoción y horas. Inmovilizó sus pulmones en los brazos de Alberto para no interrumpirse. Cuando respiró, éstos se llenaron de aire y energía nuevos.

—Mi pobrecita —repetía Alberto, tratando de tomar en sus manos la angustia de ella—, ya la encontraremos, no debe preocuparse más. ¿Cómo se le pudo ocurrir venir sola? ¡Qué locura no consultar antes! Cuando supe la noticia, hablé a un agente de Investigaciones. Nos vinimos en el avión de un buen amigo mío que tenía algo que hacer en Huachipato. Qué escándalo he hecho. Verá usted si ahora no se agotan buscando a su mamá.

No importaban las palabras, esa voz bastó para inspirarle confianza, en el acontecer adquiría Elena un lugar determinado.

La espera se reanudó igual y diferente. Comieron y caminaron por la playa, y el anochecer exaltó la belleza de las aguas sucias, el abandono profundo de los barcos viejos que proyectan sombras espectrales y el atractivo negro de las quillas embreadas.

Ya en el hotel tomaron una pieza más confortable. Elena se acomodó en el sofá, mientras Alberto recorría con pasos preocupados la habitación. Sobre el brazo del sillón, un cenicero redondo dejaba caer sus extremidades con dos pesos colgantes. “Cómo no se los roban”, pensó, y Alberto le ofreció un cigarrillo.

—No fumo, gracias, aunque lo haré para acompañarlo

—dijo suavemente, y él se burló de su inhabilidad para aspirar el humo.

La paz era total alrededor de ellos, consumieron sus cigarrillos en silencio. Elena se quedó dormida. Al despertar le pareció que habían pasado años y que, desde siempre, la presencia de Alberto protegía su sueño. Sobre sus piernas había colocado un chal de viaje y envuelto sus pies sobre el cojín.

En avión volvieron a Santiago. Traían a su madre muy quieta en el asiento posterior. Dejó hacer cuanto los demás quisieron, desde tomarla por los brazos y arrastrarla fuera de la roca aislada donde yacía después de la medianoche. Se dejó guiar primero por los policías, luego por el médico local y por la voz autoritaria de Alberto. Consintió en subir al avión, desvinculada aún del mundo de los seres vivientes. No hizo un ruido, no articuló una sílaba, inerte contempló a su hija y parpadeó mientras ésta la besaba. Ya en ruta hacia la capital, despertó de su letargo mirando hacia abajo con temor. Parecieron distenderse sus nervios al encontrarse en lugar tan extraño y aflojarse su sensibilidad al sentir la mano de su hija. Empezó a llorar en silencio.

—Mamacita... —gemía la muchacha, pero fueron las palabras de Alberto las que la distrajeron.

Al separarse, cerca del mediodía en el aeródromo, Alberto agradeció a su amigo tan cordial ayuda y gentileza, pero éste bajó la voz al responder:

—Me parece que va a ser necesario internarla, por lo menos hasta que pase esta crisis; el médico ese que te recomendé prescribirá el tratamiento adecuado. Puede recuperarse. A mí me preocupa más la chica. —Le hizo un guiño malicioso y sonriente y continuó—: Es importante evitar que todo el peso caiga sobre la niña. Ella es la que más necesita cuidado. —Palmoteó tiernamente el hombro de Alberto y agitando una mano subió a su automóvil.

Elena sonrió al escuchar sus últimas palabras; nunca se había sentido más serena, preocupada pero serena, llena de energías para enfrentar el caos. "Es preciso destruir todo, provocar el caos, dar sentido a la locura y encontrar algún día la necesidad de renacer", se había dicho tanto.

Se irguió como si todos sus órganos hubiesen adquirido un movimiento determinado, y su sangre y pensamientos mantuviesen el ritmo adecuado y caminasen a un fin.

¿Olvido? ¿Renuncia? ¿Acción heroica? No era fácil.

¿Cómo olvidar ese regreso, en que luego de sobrevolar la ciudad de Concepción tomaron una ruta sobre cerros manchados de tierra erosionada y roja, interrumpida de vez en cuando por sábanas de pinos azules; en que mientras Elena acariciaba a su madre, sentía sobre ella los ojos tiernos y protectores?

No estuvo sola.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA



**A**LICIA despertó sobresaltada. Sintió la oprésion sin saber que la sentía. Cuando el cambio ya se ha producido, no debería despertarse, todo vuelvé a cambiar. Vuelve el hecho a producirse en cada despertar. La campanilla del teléfono. Al quedarse dormida esperó oír-la, ya no recuerda por qué. El teléfono interrumpiendo su sueño, una voz suave en el hilo interrumpiendo su esperanza y su presente. La secretaria de Alberto quiere romperle el día con una noticia... Trae el mal con la misma bondad con que traería el bien. Le gustaría a Alicia que todo volviera, oír esa voz en el fono. Insiste la campanilla, pero no responde. Se impacienta el tintineo, se agota.

Recordó que desde *ese* llamado otro día completo está vivido. ¿El teléfono? No era el mismo sonido; levantó el fono.

—Aló... Con ella misma. ¡Ah, señora Graciela! Muy bien, voy inmediatamente.

Se vistió con rapidez.

“Ya sé que la vida es perra con muchos, no es novedad, pero conmigo como con nadie. Mientras tan-

to la secretaria sin darme noticias y haciéndole la pata a la tonta prendida de su mujer, juntas comentarán lo sucedido. Se acompañarán. Harta idiotez fue esperar de Alberto más que de cualquier otro. Por andar con sabe Dios qué tipa, se sacó la mugre. Y yo que pensé a veces que me quería. ¡La vida es para joderse y qué se le va a hacer!”

Temblaron sus manos al coger el vestido negro ajustado. Con los muchachos jóvenes había que parecer vampiresa, así como con los viejos asemejarse a una joven y candorosa doncella. Sonrió; conservaba el traje blanco que usara en esas ocasiones: parecía un vestido de novia. “Perra vida, y por hacerla menos perra esperé que todo el cambio me vendría de Alberto. No conocí ningún otro que pudiera hacerme distinta. Pero el señor había de buscar en otra parte lo que tenía mejor y más cerca...”

Apoyó el pelo trenzado sobre la oreja izquierda y al pintar la línea de sus ojos exageró el tipo oriental. “A él le gustaba...”

Era otra persona, otra y la misma, la que avanzó por la calle Vicuña Mackenna. Como una novicia arrugaba los guantes convertidos ya en un pelotón redondo y traspirado. La casa de la señora Graciela continuaba recibiendo lo más selecto de la sociedad santiaguina y fue la misma vieja Rosita quien le abrió la puerta. Como antes, gritó desde arriba para imponerse de quién llegaba.

—¡Cómo está, señorita Alicia, qué tiempo que no la veía por estos lados! Pensábamos que se había casado.

—Estoy bien, gracias, Rosita. —Subió las escaleras sin prisa—. ¿Casarme yo? ¡Qué cosas se le ocurren!; ¿que me halla cara de lesa? No estoy para pasar la vida cuidando a un hombre o criando chiqui-

llos. —Su carcajada amplia y contagiosa se adaptaba a la voz y ademanes, como antes. Se animó—. Ya habrá tiempo, cuando esté vieja; por el momento ni pensarle.

—Cuando esté vieja, ya no será tan fácil —repliqué la mujer meneando la cabeza mientras subía los escalones detrás de Alicia—. Quizás tenga razón después de todo. Uno solo no sirve. Más dolores de cabeza, y uno demasiado encopetado, menos. A éstos nunca se les tiene. ¿Por qué se han de fijar en una si donde escoger es lo que les sobra? Así me lo pensaba yo al saberla con aquel caballero tan buen mozo y rico. Eso no cuaja. Hay que buscarse algo peorcito o con alguna maña, se mantienen mansitos. Otra cosa es pedir con ocho.

Alicia se sonrojó. Oía los pasos arrastrados de la mujer y en el *hall* de entrada vio el macetero alimentando la misma planta: como antes, sus hojas recibían los reflejos multicolores del ventanal. Era un poco temprano para una remolienda, hora para hombres casados, clientes antiguos o turistas de paso. Pero la señora Graciela conocía su oficio: para los jóvenes había obscurecido la estancia anocheciéndola a la fuerza. Los candelabros con ampolletas rojas daban un aspecto tembloroso de *boîte* nocturna y la música del gramófono enredábase en hilos de humo y ritmos de caderas. Ya casi no conocía a las mujeres que alzaban sus vestidos, acariciaban sus vasos y recostaban la cabeza a tono con la imaginación juvenil.

Al divisarla, la señora Graciela se acercó con los brazos abiertos, su pecho se hundió como una almohada al abrazarla.

—Te recomiendo, hijita, a ti que eres inteligente y con más experiencia, al jovencito ese, ese con cara de príncipe o de maricón, pero me gusta; maneja

el dinero con desenvoltura, está tomando mucho y si no me equivoco tiene un entripado adentro. No es necesario que beba como condenado, una lesera que haga y nos llega a todos por junto. Mi experiencia me dice que esos tipos finos tienen la sensibilidad muy débil, se imaginan cosas y de repente los ve una...

Cuando estuvo Alicia junto al muchacho sintió agrandarse su corazón; era en verdad muy hermoso, pero su mirada no terminó de convencerla. Excitante, sin duda, el niño, extraño y excitante. Adelantó el placer y respiró animada: sentirlo entre sus brazos y verlo despertar... La sangre empezó a ser parte de sus miembros. El la miraba abstraído. "Parece que después de dar espectáculo, se entrega otra vez a sus problemas —se dijo Alicia—. Mala suerte la mía si no lo hago danzar a mi antojo esta noche. Me será muy útil."

—Echa afuera tu pena lo antes posible —dijo alegremente rozándolo con su pecho tibio. Algo la impulsaba hacia él y algo la retiraba de él. "Es refinado —se dijo—, debo actuar con refinamiento."

Levantó la voz:

—Esta noche será única, yo te prometo que no ha de ser una noche cualquiera.

—¿Crees que hay algo único? —La miró perturbado, y Alicia sintió por él ternura de madre.

Más tarde, de madre, también, fueron sus caricias. Música bárbara estremecía paredes y cortinajes; golpeaba el piso y las sienas, las nalgas y los alfombrados. Locura, calor, movimiento. Alicia tomó al joven guiándolo a la pieza vecina; el aire ardiente siguió con ellos y los seres también como una pantomima. Tambaleóse él cayendo sobre una silla y Alicia cogió su cabeza semidesvanecida.

—No tomes más —murmuró arrastrando las pa-

labras—; te va a hacer mal. —Sus dedos tenían ya la soltura adecuada, una soltura cálida que creó para Alberto. Besó al muchacho porque era preciso conocer la forma de esa boca.

Eran grandes y azules los ojos de él. La observaban cayéndose en los extremos, adormilados. Tragó saliva, agitó los músculos del cuello, pero no habló, inseguro de su lengua. Trató, sin conseguirlo, de ponerse de pie. Parecía un niño acorralado. Alicia sintió pena.

“Antes que nada debe botar lo que le desespera; sin eso no llegaremos a ninguna parte”, pensaba.

Exclamó, animándolo:

—Esta noche es tuya; dime qué tienes y te sentirás mejor. Pasaremos luego un buen rato... —sonreía zalamera y él no respondió—. ¿Es la primera vez? Si es por eso, no necesitas beber; déjame a mí y tranquilízate.

—Si ése fuera problema... —temblaron sus labios y la sonrisa le resultó amorfa. Tras un gesto indiferente de hombros, volvió a su anterior mutismo.

—¿No te gusto yo entonces y no te atreves a decirme? —Bajó la voz, angustiada—: Han pasado años.

La sensibilidad del joven tomó esa tristeza y trató de reconfortarla. Con desenvoltura tambaleante la tomó en sus brazos. La excesiva experiencia de sus caricias volvió a desconcertar a Alicia; los chiquillos, en general, parecían cachorros hambrientos.

—¿Cómo te llamas? No estoy a gusto con uno a quien no sé con qué nombre imaginarlo. —Poco a poco entraba en ella la juventud.

—Me llamo Alberto.

—¡Qué divertido; no pensaba decir más ese nombre!



—Es muy corriente. —La lengua empezaba a desprenderse del paladar—. No me nombres. —La voz corría tras su pensamiento sin alcanzarlo. Desanimado, incapaz de impresionarla con ideas y frases de alta expresión, volvió a estrecharla.

Alicia se acomodó a su lado, sobre la alfombra, y sus caricias tenían dejos de canción de cuna. Agitado aún, su niño se dejó caer de espaldas.

“Esto anda mal; tendré que hacer de mamá o de carabinero; ¡puchas con mi suerte! —pensó Alicia—; yo que deseaba una noche alegre, y para colmo se le ocurre llamarse Alberto. El muy bobalicón.” Recordó que la señora Graciela tenía una fórmula de bebida que nunca fallaba. Para todo era buena. Se encaminó a la cocina, dejando a su compañero dormido en el suelo. Pidió a la señora un poco de “eso”: sano, reconstituyente, que aclaraba ideas, despertaba los sentidos y hacía bullir la imaginación.

—Con esto te sentirás como un rey, dueño mío y del universo y hasta de tu cabeza —dijo ofreciendo un vaso al joven, que lo bebió como una medicina. Vio sus manos finas y bien cuidadas—. Un niño mimado, eso es lo que eres, exigente con la vida y con los que se encuentran cerca. —Al sentirse más despejado él hundió la cabeza en el pecho de Alicia y comenzó a sollozar—. Larga lo que tienes atravesado.

Alicia se armó de paciencia, pero la mirada de angustia que la fijaba parecía salir de sí misma, como si se viera en un espejo. Todo se le escapaba. ¿Para qué tener un hijo? “Para que se largue a la calle y en sus momentos difíciles tenga que consolarlo cualquiera. Menos mal que Alberto tenía cabeza.” Miró al joven con ternura. “Alberto se muere y me deja botada, y si no se muere, también. Recién salido de la

tumba no tendrá ojos para mí." Arrulló los gemidos que empezaban a habituarse.

—Oyeme, hijo. —Vaciló extrañamente—. Yo quise a uno que se llamaba Alberto. ¿Lo quise? Ahora me lo pregunto.

—Lo hayas querido o no, qué más da. ¿Sabe alguien cuándo quiere? —La miró inquisidor—. Me basta que me quieras a mí. —Respiró hondamente como si al renovar el aire renováranse sus pensamientos—. Ven para acá. Oyeme tú. ¿Qué sé yo de amor? —Acercó la boca hasta su oído—. Sé de eso y muchas cosas más, porque todo es igual: amor, odio o indiferencia. —Alicia empezaba a aburrirse—. Mi padre, ¿sabes?, mi padre me odia.

—¿Por qué te va a odiar? Todos los padres quieren a sus hijos.

—Todos, menos el mío. Además, él no es como todos: es un gran hombre, y desde chico me miró en menos; me encontraba poca cosa, me despreciaba.

—Tal vez esperó mucho y lo desilusionaste. —Le disgustaba el tema, no estando para profundidades psicológicas. ¡Como si no fuera bastante con su propio problema! —Además, tendrás madre.

—Claro que tengo, pero no quiero nada de ella. ¿Sabes? Odio a mi madre. —Pareció impresionado de su revelación, como si se abriese ante sí un abismo. Se justificó—: Mi madre es una mujer imposible.

—¿Qué tonterías dices! ¿Qué hace tu padre?

—Es ingeniero y fracasado, un gran ingeniero y un gran fracasado. El más brillante de nuestros ingenieros, el más exitoso de nuestros fracasados.

—No comprendo...

—Claro, porque mi madre se metió de por medio y cuando se mete ella uno termina sin comprender nada. El deseaba algo que no tuvo valor de hacer. Me

pregunto ahora: ¿qué deseaba? ¿Por qué él, si era fuerte, no se opuso a mi madre? ¿Quieres tú decirme por qué? —La sacudió furiosamente—. El pudo hacerlo; él debió hacerlo, no yo.

—Hablas como si estuviera muerto —murmuró Alicia, impresionada.

—Puede estarlo. Da igual, para mí ya lo estaba; sólo que entonces no era definitivo, podía esperar. Tenía esperanza de que nos encontráramos un día.

—Parece que lo quieres mucho —dijo Alicia, celosa—. ¿Por qué? Quieres mucho a tu padre, pero estoy segura que fue tu madre la que se dio todo el trabajo, la que más se ocupó de ti.

—Demasiado. Es la primera vez que alguien lo piensa; no se me habría ocurrido ni remotamente. Mi madre sostuvo siempre que lo despreciaba. Me convenció a fuerza de decirme: no debes despreciar a tu padre, Albertito, es un buen hombre, quizás sin otras condiciones mayores... —Imitaba su tono al hurgar dentro de su alma—. Tal vez decía verdad, pero yo no lo despreciaba por sus condiciones ni porque ella lo decía, sino... —Respiró para animarse a continuar—: Supe hoy que tenía una amante; no lo habría imaginado, siempre lo creí juguete en manos de mi madre, como yo, y en él no lo aguantaba. Le diré algo que nunca dije a nadie y que parece tomar forma al tomar palabras: mi madre, no sé aún por qué, quería vengarse de él y me usó a mí como instrumento. —Sonrió deslumbrado de su clarividencia fácil y de su sutileza; le gustaba seguir explayándose, pero perdía el hilo.

—Estás un poco chiflado. ¡Cómo puedes decir esas cosas! ¡Quién te comprende!... Eres rico, tienes padre, madre y posición segura, no andas a la de Dios, ni temes terminar la vida en un orfanato, y te

dedicas a discutir en vez de gozar de tu buena estrella. Dices que te disgustaba tu madre y no buscaste la amistad de tu padre. ¡Qué afán de sufrir en balde!

—Esos que llamas verdaderos sufrimientos, andar a la deriva, terminar en un orfanato, son experiencias deliciosas, mucho mas excitantes que esta comedia burguesa que vivo.

—Nadie está contento con su suerte —suspiró Alicia, con su sentido común incommovible— y todos nos dedicamos a complicarnos la vida. ¿Qué hiciste con tu padre?

—Nunca supe qué esperaba de mí. No me lo dijo claramente, sólo en forma ofensiva durante una reyerta. No lo sé aún...

—Eso nos pasa a todos y los demás no se desesperan tanto.

—¡Qué tonta erés! —Apoyó la espalda en las rodillas de Alicia; después de un rato, como para sí mismo exclamó—: No perdonaba a mi padre la vida que hacía: casa, trabajo, club, comidas entre amigos, sus únicas inquietudes; sus esfuerzos y trabajos, ¿para quién? Para quienes lo miraban en menos. Una vida deshidratada, decía yo, hasta que supe... Tenía una vida oculta él también, sentía como otros, vibraba ante otras cosas; comprendo ahora que fue capaz de amar y de callarse, dos cosas que ni mi madre y yo hemos conseguido. Si estuve equivocado en eso, bien pude estarlo en todo.

Cansada, Alicia, del soliloquio que a nada conducía, sino a hacerla pensar, perturbando su noche, trató de interrumpirlo con alguna frase trivial, pero el muchacho quería desenredar su hebra.

—Yo creí que él nada sabía de angustia, de amor, de soledad..., que no vivía, que no se inquietaba.

—¿A qué le llamas tú vivir? —preguntó Alicia para terminar pronto.

—No sé, pero debe haber algo; si no lo sabemos, debe por lo menos inquietarnos la idea de no saberlo. —Saboreaba su desesperación—. Me ha traicionado. Yo esperaba de él y ahora... —Exageró la mueca para realzarla, apropiándola al momento, al papel y al sentir. Los ademanes se quebraron, la sensación esfumada. Se abrazó a ella.

—Vámonos de aquí —dijo Alicia.

Se incorporaron, y al enfrentarse otra vez la llama se había extinguido. Buscó cada cual su emoción anterior, se miraron ausentes.

—¿Qué te pasa ahora?

—Mi padre se muere —respondió el niño con sencillez profunda.

Las palabras detuvieron en Alicia el temblor, bajaron desde su boca, se repitieron en su vientre, traspiraban sus manos y la voz nació y murió varias veces, para no decir nada.

\* \* \*

La rabia es un sentimiento claro y definido, menos mal, no como éstos sin principio ni fin que la oprimieron muchas veces. Alberto estaba en sus manos. ¿Luchaba entre la vida y la muerte? Quién no.

Ese refrán leído en el semanario de su preferencia vuelve a resultar verdad: a todas partes llega la luz del sol, las sombras de la noche y la justicia de Alá. En la misma revista leyó también otra frase de corte oriental. ¿Cómo era? “Si deseas mal a tu enemigo, siéntate junto a la puerta de tu tienda y ve pasar su cadáver.” Había esperado con ansias el momento de llegar a Alberto. Posiblemente cuando lo tuvo en sus manos ya no deseó herirlo; quizás si deseaba locamente herirlo cuando no lo tenía; esperó,



como el oriental paciente, impacientemente este momento, esperó también un llamado, una visita, una demostración de interés.

\* \* \*

Le dio un beso, ese beso de Alberto parecía más bien el beso de un sonámbulo, cogió su abrigo y cerró cuidadosamente la puerta al salir, después de dejarla sangrante sobre la cama. Cuando la hemorragia vino, estaba sola. Las manos amorosas de Alberto llegaron ahí, hasta preparar un vaso de agua y dejárselo en el velador junto a la píldora recetada, al frasco de coramina y al papel con un número de teléfono escrito, en caso "que tengas necesidad de cualquier cosa".

Cuando se sintió mal no pudo encontrarlo. En ese número no contestaban, nadie había en la oficina y temió dejarle recado en su casa. Tampoco fue posible ubicarlo cuando agonizaba en la Asistencia Pública. Se repetía Alicia sin descanso que él no lo sabía, que nadie tomó su recado de terceras personas. Creyó sus propias palabras para sobrevivir. Guardó los hechos y Alberto no vino.

Pasaron tres meses. Sí, volvió a verlo una vez, fue peor, hablaron de nada. Porque a él no le gustaba tratar "temas desagradables" en una *boîte* nocturna y menos aún las "escenas" en compañía de terceros. Ya habría tiempo de sobra para "refregarle su actitud". Alicia, vencida, no insistió. No mencionó el dolor, mientras bailaba con él, mirando con toda el alma al socio de Alberto, que los invitó a su mesa y que parecía agradao de su conquista. No preguntó por qué no vino a su llamado. Pudo esa noche decírselo, pero esperaba Alicia un gesto de amistad que se lo permitiera. Se separó de Alberto sin mencionar su temor, su sangre, su soledad, su desesperación en la ambulancia nocturna; su debilidad y latidos exangües; el total abandono de su cama en una sala común.

Vino Raúl. Acababa de salir de la cárcel, y peor era nadie; fue su brazo el que alcanzó el taxi que la condujo de la Asistencia a su casa.

\* \* \*

Desfilaban ante Alicia cargos contra Alberto, aquello que olvidó, que no supo o que fingió ignorar. Esperó, entonces, no el cadáver de Alberto pasando junto a su tienda, sino el suyo propio interrumpiendo para siempre la quietud de ese hombre feliz. Pero Alicia vivió. Espero, entonces, no el cadáver de Alberto, sino su cuerpo vivo volviendo a ella, y esta mañana le traían su cadáver.

\* \* \*

Miró ahora al muchacho con odio nuevo. No era difícil sacarle lágrimas, a todas vistas débil y excesivamente sensible. Tenía armas en su poder: drogas que lo harían feliz borrando sus torturas por unas horas, pero torturándolo luego para siempre. "Con tanto enredo adentro y con su belleza, es plato exquisito para maricones", Raúl podría ingeniárselas presentándole algunos, si es que se les había ya escapado. En todo caso y mientras tanto le haría hacer el amor en la debida forma, y ya después. . . Llegaron a la puerta. El taxi que siempre llamaba la señora Graciela esperaba.

Bajo las luces tenues de la calle, interrumpido por hojas y árboles, el rostro del joven le pareció espectral. Perdieron brío la ira y su dolor. Más tarde, ya en su casa, la idea de la venganza no le aportó placer. Sintió miedo, ganas de detenerse.

"Ni para esto sirvo", se dijo Alicia dejándose caer sobre el sofá. En el canasto de papeles yacía el desahucio. Entornó los ojos.

—Este es mi departamento —dijo—. Es agradable, ¿no es cierto? Ven, precioso, y siéntate a mi lado. Te prepararé algo. —Otra hablaba por ella, una que todavía era capaz de decir frases y encontrarles sabor—. No es de lujo, es cierto; pero bueno. Siempre me ha gustado vivir bien.

¿Despertaría alguna vez? Ya era tiempo. Dormía desde aquella mañana. Despertar, olvidando todos sus resentimientos; despertar para que Alberto vuelva a llamarla por teléfono como si nada hubiese sucedido, despertar y descubrirse entera.

—Es agradable esta situación, no tengo mayores problemas de locomoción y me las avengo bien. — Frases mil veces repetidas. Sintió deseos de patear el canasto.

La pesadilla. La voz de la secretaria es parte de ese sueño: como el hospital del pueblo y el cuerpo de la muerta extendido sobre una mesa. Despertar, porque Alberto la ha convidado al teatro y la besarán en el auto antes de subir. El automóvil azul y plata se detendrá una cuadra más allá de la esquina, cerca de la plaza. Tomará quizás un whisky en su departamento, y conversará de sus cosas, como un amigo, como un compañero. “A esta hora habrá llegado la ambulancia al hospital y los médicos decidido qué harán con él.” No, sonará el teléfono y la voz seca economizará palabras al despedirse. “En ese hospital falta el niño.” “Esta bien que sufran, que todos sufran, por qué sólo yo...” Tendrá un niño, y cuando el niño ese nazca, Alberto se pondrá tierno con ella y un lazo los unirá a los dos, y la vida tendrá razón “y yo podré esperar del porvenir un cambio... ¡Ay!” Siente que va a gritar, que, despierta o durmiendo, la pesadilla la persigue y la realidad la cerca. “Nada ha sucedido nunca, yo estoy volviéndome loca.”

—Es bueno para la sed. —Las manos que sostenían el vaso eran finas y daban ganas de tirarse a nado en sus ojos.

Realidad o pesadilla, ¿qué son? Trepanan su cerebro, sus cálculos, sus conocimientos, quiebran su vigor, la fuerza de sus brazos, no existe, nada sirven el

dinero, la situación ni el poder. "Alberto estará como yo, solo, indefenso, sin saber qué hacer. Como yo o como cualquiera."

—¿Tu padre está enfermo? —Había que sacar al muchacho de su ensimismamiento para que la dejara pensar—. No debes dejarlo solo.

Todo se derrumbaba al alcanzarla la ternura con su vacío total. Tocó la frente del joven, músculos cortados, rotos sus resortes, copias de los suyos.

—¿En qué piensas? —El levantó los ojos asombrado, como si también despertara.

—Es como una pesadilla —dijo, y Alicia sonrió sin fuerzas—. Tal vez mi madre lo desconocía, como yo. Tal vez, como yo, lo quiere. Yo debería abrirle los ojos. Pero ahora para qué, ya no querrá oírme.

—Falta poco para las once; debes irte. —Alicia colocó los dedos sobre los labios del niño para conservar su forma, y él los besó suavemente. No sabía cómo actuar para salvar su dignidad, y por parecer más hombre parecía más niño.

—No puedo volver ya, mi madre no me perdonará.

—Sí, te perdonará.

—Soy un bellaco, un depravado, un mal hijo —gimió retorciéndose los dedos—. Dime que me desprecias; necesito que me castiguen, que no quieres nada conmigo. Di algo que me duela. Di algo que me aniquile.

—He vivido demasiado —respondió Alicia—, he visto demasiado.

—Tengo miedo de volver —murmuró él, escondiendo la cabeza en el cuello de Alicia.

—Apúrate, entonces. El amor en esta forma es muy complicado.

—¿Qué dirá ella?

—Si yo tuviera un hijo, me gustaría tenerlo a mi lado en momento así.

—¿Crees tú? —Se puso de pie con presteza.

—Yo te acompañaré. Sería bueno que te lavaras y arreglaras un poco; puedes pasar allá...

Anduvieron varias cuadras antes de encontrar un taxi. "Soy una idiota, sentimental para colmo", se decía Alicia mientras caminaban. Su compañero fruncía el ceño hasta parecer haberse tragado los ojos. "Debo cultivar al chico, es un niño mimado y me conviene." La suerte lo ponía en su camino y la perspectiva era renovadora. "Debe ser rico o lo será más tarde. Además es simpático. Despilfarrador de dinero y de sentimientos. Tiene sin embargo algo extraño. Anda mal, exhibicionista y complicado, no muy bueno para mis años."

La calle oscura quebró sus rectas bajo los focos de los autos. El taxi se detuvo frente al hospital. El bajó con lentitud; las manos temblaron al abrir la cartera; extendió al chofer cuanto le quedaba en ella.

—Lleve a la señorita para su casa —dijo con voz de hombre de mundo, y con aire de niño agregó sin mirarla—: Gracias por todo, ya nos veremos.

—Avísame cómo sigue tu papá. —La voz de Alicia fue demasiado intensa; él levantó los ojos extraño de despertar tanto interés.

—Sí, la llamaré apenas pueda. —No lo haría, para siempre relacionada a un recuerdo importuno.

Alicia se echó atrás en el asiento y miró por última vez el hospital: tras los árboles, noche y luces fugitivas, la soledad de la calle era parte de ella.

—Alberto... —gimió, y decía el nombre por última vez; lo oyó como un réquiem—. ¿Qué sientes? ¿Qué piensas?

—¿Adónde va usted, señorita? —preguntó el cho-



fer, haciéndole una mueca de complicidad comprensiva—. Si no tiene algo urgente esta noche, puedo llevarla a un sitio que le convendrá conocer. —La mirada fue elocuente; agregó—: Me han encargado...

—No, gracias —respondió Alicia avaluando de una mirada la calidad del automóvil—. No estoy de ánimo. Ha sido una noche —¿cómo definir esa extraña noche?— muy cansada.

—¿Cansada? —El hombre lanzó una risa sonora—. ¿Cansada usted con ése?

Alicia volvió a su lugar. Un lugar determinado años atrás. De ese episodio salía así... , cansada. La puerta del hospital se cerró. Tras esas paredes agonizaba un hombre. Las puertas del auto la ahogaron, bajó la ventanilla. Sí, cansada.

En la calle húmeda y brillante, interrumpiendo un espejismo azulado, se deslizaron el automóvil y ella. Parecía que un brazo actuara sin su tronco, una cabeza sin su cuello, un cuerpo sin sus piernas; vivían cortados y, a pesar de las mutilaciones, giraban, moviéndose, actuando, buscando y tratando de avanzar hacia alguna parte. Una procesión de miembros inválidos.

—Estoy loca —gimió—, me estoy volviendo loca. Mañana despertaré muy tarde. No leeré una noticia ni miraré las cruces en el diario. ¡Qué más da! Yo estoy aquí. Y la vida para mí es más o menos como la muerte. —Alzó la voz—: ¿Dijo usted que conocía un lugar adonde llevarme? —El taxi era de lujo—. Que sea un buen lugar, con gente de categoría, que valga la pena, de situación, quiero decir...

Agregó para sí misma: "Necesito dinero, posición, necesito cambiar, necesito un marido".

—Le advierto que, aunque debo pensar en mi porvenir, no soy una mujer cualquiera.

**E**LENA entró al ascensor, a esa hora lleno de personas cansadas, temerosas o impacientes por encontrar la calle, la locomoción, el aire y la vida propia.

Las órdenes de la señora Luz se cumplieron y la oficina está caminando en espera de nuevas alternativas. Desunidos el cuerpo y el alma, tomó el primer "micro".

Durante el día ha ido acumulando movimientos automáticos, sin experimentar cansancio; ahora parece que todos esos actos se encontrasen quebrados en sus músculos. Dejóse mecer por el vaivén algo chúcaro e indómito del vehículo y encontró al fin un asiento libre. Las ruedas sobre el asfalto, los rostros que cruzaban el vidrio, las luces de los focos danzando contra la de los faroles, los camiones obstruyendo el paso y los frenos ruidosos la sobresaltaban, sin lograr interrumpir su letargo.

No era necesario apurar cada momento: hay tiempo para cumplir una promesa. Demasiado tiempo. Al despedirse de Patricio dejó escapar esa promesa, se sintió honesta y agobiada.

—Soy libre de hacer mi vida como de perderla —dijo.

—No, no es libre —respondió Patricio, y terminó de acorralarla.

No tiene obligaciones con él ni con nadie. Por lo tanto, nadie tiene derecho para exigirselas. ¿Nadie?

—Alberto era parte de todos mis pensamientos; no tuve tiempo de más.

—¿Por qué renunciar?

—Sólo deseé alivianar su tarea, compartir sus responsabilidades, servirle de algo. —Ese fue su horizonte, su principio y fin; única manifestación posible a su amor—. En mi papel sentía belleza, generosidad, desinterés.

—¿A nada tengo derecho?

—Facilitarle la vida, pensar en cada detalle, sentir por él.

—¿De qué sirve ya?

—Sé que me engañó; sé ahora que no me necesitaba.

—¿No puedo siquiera conservar ilusión?

Recortes de argumentos, recortes de tiempo, pedazos de todo, nada entero.

\* \* \*

Antes de dejar la oficina, Patricio había entrado en la pieza.

—Me gustaría acompañarla —dijo suavemente—; no debe estar sola.

—Gracias, no se preocupe por mí; me voy a mi casa, donde espero tener noticias de la señora Luz.

—No estará sola —balbuceó él, y al verlo cerca, Elena dejó de disimular.

—Me siento muy mal; es la primera vez que un problema de él no depende en cierta forma de mí. —Se sonrojó—. Por lo menos eso creía, que de mí, en cierta forma,

dependían sus cosas. —Las lágrimas cuajaron entre sus párpados que mantuvo abiertos para que no resbalasen—. Tomo mi lugar ahora, ¿con tres años de atraso? No es raro; creo que esta sensación la han tenido muchas mujeres.

—También la propia esposa.

—No me hará compadecerla. Es un monstruo de seguridad en sí misma y de frialdad.

—También sufren los monstruos; si no, no lo serían.

—Pero como no lo saben, no les duele, son incapaces de reconocer su sufrimiento, y parte del dolor es saber que duele y aceptar que duela.

—Mina el alma de todas maneras —repuso sonriendo Patricio—. Si no lo reconocen ni lo aceptan, tampoco lo encauzan, y cuando de repente se dan cuenta, están con las manos vacías, sin saber qué hacer con él.

—También yo.

—Es diferente.

—¿Por qué? ¿Qué tengo yo de diferente? Mi sufrimiento es igual a muchos..., sólo que es mío.

—Algo tiene... Quizás su alma en lucha, que a veces le estorba.

—Pero, Patricio, usted es ciego —gimió Elena, ya desesperada—. Ya no soy nada, no tengo nada. Vivo de él, soy su sombra. Cuando me tiene, vivo, y cuando me deja caer, me siento muerta, hasta el instante que vuelve a tomarme. Cuando está lejos, lucho por recobrar mi libertad; debe algo tomarme cuando no lo tengo, pero entonces nada valgo para el que me tome. Mi liberación es a costa de mí misma. Ahora que reconozco cuán poco significué en su vida, espero que me sea más fácil, pero no valgo más. Fui un desahogo compartido, pero el saberlo también me anula. ¿Qué hacer, Dios mío, en todo este derrumbe? ¡Qué extraño le parecerá!...

—No tanto: es la descripción de amor de una muchacha muy joven —respondió Patricio, emocionado.

—Sólo me queda mi desesperación. Me he deshecho. Tendría que volver a nacer, volver a bautizarme.

—Bautismo de deseo...

—O de sangre.

—A Dios le gusta construir en despojos —dijo él sonriendo y tocó su brazo. Elena sintió calor amigo.

—Si Dios quere volver a mí, no me opondré —prometió—; entrego mis despojos. —Sintió que esa promesa la desintegraba.

Poco sacaría Dios de células esparcidas sin conexión ni estímulo, poco Patricio de sus palabras triviales, poco ella de su resurrección. El caos.

\* \* \*

Subió las escaleras de su casa. Prendió la luz en el descanso y vaciló antes de entrar a la cocina.

—Buenas tardes —dijo con timidez a la criada, como una actriz principiante cuyo porvenir depende de ese primer papel—. ¿Qué ha pensado para la comida?

La muchacha la miró con desconfianza y taimada; no respondió de inmediato:

—Estaba haciendo una ensalada de lechuga con un poco de carne que sobró del almuerzo. El caballero va a reclamar, pero como de todas maneras reclama...

—Veré qué encuentro por aquí... —dijo Elena, indagando en el armario, de donde sacó un paquete de naranjas podridas—. Hace mucho tiempo que no entro a la cocina. —Sonrió para excusarse. Los tarros con hierbas y las sobras de comida en las ollas desanimaron sus bríos—. La mejoraremos un poquito.

Cuando hubo dispuesto un sencillo postre de huevos y acomodado la carne con salsa de tomates, la criada la miró agradecida.

—No es voluntad lo que me falta, señorita, pero es que cuesta pensar sola; se le calienta la cabeza a una. Me gustan las casas con señora. —Despejó del semblante algunas greñas rebeldes.

“Peinada decentemente puede verse bien —pensó—; debo preocuparme de vestirla. Mi viejo vestido negro le quedará bien, es cuestión de agregarle cuello



y puños blancos. Quizás la pobre necesita compañía. Esta no es casa para gente joven." Repitió sus palabras con sarcasmo vencido: "Para gente joven".

—Usted sabe que yo trabajo —insinuó Elena—; pero suelo estar libre en las tardes; una de éstas podemos ir al cine. ¿Le gustaría?

—¡Cómo no me va a gustar, señorita, por Dios! —La sonrisa desnudaba sus muelas—. Verá cómo me queda bien el batido. En la casa donde trabajé primero me resultaba superior; me subían los huevos una barbaridad, como a nadie, decía la señora... Es claro que sin usarla, la mejor mano se descompone.

Entró al dormitorio de su padre. Estaba en cama, como todas las tardes desde que comenzó el invierno. Un alto de periódicos ennegrecía las sábanas y una botella de coñac se apoyaba en la lámpara del velador.

—¿Qué has hecho, papá? —preguntó sacándose el abrigo—. ¿Supiste la noticia?

—Sí, claro; lo que más importa es qué será de ti si tu patrón se despacha.

—También me lo pregunto yo, qué será de mí. —Volvió el rostro.

—Ya te encontraré yo otra cosa, no te preocupes. —Tomó otra vez el diario—. Algo mucho mejor, para algo tienes padre.

—¿Por qué te acuestas tan temprano? —murmuró antes de que la conversación muriera.

—No me gusta estar solo en la casa, tan oscura y fría a esta hora. —Miró a su hija como animal cansado—. Además, se me relajan los nervios en la cama. —Acomodó la almohada tras su cabeza, bebió un sorbo de coñac de la misma botella y se incorporó con más ánimo—. Ya ves este escándalo de la harina. Qué será de este país en tales manos. Pobre Chile, me digo yo, hombre patriota. En mi tiempo por lo menos

los caballeros eran honrados; ahora se enriquecen a costa de otros y no por los propios esfuerzos. Supe que mi amigo Arriagada, ese que trabajaba conmigo en la Compañía, ¿te acuerdas?, había muerto y que su viuda pretende la jubilación completa, además de cierta indemnización porque murió prestando servicios a la Compañía, cuando en realidad murió de un infarto en viaje de inspección, siendo ya jubilado. Lo mismo podía haber muerto en su cama si no le toca ese día un turno extraordinario. Es un abuso. Sí, un simple abuso. Ha ido la vieja a ver a todo el mundo para conseguírsela; no se le escapó ni un senador; se cree joven todavía la pobre. Nunca la tragué, tenía algo ordinario, aunque reconozco que fea no era. Pero yo no veo por qué la Compañía va a hacer otro desembolso. En nuestro tiempo no éramos asegurados o..., no sé cómo llaman a esas cajas de previsión, buenas para rotos digo yo...

—Estará muy necesitada.

—Que trabaje entonces. ¿Quién no necesita dinero en estos tiempos? Además me gustaría sugerirle al Consejo que es mejor dar pocas jubilaciones y bien rentadas...

—Cuéntame de la mamá.

—No sé nada. No tuve tiempo de ir a verla hoy. Además, no me gusta ese lugar y cuesta muy caro. Tener a mi esposa en un sanatorio no me parece correcto. Debería estar en su casa. No negarás que me opuse siempre, y seguiré oponiéndome, a tenerla recluida, pero cuando a ti se te ocurre una cosa... ¡Qué le importan a la señorita las ideas de su padre!...

—Está enferma, papá —respondió Elena con paciencia, allegándose al teléfono.

Luego de largas indagaciones obtuvo en la clínica noticias de la enferma; había pasado bien el día. En-

tró al dormitorio cerrado de su madre. Quizás pudiera tomarlo mientras tanto; pero la pieza estaba transida de soledad. Al abrir las ventanas llegó un reflejo de noche enrojecida. Necesitaba actuar, desprender de sí su sonambulismo. Sobre la cómoda había un paquete de viejos grabados con marcos enviados de la vidriería, que nadie se ocupó de abrir. Eran bonitos y ya no recordaba su existencia: después de muchos años con los vidrios rotos, habían permanecido meses envueltos en papel.

Marcó el número de teléfono de Alicia. Sabía apenas su nombre y no la unía a ella más que una vibración en el aire y un golpe de corazón. Insistió y nadie respondió al llamado. Le habría gustado saber qué había hecho durante estas horas de espera, qué sentía...

Cuando después de comer empezaba a acostarse, llegaron las ansiadas noticias de la señora Luz. No fue ella quien habló, sino una voz ajada y bondadosa: "El caballero ya está en el hospital, los doctores han decidido operarlo mañana a primera hora; la señora me encarga saludarla..."

Elena calló: las noticias llegaban tarde, llegaban a un sitio devastado. Una vez en la cama se preguntó de dónde sacaría fuerzas para levantarse y empezar a vivir. Cerró los ojos.

"Si me amas, Señor, vuelve ahora", musitó, y como, avergonzada, no supiese qué suplicar, pidió que esa noche llegara luego el sueño.

Vació la mente: los rostros y ella como una marejada, Alicia, Luz, trozos de pasado y de él, motivos de su fe, se confunden ahora con esa otra. Creyó no ser capaz de mirarla, un cuerpo semidesnudo y semi-blanco. Esa otra cortó los lazos, mató su aliento, desvaneció su fe. ¿Mejor? Sólo que no sabría qué es

mejor, si la verdad o la ilusión, para sobrevivir. La miró: sin rostro, el brazo colgante del borde de la mesa, y el abrigo celeste, colgante también. Una mujer sin rostro, sin nombre, es menos que una mujer; sin embargo, quedó en ella toda una historia muerta.

Elena se revolvió aún en la cama: mañana está muy lejos todavía. ¡Encontrar sus miembros desunidos, componer sentimientos quebrados! No servía. Hasta que muy entrada la noche sintió venir el sueño. Entonces animándose, como si ese sueño fuese una respuesta, rogó a Dios que, al despertar, su promesa se haya apoderado de ella, que parezca vieja su resolución, sufrida ya la pérdida, vivido el tiempo.

CUANDO Luz entró a su casa de Avenida El Golf, después de semanas de permanencia en el campo, carecía de fuerzas para preguntar.

Inspeccionó la entrada. "Todo cambia, ¿por qué no esto? Las cosas permanecen igual. Las flores de durazno están frescas como las dejé hace días: pobre Leticia, encargada de renovarlas." No recordaba haber puesto en ese sitio el jarrón chino y parecía extraviado el tarjetero. Sin embargo, todo se veía como antes. Es difícil preguntar tantas cosas.

—Buenas noches, Leticia. —Trató de dar a la voz un tono indiferente—. Dígame..., ¿qué ha sido de Albertito? —Al fin dicho, terminaba su angustia para comenzar la espera. Dejóse caer en la *chaise longue* y cerró los ojos—. ¿No ha hablado con el niño? Puede traerme al dormitorio algo de comer; lo necesario para tomar fuerzas, no tengo hambre. *Comme je suis lasse* —terminó para sí misma.

—Estuvo aquí a la hora de almuerzo —respondió la antigua empleada—. Anoche me cansé de esperar; además, en ese estado... Esta mañana des-



perió tarde, bastante después de su llamado, y como una no sabe nunca cómo va a tomar las cosas este niño, es decir, este caballero; a una se le olvida que no es más niño. . .

—Ah, no demore en servir la comida al chofer; debe estar listo para llevarme a la clínica. —Luz extendía el plazo.

—Está bien, señora. —Leticia tomó aliento y se secó las manos sudorosas en el delantal—. Ya como a la hora de almuerzo, pude darle la noticia: la desgracia tan grande que fue a sucederle a mi pobre señor. Por la radio oí que. . . —esperó que Luz la alentara a continuar, pero ésta la miró secamente—. El niño parecía impresionado, pero no dijo ni una cosa. Lo seguí al comedor, comió como siempre, diría yo, ya que nunca ha sido de mucho comer. . . Ya ve usted, señora, que cuando era chiquitito. . . —Otra mirada paralizó el recuerdo—. Se levantó de la mesa mientras yo le partía la carne y fue en busca de un licor, uno de esos que guarda el caballero. “Mi hijito, le dije yo, eso no se hace, mire que ponerse a tomar en vez de correr a ver a su mamá.” —Luz tragó un gemido; Leticia vaciló—. Me mandó cambiar, indignado; ¡tan enojado que estaba el pobrecito!, diciéndome que qué tenía yo que meterme en sus cosas y que no quería saber nada de nadie, ni de usted, ni de mí, ni de nadie. . .

—¿Y?

—Me fui a mi pieza porque no tenía ninguna cosa que hacer, y fue allí donde puse la radio. . . Después me quedé pensando que qué se le va a hacer, que así son los hombres y ésa es la voluntad de Dios.

—¿Y qué fue de él?

—Como a las siete se compuso y llamó por teléfono a alguno de esos amigos, esos medio locos y que

lo desordenan todo, la casa y a él. Se vistió para salir, como para salir de visita, diría yo. No dijo más.

La verdad empezaba a penetrar. La sensación, desde hace horas circundante, tomaba nombre. Dio vueltas por la pieza: el día se hacía demasiado largo. Buscó en los objetos familiares esa invulnerabilidad, sus juicios certeros, su certera intuición, su profundo conocimiento del corazón humano. Se destruyen en el mismo palpitar que conmueve sus cosas; pega en los muros, va hacia la ventana.

¿La tomaba realmente de sorpresa? El alma de ese niño fue la arena donde edificó la propia: una vida que no vivió. Vulgar la frase, y cierta. Al contrario de muchas suyas, hermosas y mentirosas. Fomentó en él su propio culto, exaltó cualidades propias. Amor por la excelencia, desprecio a la vulgaridad. Palabras. Apartólo de la influencia nefasta y materialista de su padre, de las preocupaciones inmediatas, destruyó la sencillez, se identificó al hijo: necesitaba poseer a alguien y, de paso, vengarse. Alberto no lo conseguiría. Vio su belleza en los rasgos, su ingenio en las observaciones, sus reacciones ante el acontecer, su propia y misteriosa lucha con la humanidad, y se adoró en su hijo. Lo había pensado antes, y antes lo había olvidado.

Entró en el pasado, se vio desnuda: el resultado de un día la desnuda.

Le entregaban una nueva lucha junto con quebrarle las alas. Antes adormeció toda responsabilidad futura pensando que el hijo debía sucumbir con ella o con ella despertar a una nueva luz. Ahora, sin medios, armas ni objeto... Recordaba haber estudiado mucha psicología infantil, también pedagogía. Le so-

braron, porque el niño del libro no era el suyo y los problemas de los demás no se asemejaban a los propios. Este no era un niño, era ella.

“De haberse parecido a Alberto, yo no me habría interesado.” Derrumbaba su esencia puesto que buscó su esencia. ¿Por qué no fue diferente? “¿Por qué más bien no fui yo diferente?”

El niño lo sabía y la abandonó en momentos trágicos. La aborreció: “Como yo me estoy aborreciendo. Seguimos encontrándonos”.

Volvió a dejarse caer, y esta vez, extenuada, prorrumpió en amargo llanto. Lloró con lágrimas abundantes, como cuando era joven y las penas tenían lágrimas de respuesta; como cuando valía la pena derramarlas y hasta sacar de ellas placer; como no lo había hecho en muchos años.

Miró la hora. Ha caminado demasiado rápida y lenta. ¡Cómo tragarse la estancia y el tiempo!

“Conseguí que el niño odie a su padre más allá del accidente, con más fuerzas que sus años.” Alberto ya no podría echárselo en cara: tantas veces había dicho: “No servirá para nada, está dañado”.

“Comprendo que menosprecie a su padre, nunca se entendieron bien; pero ante la muerte...”

—Alberto no puede morir —sollozó—, no puede cargar al niño con su ataúd para siempre, no puede doblegarlo con remordimiento inútil. La muerte hace todo definitivo y todo inútil. Si estuviese en sus manos, preferiría morir y darle una última lección..., una lección eterna.

Todo comenzó a girar y Luz a devenir parte de una rueda en colores. “Soy un fracaso”, oyó gritar. “Un fracaso”, repitió cada uno de los colores. No debían gritarlo, trató de hacerlos callar y la estancia se

llenó de ecos deformes. “No..., no..., no puedo yo salir a la calle desnuda.”

\* \* \*

Su felicidad realizada fue su virtud. Una virtud más de mujer superior. “Tiene que continuar su éxito.” Entre sus amistades se hablaba de esa felicidad y equilibrio: el amor de su marido, la hermosura de su hijo, su posición holgada.

“Alberto y yo hemos pensado —decía siempre que sola tomaba una determinación— que eso es educar...” Las frases se sumaban: “Si el niño es extraordinario...” “Con Alberto creemos que otro enfoque de su personalidad sería anticuado y convencional.” “Ya ven ustedes su personalidad, sus inclinaciones artísticas.” “Conocimos con Alberto hombres así en París.” “Nuestro deber de padres es rodearlo del ambiente adecuado.”

Un día ha derrumbado toda unión y convivencia, ha derrumbado el amor de su marido y ahora el de su hijo. “A estas horas todo el mundo debe saberlo, esos amores vulgares y clandestinos, la ausencia del niño en un momento así..., correrán por todo Santiago.” ¿Exito? ¿Fracaso? La rueda en colores continúa girando. ¿Alberto? ¿Albertito? Todo toma otra perspectiva. Se confunden los círculos, se confunden los valores. Se ahoga.

\* \* \*

Cuando dejó de envolverla esa niebla temblante y colorada, sintió algo nuevo en ella, como si súbitamente perdiera el pudor que su desnudez primera le causó.

“Alberto tiene que vivir. Es lo mejor que tengo, es lo único que puede sacarme de mí.” Descubrió que lo deseaba ahora que no lo tenía. Sintió el dolor de desearlo y no tenerlo. Se alegró de sentir ese dolor, se alegró de poder sufrir aún por ello. No debería perdonarlo jamás: “A una mujer como yo debe merecérsela”; pero se lo perdonaba ya. “Si podía querer a otra..., si era capaz de morir con otra...” “Si yo tratara de no existir, si yo pudiese olvidar que existo.” “Si yo sirviera a Alberto en su recuperación...” Muchas frases. Se acostumbró a pensar en frases para poderse oír el pensamiento. Querría hoy gritar. “Una mujer cualquiera tuvo algo verdadero. ¡Qué ironía! Recibo yo la herencia de una muerta.”

\* \* \*

La vio de soslayo, no se atrevió a mirarla de frente: una mujer desnuda sobre una mesa; el abrigo celeste era de mala calidad. No vio más. Una mujer sin rostro, sin nombre, sin familia, es nada. Pero con un pasado y con Alberto.

“Ese abrigo ordinario es más poderoso que todas mis pieles”, se dijo, y vio que el médico legista la miraba con una sonrisa burlona. Levantó la cabeza, sabía cómo comportarse y dijo con despego de mujer de mundo:

—Sólo venía a decirle que correré con los gastos del entierro; hágaselo saber a la familia, si es que sabe usted quién es...

\* \* \*

Debería olvidar, obligando a Alberto a imitarla, pero Luz no quiere olvidar nada. “Después de la operación volverá a la vida como un recién nacido.” Era excitante y placentera la nueva tarea. Respiró y la llenó de contento el sentirse tan triste.

Bajó las escaleras. Todavía era tiempo de que llegara el niño y partir juntos a la clínica. Alargó cada tramo. Habló más de lo indispensable con Leticia. De pie junto al automóvil, esperó todavía: sobre ella, la



bóveda del cielo se dibujaba entre copas de árboles. Dio a su hijo unos minutos de gracia. Tenía que partir. Alberto la esperaba. Cerca de la esquina vio luces que estrellaban la calle; ordenó al chofer detenerse. Los focos avanzaron, cruzaron, perdiéndose al torcer. Dejó caer el cuchillo sobre el cuello del niño.

—Al hospital rápidamente —dijo.

Quedaron atrás calles, brillos y silencios. El hospital se detuvo. Apareció un uniforme trasnochado en la ventanilla. Luz sonrió para hacerse perdonar la hora y el rastro de lágrimas. Subió a la pieza de su marido. Faltaban el piso y el aliento en esos corredores. Al fondo, la *mama* yacía con la enfermera de noche. Voces bajas..., luces tenues..., quejas de dolor, respiraciones mal dormidas. La puerta de la celda entreabierta...

La mano de Alberto se destacó pálida y sola sobre las sábanas. Era cuanto tenía, una mano y un alma desnudada...

Todo era blanco y sus ojos se adaptaron a la penumbra: la mano estaba sola, como si esperara calor. Luz se adelantó. En el hombro de Alberto, tras espaldas violentamente inclinadas, reconoció la cabeza de su hijo.

\* \* \*

*“Señor Juez: en relación con el accidente fatal ocurrido en el kilómetro doce de la ruta Melipilla, el veinticuatro del actual, y sobre el que USIA ha pedido nuevos informes, me permito manifestarle que el sargento Angel Toro, secundado por Santiago Gutiérrez, de esta Tenencia, encargados de la pesquisa, constató con pruebas directas de testigos los hechos que permitieron la identificación del cadáver.*

*La señorita Ernestina Quinteros, profesora de la Escuela 23 de Melipilla, que se dirigía a San-*

*tiago por requerimiento urgente de la salud de su señora madre, domiciliada en Grajales 402 de ésa, solicitó y obtuvo del señor Alberto Palma, conductor y dueño del vehículo patente ZC-960 de Melipilla, estacionado frente a la bomba de bencina, ser trasladada rápidamente a su destino.*

*A causa de la colisión y volcamiento anteriormente informados a USIA, la susodicha dama encontró la muerte, según diagnóstico del médico legista de la localidad, doctor Oscar Paredes, que llegó al lugar del suceso antes que el Juez en propiedad.*

*En cuanto al conductor y propietario del vehículo en cuestión, fue puesto en libertad bajo fianza, mientras se comprueba la responsabilidad del conductor del camión patente WM-225 de Providencia, señor Abelardo Cabrera, que manejaba en estado de ebriedad.*

*Mayores datos sobre el estado actual del señor Palma no competen a esta Tenencia..."*